

primavera 2020

***Cuadernos de  
Encuentro***

140



# EN ESTE NÚMERO

	<u>Pág.</u>
<b>Nos estamos dejando llevar, <i>Emilio Álvarez Frías</i>.....</b>	3
<b>Exhumación de Francisco Franco, <i>Fernando Suárez González</i>.....</b>	5
<b>Pero ¿qué es España?, <i>Manuel Parra Celaya</i> .....</b>	16
<b>¿Quiénes son hoy los intelectuales?, <i>Alberto Buela</i>.....</b>	26
<b>Estado de malestar, <i>Gonzalo Cerezo Barredo</i>.....</b>	29
<b>La OJE y su promesa, <i>Luis Buceta Facorro</i>.....</b>	33
<b>George Soros, el poder en la sombra, <i>Javier Villamayor Cantera</i>.....</b>	39
<b>Los héroes de Baler: aspectos desconocidos de su gesta y una deuda pendiente, <i>Miguel Ángel López de la Asunción</i> .....</b>	43
<b>Aquel antecedente de los Reyes Católicos. <i>Alfonso el Batallador y Urraca, Augusto Bruyel</i>.....</b>	47
<b>La soberanía y el Estado, <i>José M<sup>a</sup> Adán García</i> .....</b>	55
<b>Entre las ruinas, <i>Sertorio</i> .....</b>	64
<b>El retorno de la historia de combate, <i>Pedro Carlos González Cuevas</i>.....</b>	68
<b>El mito de que el catolicismo mató al Imperio español, <i>César Cervera</i> .....</b>	71
<b>Cataluña vista desde fuera, <i>Javier Navascues Pérez</i>.....</b>	73
<b>Libros .....</b>	78



## ***Cuadernos de Encuentro***

2ª ÉPOCA

Nº 140 - Primavera 2020

EDITA:

CLUB DE OPINIÓN ENCUENTROS

C/. Santovenia, 19

28008-MADRID

[www.clubopinionencuentros.org](http://www.clubopinionencuentros.org)

[secretaria.encuentros@yahoo.es](mailto:secretaria.encuentros@yahoo.es)

DIRECTOR

Emilio Álvarez Frías

JUNTA DE GOBIERNO:

PRESIDENTE

Luis Fernando de la Sota Salazar

VICEPRESIDENTE

Antón Riestra Pita

SECRETARIO GENERAL

Fausto Heras Marcos

TESORERO

Gerardo Hernández Rodríguez

VOCALES

Vicente Bosque Hita

Luis Buceta Facorro

Fernando Cadalso Preciado

José Manuel Carabaña Ortega

Gonzalo Fernández Suárez de Deza

Carlos Giménez de la Cuadra

Adolfo Irazo González

Jesús Martínez Martínez

Fernando Ortíz Monteoliva

CONSEJO ASESOR

Antonio Diosdado Serrano

Diego Mayoral de Elizagárate

Dalmacio Negro Pavón

Luis Suárez Fernández

Juan Velarde Fuertes

Impreso en Artes Gráficas DEAN, s.a.

Déposito Legal: M-13837-1988

*El Club de Opinión Encuentros, a través de actividades relacionadas con la cultura y el pensamiento, aspira a contribuir a la formación de una corriente regeneradora en España acorde con los tiempos actuales. Siendo una Club con vocación de «encuentro» de los españoles, admite en las páginas de sus publicaciones, en sus tertulias y conferencias, los juicios de cuantos se encuentran en esta línea, sin que ello suponga asumir las distintas opiniones.*

# NOS ESTAMOS DEJANDO LLEVAR

**EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS**

---

No hay que poner la vista muy lejos. Es suficiente con mirar a lo próximo, alrededor nuestro, para darnos cuenta de que en la sociedad se ha producido una desgana inconmensurable respecto a lo que se podía hacer si todos nos pusiéramos a empujar. Nos conformamos con lo que nos rodea. Queremos mejorar solo en el tener más, en lo material. Mejor vivienda, una vida más holgada que nos proporcione mayores satisfacciones materiales aunque sean de un solo uso, de tomar y tirar, unas vacaciones imprescindibles para ponernos rojos por acción del sol de cualquier playa, acaso un poco de descanso en la montaña. Pero casi todo, como decimos, puramente material. No es frecuente encontrar a quienes sienten la preocupación de formarse, de acaudalar cultura, de buscar experiencias que satisfagan el corazón, de disfrutar del placer de lo bello en sí, ya sea un paisaje, una obra de arte, un pensamiento, la acción de una persona, la entrega a una buena causa, el conseguir apreciar que se es más feliz viendo la felicidad en los otros a la que uno pueda disfrutar en sí mismo.

Por el contrario, cuando uno llega a encontrarse a gusto en el ambiente en el que desarrolla su actividad, se va dejando llevar por la vida cómoda y cada vez halla más encanto en las palabras que surgen por diferentes lugares respecto a que hay que aprovechar la holganza que se nos ofrece, que hay que pedir más, se desea más, no siendo necesario que nosotros pongamos algo para compensar lo que recibimos, pues hay un estado al que se le puede exigir todo aquello que se nos ocurra sin pensar de dónde han de surgir los medios para darnos satisfacción, llegando a rumiar que si se puede vivir a costa de ese estado habrá que aprovecharlo lo más posible pues, como dijo la ministra, «el dinero público no es de nadie», y si lo dijo Carmen Calvo, que estudió tanto y consiguió alcanzar tan altas metas, alguna razón ha de tener y cabe suponer que debe saber cantidad del tema, no hay por qué ponerlo en duda.

Esa dejadez ya viene de antiguo sin que apenas nos demos cuenta. Lo pudimos ver claramente a partir de 1931, cuando dio su cara el comunismo-marxismo y los españoles se lanzaron a la calle con cantos y banderas, pues había llegado el momento de disfrutar de todo y sin que nos costara nada. Mas tuvo que llegar un momento en el que la España de entonces apreció lo que se venía encima y tuvo que enfrentar de cara el problema, enzarzándose en una guerra entre hermanos que produjo muchas muertes, la ruptura de la convivencia, el odio injustificado hasta entre hermanos, la destrucción, dolor de propios y extraños, mucho dolor. Tras una ruina en todos los aspectos, que no favoreció a nadie, se produjo un corte radical al finalizar el enfrentamiento. Los españoles, con esfuerzo y tesón, volvieron a tomar el camino de su historia, y, durante no pocos años, dio la impresión de que se había alcanzado un éxito casi total. La máquina del progreso se puso en funcionamiento, los españoles se empeñaron en salir adelante, lo que fueron consiguiendo prácticamente sin la ayuda de nadie, había



ansia de trabajo sin mirar horas, había una ilusión inmensa de ir viendo cómo cada día era mejor que el anterior, se iba reconstruyendo el país, los campos volvían a florecer, nacían fábricas de las que salían productos nunca pensados, se iban obteniendo avances sociales, había una escalada sostenida de la población general, iba surgiendo una clase media digna cada vez más acomodada, las filtraciones se iban produciendo en la cultura, en la forma de vivir, en las ideas, en la enseñanza y hasta en la fe que había sido uno de los motores con los que contó la mayoría de la población.

Mas poco a poco fue surgiendo el ansia de caminar más deprisa porque en el mundo, tras la Segunda Guerra mundial, al reconstruirse los países que la sufrieron, surgían nuevas ideas, los movimientos sociales avanzaban a gran velocidad y quizá entre nosotros se había instalado la máxima de Albert Einstein: «Vemos la luz del atardecer anaranjada y violeta porque llega demasiado cansada de luchar contra el espacio y el tiempo». Es decir, las nuevas generaciones iban desconociendo lo que había motivado a los mayores e iban buscando nuevas conquistas, apreciaban nuevos horizontes por descubrir que no estaban en las generaciones anteriores, pues eran distintos a los que ellos tuvieron y consiguieron alcanzar. Dice Victor Hugo que «En los ojos del joven arde la llama. En los del viejo brilla la luz». Y fue bueno y aconsejable el impulso que iba motivando a quienes habían nacido en la paz, tranquilidad y esfuerzo de los años posteriores a la guerra.

Pero con la nueva luz se fue oscureciendo la de la tradición, la de la historia, la de la cultura, la de los valores, las creencias... con nuevos destellos que transformaron todos esos puntos fundamentales para la convivencia del hombre y la sociedad.

Y ahí estamos. No sería malo reflexionar sobre las siguientes palabras de Miguel de Cervantes: «Fe es la virtud que nos hace sentir el calor del hogar mientras cortamos la leña». Conviene tener siempre presente el hogar, cosa que normalmente se olvida ahora cuando se está partiendo la leña. ●

# EXHUMACIÓN DE FRANCISCO FRANCO

**FERNANDO SUÁREZ GONZÁLEZ**

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

No hay Ley de «memoria histórica», en vigor o en trámite de reforma, ni vicepresidenta del Gobierno que me impida decir que cuantos carecen de experiencias propias o de conocimientos sobre la historia contemporánea de España están siendo sistemáticamente bombardeados por cinco enormes mentiras: La idealización de la Segunda República, la legitimidad del Gobierno del Frente Popular surgido de las elecciones de febrero de 1936, la guerra civil como una lucha entre la democracia y el fascismo, la presencia en esa lucha de las Brigadas Internacionales como inequívocas defensoras de la democracia y la atribución al Partido Comunista de España de las primeras propuestas de reconciliación nacional, allá por el año 1956.

Son cinco inmensas falsificaciones, contra las que hay pruebas terminantes, tanto testificales como documentales, y docenas de libros que pueden invocarse para deshacer tanta leyenda. Por no faltar, no faltan tampoco las confesiones de algunos responsables.

## 1. La reconciliación nacional del Partido Comunista

Lo de la reconciliación comunista de 1956 es una broma. La declaración del Partido Comunista de España titulada «Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español» se aprobó por el Comité Central en junio de aquel año y de una de sus primeras frases parece deducirse un buen espíritu: «Crece en España una nueva generación que no vivió la guerra civil, que no comparte los odios y las pasiones de quienes en ella participamos y no podemos, sin incurrir en tremenda responsabilidad ante España y ante el futuro, hacer pesar sobre esta generación las consecuencias de hechos en los que no tomó parte».

Se engaña o nos engaña, sin embargo, quien sostenga que aquel documento pretendía intentar cualquier aproximación entre vencedores y vencidos. Lo que intentaba era cabalmente exhortar a alguno de los sectores que habían participado en el que se llamó Movimiento Nacional a que se distanciaran e incluso se enfrentaran con el Caudillo que les había llevado a la victoria, para sumarse con los demás partidos perdedores a las falaces propuestas del Partido Comunista. Quien revise aquel texto encontrará en él la afirmación de que «hay que enterrar los odios y rencores de la guerra civil, porque el ánimo de desquite no es un sentimiento constructivo», pero podrá leer también que Franco hacía una política de azuzamiento de rencores; que, después de la derrota del fascismo en el mundo, España era casi el único país que conservaba un régimen fascista, cuya pervivencia era funesta para los españoles; que los círculos dominantes en los Estados Unidos preconizaban una política imperialista de bloques agresivos; que el pacto de España con ellos era un pacto de guerra y que

Franco realizaba una política de rearme, mientras el poderío creciente de los Estados Socialistas estaba al servicio de la paz. «Franco –se dice literalmente en el documento pretendidamente reconciliador– ha colocado a España en la humillante situación de apéndice de los Estados Unidos, de instrumento de su política belicista y de coto libre para el capital norteamericano».

Con premisas tales, el comunismo reconciliador convocaba a los monárquicos y a los democristianos para la democratización de España, que era el camino por el que estaban dispuestos a marchar; lo que suponía que no trataban de imponer a nadie su política y sus soluciones por la fuerza y la violencia. Los discrepantes de la dictadura franquista tenían que encontrarse así en la democracia parlamentaria. He dicho que se trataba de propuestas engañosas porque en ninguno de los países sometidos al modelo socialista de la Unión Soviética se podía hablar siquiera, en 1956, de democracia parlamentaria. Recuerdo a los más jóvenes que, en febrero de aquel año, Nikita Jrushchov había pronunciado el famoso discurso secreto denunciando las purgas del fallecido Stalin y que el 4 de noviembre de ese mismo año 1956 el Ejército Rojo invadió Hungría, porque corría peligro el régimen prosoviético de partido único.

## 2. La idealización de la Segunda República

Bastarían el «no es esto, no es esto» de Ortega y Gasset, o los pronunciamientos y los destinos de quienes con él propiciaron el Régimen que derribó la Monarquía –Marañón y Pérez de Ayala– para que incluso los más fervientes republicanos lamentaran aquella experiencia y propusieran una República nueva, bien alejada de los errores que cometió la segunda. Lejos de ello, entre los actuales republicanos, se habla sólo de lo positivo de ésta –la Residencia de Estudiantes, con Dalí, Buñuel y García Lorca o los avances frente al analfabetismo– pero nadie recuerda que durante los sesenta y tres meses y cuatro días que duró, España conoció dieciocho gobiernos, veintiún estados de excepción, veintitrés estados de alarma y dieciocho estados de guerra. Entre los actuales republicanos, no hay nadie que condene el sectarismo, los incendios de iglesias, las sublevaciones campesinas, las huelgas desenfrenadas, los movimientos anarco-sindicalistas o las proclamaciones de comunismo libertario. Con mutua intolerancia, ni algunos sectores de la derecha ni influyentes sectores de la izquierda aceptaron la victoria electoral de los otros y así lo dejó escrito definitivamente el liberal Salvador de Madariaga cuando explicó que la República había tenido tres fases. Durante la primera, la izquierda en el poder tuvo que hacer frente al alzamiento armado de la derecha, de agosto de 1932; durante la segunda, la derecha en el poder tuvo que hacer frente al alzamiento de la izquierda, de octubre de 1934; y durante el tercer período, la izquierda en el poder tuvo que hacer frente a un alzamiento armado de la derecha. «La República sucumbió a estas violentas sacudidas. Lo demás es retórica». Fue también Madariaga quien sostuvo que «con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936».

Me causa cierto rubor recordar estos datos, que deberían ser de dominio público si los medios de difusión mantuvieran cierta objetividad, pero he tenido la experiencia de que jóvenes universitarios, a quienes habría que suponer una ilustración superior a la media, abren los ojos como platos cuando se les enseña el texto de la Ley de 26 de noviembre de 1931 declarando solemnemente fuera de la Ley a D. Alfonso de Borbón

y Habsburgo-Lorena. Privado de la paz jurídica, –dice– cualquier ciudadano español podrá aprehender su persona si penetrase en territorio nacional. D. Alfonso de Borbón será degradado de todas sus dignidades, derechos y títulos, que no podrá ostentar ni dentro ni fuera de España, de los cuales el pueblo español, por boca de sus representantes elegidos para votar las nuevas normas del Estado español, le declara decaído, sin que pueda reivindicarlos jamás ni para él ni para sus sucesores. De todos los bienes, derechos y acciones de su propiedad que se encuentren en territorio nacional se incautará, en su beneficio, el Estado, que dispondrá del uso conveniente que deba darles.

De la Revolución de 1934, programada con todo detalle por Largo Caballero y preparada minuciosamente por el Partido Socialista, se ha intentado también una versión liberadora y justificada, poniendo el acento en la excesiva dureza de la represión, pero fue Fernando de los Ríos quien la definió como «la más violenta perturbación social de que tiene noticia la historia del mundo moderno». Indalecio Prieto pronunció años después su conocida frase: «Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el partido socialista y ante España entera de mi participación en aquel movimiento revolucionario. Lo declaro como culpa, como pecado, no como gloria...». No era para menos. En una semana fueron asesinados en Asturias noventa y dos guardias civiles y treinta y tres religiosos, sacerdotes y seminaristas, entre ellos los ocho hermanos de la Doctrina Cristiana de Turón que no habían cometido otro delito que el de escolarizar a los niños del pueblo.

Según Melquíades Álvarez, en aquella Revolución se cometieron crímenes de tal naturaleza y de tal ferocidad que, con solo recordarlos, el sentimiento de la piedad se ahuyenta siempre de las almas más generosas y clementes.

Al abrirse el Archivo Secreto Vaticano, hemos podido conocer el despacho que el Nuncio Apostólico en Madrid, Federico Tedeschini, envió al secretario de Estado de Su Santidad, el cardenal Eugenio Pacelli, el 25 de octubre de 1934, hablando de la que denomina «infernical revolución asturiana». «En esa región –dice– parecía que, en vez de seres humanos, hubieran salido de la profundidad de las minas furias infernales». La conclusión del Nuncio es sumamente interesante: «Solo la fuerza del Ejército ha podido vencer; pero si ésta hubiese faltado, hoy tendría Europa en su extremo confín occidental una nación bolchevique, igual a la que cierra sus confines orientales, pero inmensamente más bárbara y más feroz».

Es absolutamente imposible buscar justificación alguna a la Revolución del 34 y tanto el incendio de la biblioteca de la Universidad donde enseñaban tantos ilustres reformadores sociales españoles, como la destrucción de la Universidad misma y de la Cámara Santa de la Catedral son manchas indelebles en la historia pretendidamente democrática de la izquierda española.

La Revolución de 1934 fue la primera batalla de la guerra civil. Lo han dicho recientemente muchos, para defender que no fue Franco quien inició esa guerra, pero ya lo habíamos leído en *El laberinto español*, de Gerard Brenan. Guerra civil la llamaron sus dirigentes Grossi y Gorkin y más recientemente, el italiano Gabriele Ranzato, que simpatiza poco con la derecha, ha expuesto su tesis de que los principales protagonistas del ataque contra la democracia fueron los socialistas que, valiéndose del pretexto de la entrada de la CEDA en el Gobierno, intentaron acabar con la República en octubre de 1934 con el fin de instaurar un régimen inspirado en el modelo bolchevique.





Una nación o un modelo bolchevique. Tampoco se hace notar a los jóvenes que la Revolución rusa de 1917 se había producido sólo catorce años antes de la proclamación de la República y que, no ya los comunistas, sino también los socialistas de la época estaban en buena medida hechizados por el modelo. No son opiniones: Son documentos. En las actas del Congreso del Partido Socialista de 1919 figura la declaración formal de que «sean las que quieran las deficiencias del Gobierno de los soviets, el PSOE no puede hacer otra cosa sino aprobar la conducta de las organizaciones proletarias que, desde la Revolución de octubre, vienen ocupando el poder en Rusia», añadiendo que «la dictadura del proletariado es condición indispensable para el triunfo del socialismo». No estoy en condiciones de asegurar si esto lo supo Lenin, pero un año después, en el II Congreso Nacional de la Internacional Comunista, dijo lo siguiente: «Yo afirmo, y la historia me dará la razón, que el segundo país de Europa que establecerá la dictadura del proletariado será, desde luego, España».

A cualquier joven actual le sorprende infinitamente que el Tribunal Supremo de la República decidiera, en su sentencia del 27 de noviembre de 1934, que era conforme a Derecho la clausura judicial de la Casa del Pueblo y la disolución de cuarenta y cinco asociaciones o sociedades vinculadas al Partido Socialista Obrero Español, porque se encontró en ella «acopio de explosivos y armamento».

También les deja estupefactos que el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, escriba en la *Gaceta de Madrid* del 7 de octubre de 1934 que el Presidente de la Generalidad se ha permitido proclamar el *Estat Catalá*, «con olvido de todos los deberes que le impone su cargo, su honor y su responsabilidad». Condenado por la



Sentencia del Tribunal de Garantías Constitucionales de la propia República de 6 de junio de 1935 a treinta años de reclusión mayor; Companys fue amnistiado en febrero de 1936 cuando, según Ossorio y Gallardo, «España olvidó toda norma legal y todo Estado de Derecho».

### **3. La legitimidad del gobierno del Frente Popular**

La estrategia es bien clara: si el Frente Popular era un Gobierno elegido democráticamente, levantarse frente a él no es más que un incalificable golpe de Estado. La realidad es, sin embargo, otra.

Ha habido que esperar ochenta y seis años para conocer los resultados de las fraudulentas elecciones de febrero de 1936, nunca publicados. Se conocía, sin embargo, lo ocurrido en la Comisión de actas del Congreso, donde la pretensión de anular las actas de José Calvo Sotelo y de José María Gil Robles provocó la dimisión de su presidente, que era precisamente Indalecio Prieto. A la ilegitimidad de origen se añadió la ilegitimidad de ejercicio. Se conoce bien la catástrofe de los ciento quince días que transcurren entre la recuperación del Gobierno por parte de Azaña y el asesinato de Calvo Sotelo, que era el jefe de la oposición. Fueron ciento quince días de violencia inenarrable, con huelgas constantes, motines en las cárceles, episodios incendiarios, saqueo de tumbas cristianas y ocupación generalizada de tierras por parte de campesinos. Alguien tan poco sospechoso como Manuel de Irujo, nacionalista vasco que aceptó ser ministro de Justicia en el Gobierno Negrín de 1937, describía en marzo de 1936 una situación escalofriante, en la que se mascaba el estampido: «En Madrid, Extremadura, Andalucía y Levante se queman iglesias, conventos, fábricas, almacenes, casinos, casas particulares, archivos del Juzgado y del Registro. Se hace salir desnudas a las religiosas y se las somete a un trato que no se da a las mujercuelas profesionales. Después de deshorrar a las hijas y a las esposas, son paseadas en pica las cabezas de sus maridos y padres por oponerse al “regocijo”. [...] Se asaltan y ocupan fincas por alcaldes, asociaciones o bandas de pistoleros y se asesina a la Guardia civil».

La destitución del Presidente de la República el 7 de abril de 1936 es un verdadero golpe de Estado y todos los juristas reconocen que, por lo menos desde esa fecha, la República estaba fuera de la ley. Como escribió el propio Presidente destituido, al principio del verano de 1936, el Frente Popular podía cantar con una alegría ruidosa su victoria, obtenida gracias a esa serie de golpe de Estado: Se había apoderado de todo él. Nada quedaba en pie del edificio constitucional. De ahí que el hijo de Niceto, José Alcalá-Zamora y Queipo de Llano, catedrático y miembro de la Real Academia de la Historia, concluya que quienes destituyeron a su padre fueron golpistas, más tempranos que los otros. El asesinato del jefe de la oposición por policías miembros de la escolta de un gobernante decide a Franco a sublevarse contra aquel estado de cosas.

### **4. La Guerra Civil como una lucha entre la democracia y el franquismo**

Los inapelables testimonios de Pedro Salinas, de Clara Campoamor, del historiador Carlos Seco Serrano, de Diego Martínez Barrio y de tantos otros demuestran que la amenaza cierta de la dictadura del proletariado hizo inevitable la intervención militar. Cuenta un socialista tan cualificado como Juan Simeón Vidarte que, en el año 1935,

«las juventudes socialistas estaban cada día más influidas por la política del Partido Comunista y en el congreso de juventudes celebrado el 1º de septiembre se planteó el tema de la fusión de las juventudes que fue aprobado por la mayoría con arreglo a unas bases redactadas por delegados especiales del comité. Grandes aclamaciones acogieron la lectura de los párrafos más importantes del folleto *Octubre*, editado por la Federación Nacional de Juventudes Socialistas».

Los acuerdos adoptados en ese congreso por la Federación no tienen desperdicio: «La Federación de Juventudes Socialistas luchará con denuedo por la bolchevización del Partido Socialista, por la derrota de la burguesía y el triunfo de la revolución, bajo la forma de la dictadura proletaria y por la reconstrucción del movimiento obrero internacional sobre la base de la Revolución rusa». La fusión de las juventudes socialistas con las comunistas es, para Vidarte, uno de los acontecimientos políticos, de los preliminares de la guerra civil, menos conocido y, sin embargo, de mayor trascendencia política de la época, y en ella tuvo decisiva intervención el secretario de las juventudes socialistas, Santiago Carrillo, que ya se había hecho comunista e invitado a visitar Moscú.

Por su parte, Largo Caballero no se arrepintió de nada y sus discursos de 1936, son inequívocos: «No vengo aquí arrepentido de nada, absolutamente de nada. Yo declaro paladinamente que, antes de la República, nuestro deber es traer el socialismo. Y cuando yo hablo del socialismo a secas, hablo del socialismo marxista. Y al hablar del socialismo marxista, hablo del socialismo revolucionario... Si las derechas no se dejan vencer en las urnas –diría también– tendremos que vencerlas por otro medio, hasta conseguir el pleno triunfo de la bandera roja. Porque, oídllo bien, si ganan las derechas, nos veremos obligados a ir a la guerra civil»

Bastaría reproducir la fotografía de la Puerta de Alcalá con el escudo de la URSS y sus tres arcos centrales ocupados por gigantescas fotografías de Stalin y dos de sus jefes, en homenaje al xx aniversario de la Revolución soviética, para que nadie tuviera el impudor de sostener que quienes defendían Madrid al grito de «¡No pasarán!» estaban defendiendo democracia alguna. Nadie solvente niega que la victoria del Frente Popular hubiera supuesto la instauración en España de un régimen comunista.

Cuenta en sus memorias Anthony Eden, ministro inglés de Asuntos Exteriores entre 1935 y 1938, cuando estalló la guerra civil española, que su amigo Julio López Oliván, embajador en Londres de la República española, le visitó el 24 de julio de 1936 «en un estado de ánimo deprimido y preocupado». «Del modo en que habló –añade– extraje la conclusión de que, a su juicio, la consecuencia más probable de la guerra civil, sería un Gobierno comunista». Algunas páginas después, Eden relata su encuentro en Ginebra con el ministro de Exteriores español, Álvarez del Vayo, cuya actitud «fue coherente con sus tendencias comunistas».

También Winston Churchill ha dejado escrito su punto de vista: «A finales de julio de 1936, la creciente degeneración del régimen parlamentario en España y la creciente fuerza de los movimientos partidarios de una revolución comunista o, en su defecto, anarquista, provocaron una sublevación militar que venía preparándose desde hacía mucho tiempo. Forma parte de la doctrina y el libro de instrucciones de los comunistas, dictado por el propio Lenin, que éstos deberían asistir a todos los movimientos que se inclinan hacia la izquierda y ayudar a que suban al poder gobiernos débiles de signo constitucional, radical o socialista. Deben socavar los cimientos de dichos

gobiernos, arrancar el poder absoluto de sus manos vacilantes y fundar el Estado marxista. De hecho, en España tenía lugar en aquellos momentos una reproducción perfecta del período Kerensky en Rusia. Pero España no se había quedado sin fuerzas a causa de una guerra exterior. El Ejército conservaba cierto grado de cohesión. Paralelamente a la conspiración comunista se elaboró en secreto un profundo contragolpe militar. Ninguno de los dos bandos podía reivindicar con justicia ser propietario de la legalidad. Empezó una feroz guerra civil. Los comunistas, que se habían adueñado del poder, perpetraron matanzas en masa, a sangre fría, de adversarios políticos y personas acomodadas. Las fuerzas de Franco se desquitaban con creces. En este conflicto, yo fui neutral. Naturalmente, no estaba a favor de los comunistas ¿Cómo iba a estarlo si, de haber sido yo español, me hubieran asesinado a mí y a mi familia y a mis amigos?»

El propio Willy Brandt que a sus veintipocos años se incorporó al bando republicano en Barcelona recordaba, cuando había cumplido los setenta y cinco, que «tres mil asesores soviéticos ocuparon puestos clave y crearon un servicio secreto que se elevó a la categoría de Estado por encima del Estado». Es en un libro del socialdemócrata alemán donde se puede leer que el *Komintern* tenía el insensato objetivo de aniquilar a todas las fuerzas que no quisieran unirse a él.

Es muy grave que los actuales socialistas españoles ignoren o nieguen estos datos ineludibles. Pero me parece más grave aún que desconozcan la experiencia de sus propios predecesores, muy especialmente la definitiva frase de Julián Besteiro que, en las vísperas del 1 de abril de 1939, deja para la historia la siguiente confesión: «Estamos derrotados por nuestras propias culpas. Estamos derrotados nacionalmente por habernos dejado arrastrar a la línea bolchevique, que es la aberración política más grande que han conocido quizás los siglos... La reacción contra ese error de la República de dejarse arrastrar a la línea bolchevique, la representa genuinamente, sean los que quieran sus defectos, los nacionalistas que se han batido en la gran cruzada Antikomintern». Es curioso que la referencia a la «cruzada» no sea monopolio episcopal.

Tampoco han debido leer a Prieto, que en 1939, en 1940 y en 1942 mantuvo que habían reaccionado a destiempo contra la influencia comunista, que había que liquidar de forma definitiva la torpe política de sumisión al comunismo y que «con los comunistas no podemos ni debemos seguir; no sólo porque nos agobia el recuerdo de las viles coacciones que han sido eje de su política con nosotros a lo largo de la guerra, sino por razones de conveniencia colectiva en cuanto al Partido y patriótica respecto a España». Prieto consideraba necesario arrojar por la borda el comunismo, que repele España entera, para que se pudieran restaurar las instituciones democráticas en España.

## **5. Las brigadas internacionales, ¿defensoras de la democracia?**

El desmontaje de esta superchería no debería requerir el menor esfuerzo porque está terminantemente claro que vinieron a colaborar en la instauración de la dictadura del proletariado. Lo dijo David T. Catell y lo sabe todo el mundo: las Brigadas Internacionales fueron, sencillamente, una fuerza soviética en España. La documentación y los testimonios que lo acreditan son abrumadores y se resumen en la declaración del jefe de la XI Brigada Internacional, el comunista austriaco Manfred Stern, llamado general Kleber: «Las Brigadas Internacionales son parte integrante del verdade-

ro Ejército Rojo soviético; son su fuerza de asalto. Estas brigadas están a disposición del Komintern y al terminar la guerra española serán utilizadas en la forma que el Komintern juzgue oportuno».

La bibliografía sobre las Brigadas Internacionales es inmensa. Stanley G. Payne resume que fueron reclutadas por el Komintern, abreviatura, como se sabe, de la Internacional Comunista; que su principal asesor era el líder del Partido Comunista francés André Martí, el tristemente célebre «carnicero de Albacete»; que, aunque había algunos jóvenes idealistas de izquierdas, la mayoría eran comunistas y que el escritor norteamericano William Herrick, veterano de las Brigadas Internacionales, confesó que luchaban contra el fascismo, pero su objetivo no era la democracia. Dígase ahora lo que se quiera, la ayuda al Frente Popular es iniciativa de la Internacional Comunista y de los dirigentes de los Partidos Comunistas de otros países de Europa.



## 6. Consecuencias de lo expuesto

Creado el ambiente que se deduce de esas cinco patrañas, es más fácil desfigurar hasta la demonización al victorioso Generalísimo Franco y tratar de equipararlo a los vencidos Hitler y Mussolini. Yo mismo he escrito en otro lugar que a ninguno de ellos vinieron a visitarles varios presidentes norteamericanos o el general De Gaulle, que ninguno de ellos murió en la cama rodeado del gran respeto de la mayoría de su pueblo, y que ninguno de ellos tuvo la posibilidad de designar un sucesor que, sobre la base del progreso económico, social y cultural alcanzado durante los años de su gobierno, pudiera transitar pacíficamente del autoritarismo a la democracia.

Creado el clima arriba descrito, es bien fácil extender también la falsa especie de que en la España de nuestros días no se pueden otorgar credenciales democráticas a quien no repudie sin reservas al Régimen de Franco. Las iniciales torpezas de la UCD y los eufemismos de los gobiernos de Aznar y de Rajoy han vigorizado las tesis de la izquierda más sectaria.

El 18 de septiembre de 2002, gobernando Aznar con mayoría absoluta en el Congreso de los Diputados, Alfonso Guerra presentó, con el aval del Grupo Socialista, una proposición pidiendo que la España constitucional saldara la deuda material y moral

con los exiliados y aprovechó esa propuesta –en principio, razonable– para conseguir también una condena de la «dictadura franquista». La receptividad del presidente de la Comisión Constitucional del Congreso, el conocido ucedista Jaime Ignacio del Burgo, permitió al diputado socialista conseguir, precisamente en un aniversario de la muerte de Franco, la unanimidad en aquella condena, la primera votada por el Partido Popular, con las siguientes palabras: «El Congreso de los Diputados reitera que nadie puede sentirse legitimado, como ocurrió en el pasado, para utilizar la violencia con la finalidad de imponer sus convicciones políticas y establecer regímenes totalitarios contrarios a la libertad y a la dignidad de todos los ciudadanos, lo que merece la condena y repulsa de nuestra sociedad democrática».

Como otras resoluciones de aquel mismo día homenajeaban a quienes habían padecido la represión del régimen franquista por defender valores republicanos, quedaba clara la condena de los vencedores y el enaltecimiento de los socialistas, de los comunistas y de los separatistas vencidos. Todo lo contrario de la reconciliación. El Partido Popular se colocó así abiertamente enfrente del Régimen del que sus fundadores procedían.

*Ante la indefensión del Régimen de Franco, se creció la izquierda, amnésica de su propia historia y con Rodríguez Zapatero se preparó ya una ofensiva en toda regla.* El PSOE aprobó la Ley 24/2006, de 7 de julio, que declaró ese año como el «Año de la Memoria Histórica», evocando el LXXV aniversario de la proclamación de la Segunda República Española y el LXX del comienzo de la guerra civil. En esa Ley se asegura que recuperar la «memoria histórica» es «la forma más firme de asentar nuestro futuro de convivencia», para lo cual se cantan las excelencias democráticas de la República y se condena la represión de la dictadura franquista. Hay que leerla para valorar su sectarismo y su insistencia en que los republicanos luchaban por la democracia, enaltecendo incluso a Luis Companys, de quien ya hemos contado que fue condenado por el Tribunal de Garantías Constitucionales de la República a treinta años de reclusión por el delito de rebelión.

Después se aprobó también la Ley 52/2007, de 26 de diciembre, reconociendo y ampliando derechos y estableciendo medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil o la dictadura. Es la generalmente conocida como Ley de «Memoria Histórica» que, junto a la legítima pretensión de enterrar a los muertos como debemos, esconde el propósito de que ganen la guerra quienes la perdieron o, por lo menos, que se reconozca que éstos últimos eran los buenos y que los malos eran los vencedores.

Aunque en su programa electoral Mariano Rajoy prometió la derogación de tan guerracivilista disposición, cuando obtuvo la mayoría absoluta se olvidó de su promesa. A ella se añadirían el Real Decreto 1791/2008, de 3 de noviembre, en el que se hace firmar al rey Juan Carlos que la sublevación del 18 de julio de 1976 fue ilegítima y, por fin, el Real Decreto Ley 10/2018, de 24 de agosto, imponiendo la exhumación de Francisco Franco. El Partido Popular, en el debate consiguiente, se limitó a cuestionar la extraordinaria y urgente necesidad, sin denunciar siquiera la falacia gubernamental de atribuir a las Naciones Unidas las decisiones del relator Pablo de Greiff, y en vez de votar en contra, como sin duda le exigiría la inmensa mayoría de su electorado, se limitó a abstenerse, permitiendo así que el Gobierno argumentara en lo sucesivo que el Decreto-Ley no había recibido votos en contra. «En sede parlamentaria –reiterará

el Tribunal Supremo para descrédito irrecuperable del Partido Popular– no hubo oposición a este Real Decreto-Ley». Un Real Decreto-Ley, por cierto, en que se anunciaba que los familiares podrían disponer sobre el destino de los restos mortales, si así lo deseaban. España entera sabe cómo se ha cumplido esa promesa del legislador.

Los actuales dirigentes del mayor partido de la derecha se han puesto de perfil, alegando que no quieren saber nada de lo que ocurrió en España hace cincuenta años. Es una excusa pueril de quienes temen que les descalifiquen si no se someten a la dictadura de lo políticamente correcto. Precisamente por la edad que tienen podían haber matizado con claridad rigurosa que son tan defensores como nadie de la actual democracia y que ello lo consideran compatible con el respeto a la tarea política que llevaron a cabo sus propios fundadores, patriotas sin tacha e hijos de un tiempo en el que trabajaron por España y por los españoles en las circunstancias en que se encontraron. Claro que también metieron la cabeza bajo el ala cuando los socialistas votaron a favor de privar a Manuel Fraga de su título de hijo adoptivo de La Coruña y a las veinticuatro horas acudieron compungidos a dar el pésame por el fallecimiento de Rubalcaba. Están tan alejados de los fundadores de la organización política que lideran y que combatió hasta vencerlo al equívoco centrismo de las nacionalidades y de las autonomías indeterminadas, que creyeron mejorar su imagen incorporando a su lista electoral a Adolfo Suárez Illana.

El nuevo diputado escribía lo siguiente el 4 de octubre de 2017: «Mi padre no fue un presidente democrático en su inicio, pero asumiendo esa falta de legitimidad democrática inicial fue capaz de dirigir todo un pueblo hacia el sueño colectivo de un país plenamente democrático». Lo que no se había visto jamás es que aquellos que mataron y murieron en la guerra más brutal se pusieran de acuerdo, sin olvidar ni violar ley alguna, para no volver a morir ni a matar nunca. Aparte de que los que murieron en la guerra no se pusieron de acuerdo ni con su padre ni con nadie, quienes se tenían que haber reconciliado eran quienes ganaron y quienes perdieron, pero estando muy claro quienes en la transición actuaron en nombre de quienes perdieron –Carrillo, la «Pasionaria», Alberti, Tarradellas, Rafael Fernández, Justino Azcárate, la Esquerra, el PNV y el PSOE que invocaba los cien años de su historia– no ha quedado demostrado que la UCD que se reconcilió con ellos lo hiciera en nombre de los vencedores.

Vencedores, repito, del comunismo, a las órdenes del único militar que les ganó en los campos de batalla y quien desde muy joven anunció «donde yo esté, no habrá comunismo». Eso es lo que de verdad no le perdonan y lo que ha provocado esta nueva conmoción en lo que venía siendo una aceptable convivencia democrática. No sé si se trata sólo de una obsesión de los actuales líderes socialistas, que no tuvieron quienes alcanzaron la desbordante mayoría absoluta de 1982, o de una exigencia de los radicales cuyos votos necesitaron para la investidura. Lo que yo sé –y lo sabe toda España– es que las permanentes invocaciones teóricas al «reencuentro entre españoles», a la «cultura de la reconciliación», a los «homenajes igualitarios», al «cierre de las heridas», a la «vocación integradora» y al «espíritu de concordia» se compadecen mal con la eliminación de cualquier recuerdo de Franco, de José Antonio, de Moscardó, de Girón, de Fraga o de Pemán y la simultánea exaltación de Companys, de Largo Caballero, de Prieto, de Azaña, de Ibarri o de las Brigadas Internacionales.

En estos días en que se sostiene –nada menos– que era una indignidad que Franco estuviera enterrado en la Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos que él fundó,



que nuestra democracia ha mejorado mucho con su exhumación y que la reconciliación y la concordia exigían precisamente esa decisión gubernamental, los españoles preocupados por el futuro no podemos menos de esperar fervientemente que la exhumación de Franco no afecte a tres instituciones que han permanecido en silencio, cuando parece que debían sentirse aludidas por tan significativo quiebro de la historia: la Corona, el Ejército y la Iglesia.

Esperemos, en primer lugar, que sean minoritarias las voces que se empiezan a oír recordando que la restauración de la Monarquía fue una decisión libérrima de Francisco Franco, cuya pretendida ilegitimidad contagiaría a la de los sucesores en la Jefatura del Estado. Después de casi medio siglo de estabilidad y de progreso bajo el poder moderador de una Corona que ha acreditado abrumadoramente ser «de todos», sería una catástrofe que triunfara la tesis de una Tercera República, necesariamente parcial y revanchista.

El Ejército cumple escrupulosamente su deber de obedecer a las autoridades democráticas y de no implicarse en las batallas políticas, pero tiene que saber que empezamos a ser muchos los que pensamos que, sin la más leve indisciplina, las altas jerarquías del Ejército están en condiciones de expresar a esas autoridades su malestar por hechos que, en definitiva, constituyen una tergiversación de su propia historia. Claro que ya en enero de 2018 nos impresionó una publicación del Ministerio de Defensa, prologada por el General Jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, en la que se incluían treinta y dos ejemplos de valores militares, desde Guzmán el Bueno a Agustina de Aragón y desde el general Prim a los últimos de Filipinas, con un salto gigantesco de 1925 a 1993, seguramente para no incluir a Millán Astray, a Franco, a Moscardó o al capitán Cortés.

En cuanto a la Iglesia católica, como deseo fervientemente mantenerme fiel a ella, no puedo utilizar una sola de mis torpes palabras para juzgar la actitud adoptada por las jerarquías en el trance que acabamos de vivir, con olvido manifiesto de cuanto Franco significó para esa Iglesia, en cuyo seno vivió y murió. Por eso prefiero recurrir a un texto de sus predecesores en el episcopado, que en 1937 tuvieron la valentía de recordar «el tremendo apelativo de “canes muti” con que el Profeta censura a quienes, debiendo hablar, callan ante la injusticia». ●

# PERO ¿QUÉ ES ESPAÑA?

**MANUEL PARRA CELAYA**

doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía). Conferencia pronunciada en Acción Cultural Miguel de Cervantes, Barcelona, el 30 de noviembre de 2019

## O. Presentación

Cuando daba clases (antes de mi jubilación), siempre empezaba con una pregunta dirigida a todos los alumnos, a modo de incitación; permítanme que, ante este auditorio, haga lo propio, y les pregunte ¿son ustedes patriotas?

Admitamos, de entrada, que las palabras *patria* y *patriotismo* están hoy, como mínimo, bajo sospecha, y más si las referimos a España.

Esta *sospecha* está sostenida y alimentada, sobre todo, por los dos grandes fantasmas que recorren el mundo y, en concreto, nuestros ámbitos más cercanos: mundialismo y nacionalismos; parece una contradicción, pero ambos se complementan entre sí, se retroalimentan mutuamente y, como ideologías, están en la órbita de las que componen y sostienen lo que llamaremos, para entendernos, *el Sistema*.

En efecto, *patria* y *patriotismo* son palabras que hacen arrugar el ceño (o el hocico) a muchas gentes, y, con un poco de condescendencia por su parte, desprenden un tufo a algo antiguo y superado; esas gentes que sospechan, desprecian o, todo lo más, toleran esas expresiones han aceptado en su intimidad más profunda eso que se denomina *consenso*.

Vamos a permitirnos llevar la contraria y, con toda humildad y firmeza, apostar por el *disenso*.

## 1. Pero ¿qué es una patria?

Estaremos de acuerdo en que *patria* viene, etimológicamente, de *padres*, *la tierra de los padres*, pero esto es claramente insuficiente para nuestro propósito definidor.

Tanto la palabra *patria* como la palabra *nación* son relativamente modernas en su significado político; leemos en nuestros clásicos, por ejemplo, que *era vizcaíno de nación* o que *regresó a su patria de Sevilla*... Solo a finales del XVIII, con la Revolución Francesa, ambos términos adquieren su significado actual.

Pero la palabra *España*, por el contrario, es mucho más antigua, y también son mucho más antiguos el sentimiento, la adhesión y el servicio hacia ella; de ahí arranca lo que llamaremos la *significación clásica*, previa, como se ha dicho, a la moderna. Por ejemplo, si tuviéramos que buscar un *patriotismo* en los habitantes de los diferentes reinos españoles de la Edad Media, aparte de una consideración meramente territorial y geográfica, la centraríamos en la *nostalgia del reino perdido* cuando la invasión musulmana, en el afán de su recuperación y en un sustrato común cristiano frente a los invasores.

Cuando se recupera esa unidad y se proyecta España en el mundo, el *patriotismo* (vuelvo a emplear la palabra anacrónicamente) se llamaría, por ejemplo, *servicio al*

rey, pues aquella Monarquía Católica (Universal) encarnaba una tarea histórica que había asumido España.

Por ello, como dijo José Antonio Primo de Rivera, «*la palabra España, que es por sí misma enunciado de una empresa, siempre tendrá más sentido que la frase “nación española”*».

Ya tenemos, por tanto, el primer rasgo que caracteriza a lo que luego se llamará *patria*: ser una empresa común, una tarea de todos sus habitantes. Si falta esa tarea, el concepto de patria queda cojo, incompleto, insuficiente a todas luces.

## 2. ¿Es España una patria?

Como todos saben, el título de esta conferencia procede de Ortega y Gasset, quien se formuló la pregunta en época y circunstancias distintas a las nuestras; él se la formuló *desde su presente* y hoy nosotros nos las formulamos otra vez *desde el nuestro*; el partía de *su realidad* y nosotros *de la nuestra*. Lo que importa es saber si la pregunta se refiere *al mismo sujeto*.

El orteguiano Julián Marías responde a esta cuestión de forma clara:

Nos preguntamos qué es España mirando la realidad que nos envuelve, de la que estamos hechos, que nos empuja desde el pasado y nos remite al horizonte de nuestro porvenir [...]. Nos preguntamos por una realidad histórica, por el drama colectivo que es la sociedad.

Y continúa:

Siempre que haya continuidad entre esa sociedad (anterior) y la nuestra; es decir, que la nuestra “venga” de aquella, aunque con transformaciones tales que tengamos que considerarla “otra”.

Esta continuidad podría ser discutible, pero ya nos aclara nuestro filósofo que no se puede pasar por alto el *carácter proyectivo* del ser humano, es decir, la dimensión histórica del hombre, carácter que sobrepasa las generaciones y los siglos.

No importa que

los usos, creencias, ideas, estimaciones, proyectos con los cuales el individuo se encuentra hayan cambiado, ya que tienen su génesis, consolidación, plenitud, declinación, extinción, sustitución por otros [...] Lo decisivo es que no haya ruptura, que esa variación se produzca en continuidad de lo que podríamos llamar el «sujeto», es decir, la sociedad misma que en esa historia se va haciendo.

Ahora tenemos ya el segundo rasgo para definir a España como *patria*, que es su historicidad, su continuidad generacional; por ello, es inaceptable moralmente que una determinada generación se arrogue la propiedad exclusiva y se proponga acabar con ella; sería una actitud –permítanme la expresión– *antidemocrática*, si ampliamos el concepto de democracia al pasado, lo que Chesterton llamaba *la democracia de los muertos*.

Y, sobre todo, si la ampliamos al futuro, lo que hizo decir a Unamuno *España, más nuestra hija que nuestra madre*. No es lícito en modo alguno negar los esfuerzos de quienes nos precedieron y hurtar las posibilidades a los que vendrán.

A los rasgos de empresa y de historicidad, añadamos otro rasgo definidor de Espa-

ña como patria: su condición de *fundación*, su carácter *fundacional*, y no *contractual*, a la manera de Rousseau.

Los seres humanos no se unen por pactos, a la manera de una sociedad mercantil, que se puede romper por decisión de alguna de sus partes; tampoco se revisan cada cierto tiempo las improntas de integración, por voluntad de los contrayentes supuestos, según la teoría del *plebiscito cotidiano* de Renan. Nacen las patrias en unos momentos determinados como una *fundación que tiene unos objetivos definidos*, objetivos que se consolidan, transforman o sustituyen en otros momentos de su historia. Y esto se hace por voluntad y acción de *minorías egregias* (Ortega), que saben impregnar las conciencias de los pueblos.

Y se dirá: ¿y todos los que componen ese pueblo participan de igual modo de ese entusiasmo integrador? Evidentemente, no. Volvamos a Julián Marías: existe un

argumento, y esto quiere decir en vista de la «pretensión» colectiva que vivifica la estructura social. No quiere decir esto que en una nación esté claro en la mente de los individuos el proyecto vital en que consiste; los modos de participación en el proyecto colectivo son muy complejos y variables; pero esa «pretensión» es un ingrediente de cada uno de ellos, de manera que, al proyectarse el individuo como tal hombre o mujer se interpreta como español, alemán, francés o lo que sea, haciendo suya –aunque sea en forma de discrepancia– la pretensión nacional.

Es indudable, así, que serán modos muy distintos de estar inmersos en esa *pretensión nacional* el de un Hernán Cortés y el de un Lope de Aguirre, traidor a su rey, como ejemplos históricos; o el de un Ortega, un Unamuno... o un separatista actual, pongamos por caso.

Resumiendo: una patria es una creación histórica; del mismo modo que el ser humano se hace *persona* en virtud del Derecho, un pueblo deviene en *patria* en función de su misión histórica; se caracteriza, pues, por cumplir esa misión entre el conjunto de otros pueblos. Nace como una fundación, no mediante un pacto o contrato, y es una labor ininterrumpida de generaciones, a ninguna de las cuales le es lícito truncar la continuidad.

Los componentes de una patria *participan* –tácita, expresamente, por acción, por omisión o por rechazo– de la línea de esa trayectoria histórica. Y esa participación es la que señala la existencia o inexistencia de lo que llamaremos patriotismo, que es de lo que vamos a hablar a continuación.

### 3. Definamos *patriotismo*

Ya hemos dicho que el término es relativamente moderno, no así el concepto.

Una definición ajustada podría ser la siguiente: *Identificación personal, de carácter emotivo e intelectual, con el proyecto histórico al que llamamos patria.*

Como en toda definición, es conveniente desglosar sus componentes para una mejor comprensión:

- *Identificación personal*: señala una interrelación entre el destino individual y el colectivo histórico. Yo *interiorizo, hago mío*, un devenir de mi colectividad a lo largo del tiempo; ello casi me permite considerarlo como parte de mi ser; en este sentido, Unamuno afirmó *Me duele España*, y el *me* –dativo de interés para los gramáticos–

relaciona el dolor de España con un *me duele la cabeza o me duele el estómago*, es decir, una parte de mí.

- *Emotiva e intelectual* (o sea, procedente de la razón); el ideal es el equilibrio entre ambas procedencias, pues, como veremos, un patriotismo puramente sentimental puede empequeñecerse y derivar hacia otras formas de sentir la patria, y uno puramente racional puede reducir el patriotismo a una elucubración privada, de torre de marfil...
- *Proyecto histórico*: como hemos afirmado, con un pie en la historia común, pero que no actúa como *raíz*, casi vegetal, sino que es impulso para que el otro pie dé un paso adelante y se fije en el presente, mientras la previsión y la vista miran al futuro.

Definido así el patriotismo, cabe preguntarse si es un valor, esto es, una cualidad o ente ideal que sirve de orientación personal y colectiva. La respuesta es afirmativa: *el patriotismo es un valor*, y esto lo podemos comprobar si cotejamos nuestra definición con la *teoría de los valores*:

- Es *estimado por sí mismo*, porque se percibe su validez y su bondad.
- Es *intuitivo* en una percepción inicial, que luego debe ser matizada y perfeccionada.
- Influye en la *conducta*, y no solo en demostraciones de heroicidad, sino en el día a día.
- Es *intemporal*, ya que es susceptible de permanecer en el tiempo y en todas las circunstancias.
- Está sujeto a *cambios de apreciación*, según las épocas, los modos al uso y estas circunstancias; un valor puede quedar oculto para una generación y reaparecer con fuerza en la siguiente.
- Es susceptible de *ser enseñado y aprendido*, de ahí el papel de la educación y la enseñanza en el momento actual.

El patriotismo está relacionado con otro valor, el *civismo*, eso que actualmente gusta de llamarse *actitud republicana*, sin que la palabra haga referencia a forma de gobierno alguna y sí a la *res pública*. Sin embargo, hay algo que los diferencia en su alcance: el civismo, es decir, el comportamiento ético con respecto a los demás en la sociedad que entre todos formamos, atiende al *aspecto sincrónico*, esto es, *al aquí y ahora* de la sociedad; la actitud *cívica* se demuestra con el prójimo, con el respeto a las leyes, con las normas de convivencia; el patriotismo se extiende además a la faceta *diacrónica*, es decir, a través del tiempo: uno se hace eco de sus antecesores y se proyecta al presente, recibiendo una *herencia*, y al futuro, pensando en nuestros descendientes.

#### 4. La teoría de la elipse

Hay otra nota propia de un sano patriotismo que conviene ahora traer a colación, que es su *carácter no excluyente y abierto*; si se me permite la expresión, *elíptico*, ya que la historia de la humanidad funciona siempre como una elipse, abierta por definición.

Uno puede identificarse con su *patria chica* (sentirse catalán, o castellano, o murciano, o vasco...), al tiempo que se identifica con la *patria grande*, como español; incluso podríamos decir que sentirse catalán o castellano o murciano o vasco... representan *modalidades o formas de sentirse español*.

Puestos a desarrollar la *teoría de la elipse*, ¿por qué no aplicar la concepción del patriotismo a la concepción de una patria más amplia? Uno se puede considerar ciudadano de tal o cual región al tiempo que de España, y también *européo*. ¿No es un ideal –acaso diferido por Bruselas y los *brexits*– que Europa sea la *patria de las patrias*?

O, incluso, miembro solidario de una comunidad abstracta que llamamos *humanidad*, que viene a constituir el ideal cristiano de hermandad entre todos los hombres como hijos del mismo Dios.

No está de más incluir aquí un texto, a lo mejor desconocido por algunos, de lo que quizás fue el último proyecto de ensayo histórico de José Antonio Primo de Rivera; me refiero al *Cuaderno de notas de un estudiante europeo*, esbozado en la cárcel de Alicante, y que dice al final lo siguiente:

Solución religiosa (al problema de hombre): el recobro de la armonía del hombre y su contorno en vista de un fin trascendente. Este fin no es la patria ni la raza, que no pueden ser fines en sí mismos: tiene que ser un fin de unificación del mando, a cuyo servicio puede ser la patria un instrumento; es decir, un fin religioso; ¿católico? Desde luego, de sentido cristiano.



*Jura de bandera en Sevilla*

## 5. Qué no es patriotismo

Visto todo lo anterior, ahora ya podemos deslindar y diferenciar el patriotismo de otros conceptos con el que a veces se confunde.

En primer lugar, el patriotismo se distancia con claridad del nacionalismo, de *cualquier nacionalismo*, aunque este adopte paradójicamente, el calificativo de *español*.

El nacionalismo es, en primer lugar, una ideología que, basada en el romanticismo, queda definida *en los estrictos límites del sentimiento*; es el apego desmesurado y extremo a *lo natural*, lo que nos viene *dado* por la naturaleza, a lo *espontáneo*: el terruño, la raza, la lengua, las costumbres y los usos...; por eso fue definido como un amor *casi vegetal*, porque se ancla en la tierra como las plantas.

El nacionalismo pone fronteras para delimitar nuestro valle del vecino, y piensa



que estos elementos *naturales* constituyen su razón de ser por encima de la historia, de la razón y del Derecho. Las delimitaciones de esta *naturaleza* son barreras y nunca tentaciones para superarlas; por ello, en frase atribuida a De Gaulle, siempre precisa un *enemigo* al que achacar los problemas y ser *culpable* de sus frustraciones.

Para un nacionalista, su *patria* la constituye un grupo homogéneo, mientras que el concepto de patria clásico –del que estamos tratando– siempre presupone grupos heterogéneos, integrados en un proyecto histórico.

Antes he dicho que hablar de un *nacionalismo español* es una paradoja; mejor sería decir que es un oxímoron, porque ambos términos se excluyen entre sí. España fue grande cuando se abrió y se dio al mundo, cuando integró razas, culturas y mundos distintos en una empresa común.

Solo en una época decadente, como fue nuestro siglo XIX, pudo la españolidad degenerar en *españolismo*, admitir una visión estrecha, *nacionalista*, al compás del liberalismo y de su eterna contienda con el tradicionalismo. Un peligro inminente: *oponer un sentimiento a otro sentimiento*, el separatista al español, cuando sabemos que siempre ganará el más próximo...

Os propongo una reflexión actual: ¿no pueden ser las actuales actitudes *identitarias* formas de nacionalismo renacidas?; así, no nos resultarían extrañas las simpatías que el nacionalismo separatista catalán ha suscitado en partidos y líderes europeos *identitarios*, euroescépticos o eurofóbicos, por afinidad ideológica de fondo. Dejémoslo ahí...

## 6. Formas de patriotismo empequeñecido

Además de esta espurio *nacionalismo español*, existen otras tendencias que, si bien nos oponen frontalmente al patriotismo, sí lo rebajan y empequeñecen, hasta hacerlo a veces ramplón e incluso antipático.

Es el caso de lo que llamaríamos *patrioterismo*, versión gruesa y superficial del valor patriótico. Se circunscribe en reiterar glorias del pasado y desatenderse de los problemas actuales de la patria; es el caso de quienes se empeñan en evocar al apóstol Santiago repartiendo mandobles en la batalla de Clavijo y no se preocupan de la extensión del paro.

Otra variante es el *patriotismo folclórico*, el que se enardece con una victoria deportiva, se emociona al oír un pasodoble o reduce su patriotismo a contadas veces al año.

Y merece, por su importancia y actualidad, que menciones en epígrafe aparte el *patriotismo constitucional*, que es una suerte de ideología del *Sistema* que se nos vende por doquier en estos tiempos.

## 7. El patriotismo constitucional

Fijémonos bien en una trampa dialéctica que nos han tendido a los españoles de hoy, preocupados por la deriva de los separatismos: se han hurtado descaradamente del idioma los conceptos opuestos de *patriota español* y *separatista*, y se han sustituido por los de *constitucionalistas* o *unitarios* e *independentistas* respectivamente.

De este modo, quienes intentan romper España parecer ser dignos luchadores por una *independencia*, palabra de connotaciones épicas y atrayentes, y quienes se oponen

a esta destrucción solo deben tener en común la defensa de un determinado orden jurídico, el emanado de una de las muchas Constituciones que ha tenido España, concretamente de la última, la vigente del 78.

El *patriotismo constitucional* nace en Alemania, de la mano de la Escuela de Frankfurt, concretamente del neomarxista Habermas. Es una fórmula para aplicar a la Alemania Occidental en su momento, con el claro propósito de hacer olvidar a los alemanes su pasado ingrato. El patriotismo *constitucional* viene pactado por un *consenso* entre los partidos políticos del *Sistema* en Alemania.

A España llega de la mano del PP de José M<sup>a</sup> Aznar, y se basa en idénticos supuestos que los de Alemania: la Constitución del 78 es la que marca *el punto de partida nacional*, y no los cuarenta años anteriores (los calificados por Adolfo Suárez como *dictadura oprobiosa*) ni aun otras épocas más allá de la II República y de la I Restauración de Cánovas del Castillo.

El *consenso* es el que elaboró la Constitución del 78 (aún no habían aparecido en escena *Ciudadanos* y *Podemos*). En lugar de nombrar claramente la bandera *nacional* se acuña el horroroso sintagma de *bandera constitucional*, para que todo gire en torno al Régimen actual. Se identifica a España con una Constitución, y no es extraño que, ante el renacer espontáneo del patriotismo con la crisis provocada por el separatismo ahora se acuda a la trampa dialéctica mencionada.

El separatismo hace alarde de una *mística* –todo lo equivocada que se quiera– y solo se le opone la frialdad de una Ley de Leyes, que, además, es papel mojado en la realidad (¿Dónde queda la afirmación de unidad del artículo 2<sup>o</sup>?), y se descarga en el Poder Judicial la responsabilidad de atajar la intentona separatista. Menos mal que una parte del pueblo español fue por libre y sacó del armario y llevó a la calle los olvidados resortes del patriotismo.

Resulta evidente, sin embargo, que esta reacción popular intenta ser controlada desde los parámetros del *patriotismo constitucional*; basta con fijarse en los apresuramientos de los partidos para ponerse al frente de los movimientos sociales (como aquel Borrell, enardecedor de las masas en Barcelona aquel 8 de octubre y luego, como Ministro de Exteriores, aplicando paños calientes a las *embajadas* que volvió a levantar la Generalidad).

Los españoles en la calle solo atinamos a agitar las banderas rojigualdas, siempre y exclusivamente con el mal llamado también *escudo constitucional* (porque la Constitución se imprimió con el águila de San Juan, por cierto), a tararear el *chunta-chunta* del Himno, a falta de letra oficial o a cantar el estribillo del pasodoble de Manolo Escobar...

De todas formas, felicitémonos porque el separatismo ha tenido la virtud de resucitar alguna forma de patriotismo, ese que, por cierto, fue orillado desde los tiempos de la Transición.

## 8. Porque, en efecto, el patriotismo se perdía de vista...

En efecto, el patriotismo como valor compartido de una sociedad fue quedando, si no sepultado, sí arrinconado en muchas conciencias españolas. No ocurría así, por otra parte, en otros países de nuestro entorno, como Italia o Francia, que suscitaban nuestra sana envidia muchas veces.

¿A qué se debió esa indiferencia patriótica de los españoles, hasta que los sucesos de Cataluña la trocaron en cierto entusiasmo?

Algunos siguen sosteniendo, sin sonrojarse, que la culpa era de Franco, porque *había monopolizado* el patriotismo para su Régimen; aunque una tontería de ese calibre es ridícula a más de cuarenta años de su muerte, tampoco conviene olvidar que la exaltación patriótica del bando que ganó la guerra civil era la contraposición al *viva Rusia, muera España* que se coreaba muchas veces en el otro... Tampoco, durante el franquismo, nadie fue privado de que expresara sus formas de patriotismo, aunque estas estuvieran al margen del aparato oficial,



*Los Tercios españoles en la Batalla de Rocroi, Augusto Ferrer-Dalmau*

Más cierto fue que los políticos de la Transición, especialmente los que se habían distinguido por su *vasallaje* en el Régimen y profusión de *lealtades inquebrantables* temían que el patriotismo truncara aquella experiencia que decían *de la ley a la ley...*

Claro que puede haber más explicaciones de la indiferencia hacia el patriotismo, unas más certeras que otras.

La primera y principal es la exacerbación de los localismos provocada por la implantación del Estado de las Autonomías; el orgullo de la *patria chica* ha oscurecido, o eliminado en algunos casos el de la *patria grande*; los viejos nacionalismos insolidarios y separatistas han tenido el mejor caldo de cultivo posible, siempre con la connivencia de los gobiernos nacionales de turno.

Cada territorio, definido tácitamente o de forma expresa, como *nación*, enalteció sus himnos, sus banderas, su historia local, con exclusión, también tácita o expresa de los símbolos españoles comunes.

Hay quien achaca la falta de patriotismo en aquel defecto que Ganivet atribuía a

los españoles: la *abulia*, el *no querer*; puede ser cierto, sobre todo *si falta un proyecto ilusionante colectivo*, como es el caso.

Otros dicen que el déficit de patriotismo se debe a que vivimos inmersos en la cultura posmoderna, lo que implica el *rechazo a los grandes relatos* y el *vivir al día*, ese presentismo que hace despreciar la historia, unido al individualismo que caracteriza a la ideología neoliberal.

No olvidemos tampoco que la izquierda española, salvo honrosas excepciones, parece tener un tic heredado del siglo XIX y de parte del XX que le hace sospechar o rehuir toda referencia que suene a patriotismo; por su parte, la derecha, en su miedo cerval porque la tachen de heredera del franquismo, no ha puesto mucho énfasis que digamos en el tema patriótico.

Por último, no hace falta profesar ninguna forma de *conspiracionismo* para detectar que existió –y existe– una predeterminación para que el patriotismo no pusiera en tela de juicio las *verdades oficiales* que se han ido proclamando desde la Transición; recordemos aquella prohibición para que Marujita Díaz cantara *La Banderita* o la desaparición absoluta de presencias de uniformes de nuestras FF.AA. en las calles... Me limito a consignar un dato comprobable, pero se me escapa de dónde han procedido esas *instrucciones*...

Lo cierto, como decía, es que debemos felicitarnos por ese renacer –tampoco unánime– de ciertas formas de patriotismo entre la población española. Pero ¿qué características deberá reunir el patriotismo en nuestro siglo para que vuelva a ser un *valor* apreciado por nosotros?

## 9. Condiciones para ese patriotismo de siglo XXI

Prácticamente, estas condiciones coinciden con aquellos rasgos de autenticidad que he ido asignando a la españolidad a lo largo de esta conferencia. No obstante, se podría matizar y desarrollar alguno de ellos.

El patriotismo español debe tener como punto de partida *al ser humano*, considerado en su dignidad y libertad esenciales; ese fue el mensaje que España llevó al mundo y por él luchó frente a las prácticas de *segregación* que practicaron otras naciones y frente a las teorías de la *predestinación* que sostenían otras. Es decir, nuestro patriotismo debe descansar en aquel *humanismo cristiano* que glosó Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad*.

Ya ha quedado dicho, además, que no debe inspirarse en la complacencia, sino en el *camino de la crítica*, porque nuestra generación no puede conformarse con dejar este legado a las siguientes; habrá que *reinventar* a Quevedo, a Jovellanos, a Giner de los Ríos, a Costa, a Ortega, a José Antonio, a Laín, a Gustavo Bueno...

Su nota social es imprescindible: atender a las necesidades de trabajo, vivienda, cultura, educación, sanidad... es una empresa patriótica indiscutible, máxime cuando tanto mundialismo como nacionalismos parecen desconocer la necesidad e importancia de estos extremos; del mismo modo que no parecen conocer la tragedia de esa *España vacía*, para la que no atinan en buscar remedio.

Nuestra crítica de la forma de edificar el Estado de las Autonomías no debe llevarnos a desconocer que *España es varia y plural*; en este sentido, es importante recordar aquella frase de Eugenio d'Ors sobre los regionalismos: *Ni secar fuentes ni*

*dejarse arrastrar por los torrentes*; España no puede identificarse con una sola región ni siquiera con un solo idioma ni con unas solas costumbres: hay que revalorizar toda nuestra variedad en clave española.

Por último –recordemos– nuestro patriotismo debe seguir llevando como sello su universalidad; contribuir a la construcción de Europa sigue siendo tarea española, mantener contra viento y marea los valores de la Hispanidad, también.

## **10. Hacia una pedagogía de la españolidad**

Constatamos a diario que la españolidad sigue estando bajo sospecha; incluso, en algunas regiones suscita odios mal contenidos. Afirmemos con rotundidad que la primera tarea debe ser renacionalizar a España, es decir, volverla a dotar de los elementos esenciales para que se considere a sí misma un conjunto integrado con vocación en la historia.

Esta tarea es susceptible de ser predicada, enseñada y aprendida. Bastantes promociones de niños y jóvenes han ido creciendo sin llevar en sus almas el sentido del patriotismo.

La pedagogía de la españolidad es un desiderátum para nuestras aulas, pero conseguirlo depende de los docentes, maestros y profesores, y está en manos del Estado impulsarlo; ya sabemos que, para ello, una medida política imprescindible sería recuperar las competencias en Educación que se asignaron imprudentemente a las Autonomías, especialmente a las inficionadas por el virus del nacionalismo.

Pero está en nuestra mano que esta pedagogía se lleve a cabo en el seno de nuestras familias, con nuestros hijos y nietos; en los foros como este, donde se sigue trabajando contra viento y marea; en las tertulias y en la calle, donde no debe faltar una voz española que hable en voz alta, sin complejos ni miedos; en los grupos de amistad y de convivencia, de manera informal pero contundente.

Toda asociación o grupo de ciudadanos que se identifique con esta pedagogía debe colaborar con las restantes, siempre con el cuidado de no servir de comparsas de otros intereses, por ejemplo de los confusos intereses de partido.

Si alguien dijo hace años *«Mucho cuidado con invocar el nombre de España para defender los intereses de los grandes bancos y de las grandes empresas»*, nosotros podríamos añadir hoy en día: *«Mucho cuidado con invocar el nombre de España cuando “toca”, cuando conviene para respaldar las maniobras partidistas y electoralistas que luego olvidan su pretendido patriotismo si no conviene a sus intereses mezquinos»*. ●

# ¿QUIÉNES SON HOY LOS INTELLECTUALES?

**ALBERTO BUELA**

Filósofo

Cuando Julien Benda (1867-1956) escribe su famosa *Traición de los intelectuales*<sup>1</sup> logra una adecuada descripción de lo que desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX fueron los intelectuales. Su traición consistió en «dedicarse a hacerles el juego a las pasiones políticas»<sup>2</sup>.

Hombres con una vasta cultura humanista, filósofos, literatos, historiadores y sociólogos ocupaban los carriles principales de esta autopista cultural de la producción de ideas.

Hombres con una cierta representación social que les permitía una inserción en las sociedades donde vivían sin mediaciones de tipo comercial (editoriales, grandes diarios) e incluso políticas (se presentaban más allá de los partidos) para darle mayor contundencia a su mensaje. Mensaje caracterizado por un socialismo democrático y progresista cuya vigencia llegó hasta final del siglo pasado. Un ejemplo emblemático de este tipo de intelectuales fue Raymond Aron.

Los intelectuales de otro tipo o mejor aún, no progresistas, al estilo de Ezra Pound (Usa), Drieu la Rochelle (Francia), Leopoldo E. Palacios (España), Alfredo Pimenta (Portugal), Atilio Mordini (Italia), Ernst Jünger (Alemania), Vintila Horia (Rumania), Gilberto Freyre (Brasil), Arturo Jauretche (Argentina) fueron siempre considerados como marginales al sistema de producción de sentido. Condenada al silencio, el gran mecanismo de los diarios de entonces, gran parte de su producción.

Con el desarrollo exponencial de los *mass media*, televisión sobre todo, el acotado y un tanto exclusivo, mundo de los intelectuales de viejo cuño, cambió profundamente. Estos fueron totalmente desalojados de sus plúmeos sitiales. Dejaron de ser personajes para pasar a ser meros escribas absorbidos por la televisión. O en otra versión de ellos mismos, se refugiaron en las academias y las universidades para transformarse en «especialistas de lo mínimo», y así desmenuzando sutilezas, se fueron desentendiendo de la vida ciudadana. Son otros los portavoces de las ideas fuerza de nuestro tiempo.

Y si rara vez se convoca a un intelectual no conformista es «cuando las papas que-man» y se necesita alguna idea distinta que el pensamiento único por su propia incapacidad de crear no puede producir. Así, Chomsky, Amín, Cardini, Cacciari, Maschke, Nolte, Sánchez Dragó, Trías, Molnar y unos pocos más, alguna vez son consultados. El resto, y existen muchísimos más, *niente piu*.

Hoy los nuevos intelectuales son hombres de una pobre formación humanista, ya

<sup>1</sup> *La Trahison des clers* (1927) La traducción literal de la palabra *clers* es clérigos, escribientes. Pero Benda le da una amplitud que supera aquella del diccionario. *Clers* es el intelectual profesionalizado, burocratizado, apegado a los intereses inmediatos.

<sup>2</sup> *Op.cit.*: p.45. (Hay una versión en castellano hecha en Buenos Aires por Efece ediciones, 1974, con la traducción de L.A. Sánchez).



no más filósofos, literatos, sociólogos, historiadores ellos son periodistas y locutores. Comentaristas guionistas y chimenteros. Son los que conforman la «gran patria locutora y escritora» de la que habla el escritor Abel Posse.

Gente de una irredimible ligereza que reúne en sí los tres rasgos de la existencia impropia de que habla Heidegger: a) La habladería: hablar por hablar, b) la avidez de novedades: querer estar enterado de todo, estar al día, y, c) la ambigüedad: nada es verdadero ni nada es falso (*Lo mismo un burro que un gran profesor* como dice el tango *Cambalache*).

Estos tres rasgos se multiplican y exacerbaban hasta el hartazgo entre los «nuevos intelectuales», estos grandes lectores de contratapas de libros nunca abiertos.



«Los intelectuales de mi aldea», Valentín de Zubiaurre

El corrimiento que de los intelectuales se ha producido, es sistemático y progresivo. Hoy las ferias internacionales de libros, además de convocar siempre a los mismos, Fuentes, Habermas, Saramago, Grass, Eco, Savater, en una palabra «los policías del pensamiento correcto», no avanzan nunca sobre soluciones nuevas a los problemas contemporáneos. Claro está, nadie puede dar lo que no tiene.

No quiero nombrar argentinos para evitar el tinte local, y los enconos estériles, pero desde hace más de un año el diario *La Nación* tiene una columna fija «los intelectuales y el país» en donde se afirma y se niega más de lo mismo siempre. Como para muestra digamos que la lista la abrió Marcos Aguinis y lo siguió su correligionario

Santiago Kovadloff. El sólo listado de los nombres muestra la decadencia en que estamos sumidos. En el mismo sentido trabajan los otros dos diarios «sedicentes progresistas», *Clarín* y *Página 12*.

No existen, de hecho, programas televisivos o radiales de debate de ideas. Y si los hay están ubicados en horarios intempestivos.

La mutilación de la vida del espíritu que ha llevado a cabo la modernidad con trescientos años de pertinaz liberalismo acaba de desembocar en este fin de milenio con la anulación lisa y llana de los intelectuales de viejo cuño. A estos «nuevos intelectuales» se les puede aplicar el verso latino: *O curvae in terram animae et coelestium inanes* (*¡Oh! almas encorvadas hacia la tierra y vacías de cielo*).

Más allá de que nos guste o no el término intelectual, prefiero el de pensador, existe una cierta hidalguía en el concepto de intelectual, habida cuenta que proviene de *intellectus* que a su vez proviene de *intus legere* que significa «leer adentro». El intelectual, al menos como hipótesis, siempre se propuso «leer adentro», en forma un poco más profunda y detenida el sentido de las cosas y las acciones. Ver un poco más allá del hombre vulgar, del hombre común.

Hoy los intelectuales al estilo clásico han muerto, la patria locutora, que no es otra que el hombre vulgar, se ha puesto a intelectual. «*El fracaso del intelectual y su decadencia*, afirma un pensador no conformista como Thomas Molnar, *se debe a su filosofía construida sobre errores*»<sup>3</sup>.

Algunos de estos errores los encontramos en su progresismo al que la estabilidad de la naturaleza humana se ha encargado de refutar; su humanismo unilateral en donde su ultra racionalismo no les permitió ver el *quantum* de misterio que hay en el hombre, la historia y el universo; su inocencia política con su solemne renuncia a la *fuerza* como instrumento de gobierno para sustituirlas por relaciones discursivas: exhortaciones, juramentos públicos, asambleísmo.

Nosotros que desde hace años tenemos un compromiso con nuestra realidad político-social nos damos cuenta a diario de este cambio sustantivo. Así, la voz de un periodista o de un abogado (es el que más se acerca a un intelectual clásico) tiene más peso en una reunión de gabinete o consejo de directivo que la de un sociólogo o un filósofo.

Los intelectuales de viejo cuño han sido reducidos a la conversación personal o a conferencias de cenáculo, que en una sociedad de masas como la nuestra no inciden en nada. Los más vendidos llegan con esfuerzo a 5.000 ejemplares, y rara vez sobre pasan esta cifra.

Incluso en los cargos que ofrece la gestión pública, antaño teníamos a un Borges, ese parapeto a la mediocridad, director de la Biblioteca Nacional. Hoy, hace unos días nomás, y la anécdota es cierta, ante la disyuntiva entre un filósofo y un librero, entre uno que *se ocia* en el libro y uno que *negocia* libros. Entre el que se goza en el *otium* (*ocio*) y el que niega el ocio por el negocio (*nec-otium*), el poder político optó por este último. Claro está, con el beneplácito de la patria locutora y escritora. Esto es, los nuevos intelectuales. ●

<sup>3</sup> MOLNAR, THOMAS: *La decadencia del intelectual*, Bs.As., Eudeba, 1972, p.402.

# ESTADO DE MALESTAR

**GONZALO CEREZO BARREDO**

Periodista

Por contraposición al estado de bienestar en que aspira la sociedad occidental contemporánea, se empieza a hablar hoy en día de lo que bien pudiera definirse como *estado de malestar*. Para comprender el sentido de esta expresión conviene tener en cuenta el descontento que, desde hace años, viene ocupando plazas y calles de nuestras ciudades como escenario de su contestación.

Si nos remontamos al ágora de la Atenas de Pericles, que vio el nacimiento de la democracia, no sería este un fenómeno nuevo. Desde entonces han transcurrido muchas mudanzas bajo los puentes de la historia. Lo que separa aquella época de la nuestra no es solo el tiempo. Nada queda ya de aquel pacífico ejercicio del diálogo, en nuestras turbulencias contemporáneas. No cabe comparación con las violentas demostraciones de protesta y malestar a que asistimos hoy.

Para empezar, no nacen del sentimiento de identidad con la *polis*. La ciudad, incluso la nación, ya no resultan determinantes para el individuo, que deja de sentirse *ciudadano*. El instinto gregario de pertenencia a otros grupos o comunidades identificativas, desborda los vínculos primarios. Familia, municipio, profesión, raza, sexo, partido político... diluyen y desdibujan su perfil definidor. Tampoco, a decir verdad, podemos establecer un nexo común entre Hong Kong y Santiago de Chile, por citar ejemplos recientes de este descontento, y el 15-M de la madrileña Puerta del Sol y los «chalecos amarillos» que recorren cada fin de semana las más importantes ciudades francesas. Entre todas estas manifestaciones no parece haber otra semejanza que la protesta.

No es fácil centrar la búsqueda de sentido en la necesidad de dar cauce político a unas aspiraciones concretas que, por lo pronto, resultan de difícil identificación.

## Rebeldes con causa(s)

Si abandonamos la perspectiva histórica para ceñirnos al tiempo abarcable en el promedio existencial de una vida humana, encontraremos que en las últimas siete u ocho décadas, se podría establecer como hito primerizo de esta evolución, el Mayo francés del 68. Lo que en su momento no pasó de ser un resonante acontecimiento político, ha ido cobrando en el transcurso del tiempo una mayor significación de hondo calado sociológico, antropológico e, incluso, filosófico. En cierto modo, aunque su impacto transformador inmediato fue escaso, visto desde la perspectiva de los años transcurridos y del eco en otros movimientos populares que se han producido desde entonces, no cabe duda de que aquella movilización, ha demostrado el potencial de esa energía liberada por la simple acumulación de «la gente». Por muy desconcertante o aparentemente baladí que nos resulte, a veces, el presunto detonante de la protesta.

Examinado el fenómeno más de cerca, nos encontramos con la poderosa magia, insospechada, de palabras que, dada la circunstancia, resuenan en el oscuro instinto de insatisfacción del ser humano. Palabras que disparan pulsiones de inesperada sintonía en la conciencia colectiva.



Perdido el individuo en su indefinición, busca abrazarse al otro, formando una cadena que acaba asegurándole una ilusión de fuerza y certidumbre que, por sí solo, nunca alcanzaría.

### Tiempos turbulentos

Esto suele ocurrir en encrucijadas históricas que aventan profundos cambios en el entorno social. Se resiste a nuestra comprensión el tiempo histórico, se torna movido el suelo que nos sustenta, se difumina nuestro horizonte vital. Y se barrunta un incierto futuro en el horizonte de nuestras perspectivas.

Es la tormenta perfecta, «la crisis de nuestro tiempo». Se presenta cuando las instituciones vertebradoras de la circunstancia personal no inspiran la confianza de adaptarse a ese incierto futuro.

El mayo francés del 68 muestra ya alguna de las características de este fenómeno: la mayoritaria edad juvenil de sus participantes, la carencia de concreto liderazgo, y la indefinición de objetivos políticos. En este sentido –y casi coincidente con la revuelta parisina– la *Primavera de Praga* conmovió las dos Europas de posguerra, con un romántico levantamiento contra el régimen comunista, aplastado sin rubor por los tanques soviéticos.

Las protestas universitarias del 64 en Berkeley, y las que en aquellos años se multiplicaron por campus y ciudades norteamericanas, ya habían anticipado este rostro difuso. Su clamor reflejaban el descontento popular por la guerra de Vietnam. Su pacifismo se mezclaba confusamente a otras demandas que agitaban los campus entre rosas, hippies, y rock and roll.

En la década de los 70, en pleno fragor de la guerra fría, la crisis de los misiles puso en las calles a decenas de miles de jóvenes airados protestando por el amenazador despliegue de misiles SS-20, de alcance intermedio.

La iniciativa soviética fue contestada de inmediato por la OTAN. Las calles y plazas de las más importantes ciudades de la República Federal Alemana fueron escenario de multitudinarias manifestaciones de jóvenes enardecidos ante la perspectiva de ver cruzar sobre sus cabezas oleadas de misiles con ojivas nucleares.

A finales ya de los 80 (1989), el gigante chino se vio sacudido por las inesperadas olas de protesta que culminaron en la plaza de Tiananmen, en Beijing, capital de la república maoísta. La cruenta represión del régimen, fue ampliamente divulgada por las cadenas internacionales de televisión, pero apenas hizo mella en la correosa epi-

dermis de la entonces incipiente potencia asiática. Aun así, no dejó de perturbar al imperio soviético, ya malherido por las últimas tensiones de la guerra fría, insoportables para la rigidez de su precaria economía. Si la primavera de Praga se adelantó a su tiempo, Gorbachov llegó demasiado tarde. Nada podía frenar ya la descomposición de la Rusia soviética y sus satélites europeos. Pocos meses después sucedió la caída del Muro de Berlín (10 de noviembre de 1989) ante el estupefacto regocijo occidental. En los meses siguientes, al inicio de los 90, el infranqueable «telón de acero» que partía en dos a Europa desde el final de la II GM, se desmoronó de forma inapelable.

### Protesta, que algo queda

No fue el fin de la historia como pensara Fukuyama, pero sí la alteró más de lo que sus detractores y él mismo pensaban. Solo dos décadas después el mundo sería ya prácticamente incompatible con su prometedor visión. Contrariamente al optimismo futurista del pensador japoamericano, Samuel Huntington veía ya, en el descontento occidental, el fruto indeseado de la sociedad opulenta. «Cuanto mejor, peor», vendría a decir el autor de *Choque de civilizaciones*, dando la vuelta al secular aforismo. Lo corroboraría otra referencia de González Martín: la «ley de Wagner»<sup>1</sup> (Así lo cree, al menos, el analista Andrés González Martín, que oportunamente lo cita en su trabajo «El año del joker»).

El cambio al que asistimos puede someterse a muy diversos enfoques. Uno de ellos –y no el menos importante– es el protagonismo de la simbiosis jóvenes-espacio público-malestar, objeto de estas líneas. En el trabajo antes mencionado, González Martín lleva a cabo un profundo estudio sobre lo que él mismo denomina «protesta global».

En un benemérito esfuerzo por materializar el espacio público como nuevo teatro en el que exponer el descontento para deslegitimar a las instituciones y, a un tiempo, entender su sentido, el autor explora de un vistazo la generalización de este fenómeno. A partir de la crisis francesa de los chalecos amarillos, extiende su vista a otros países que acogen el malestar bajo formas y expresiones diferentes.

Comenzando por la primavera árabe (2010) toda esta última década ha conocido un reguero de violentas explosiones callejeras enmarcando motivos diversos que, en estos dos años precedentes (2018-2020) han alcanzado su cenit. Hong Kong y Chile son sólo los extremos del cordón incendiario que ha pasado por la India, Irán, Líbano, Egipto, Turquía, Israel, Líbano, Túnez, Argelia, Guinea, Sudán, Italia, Gran Bretaña, Argentina, Brasil, Colombia, Ecuador, México, EE. UU., sin incluir Venezuela, cuya situación ha alcanzado caracteres endémicos y singulares que merecen por sí solos una referencia aparte.

Si en cada uno de estos movimientos se pueden identificar causas locales que han podido servir de detonante, no es menos cierto que en todas ellas encontramos explicaciones de mayor calado. Es ahí donde adquiere su pleno sentido el *estado de malestar* al que nos hemos referido al comienzo de estas líneas.

Para González Martín son muy diversos los ingredientes que provocan estas pro-

<sup>1</sup> «Ley de Wagner del incremento de la actividad estatal», enunciada por el economista alemán Adolph Wagner, figura central de la escuela económica del socialismo de Estado. «...la protesta y la violencia son una búsqueda desesperada de los invisibles de sus propios mecanismos de representación». González Martí, Andrés. *Boletín del IEEE*, 02/2020 «El año del Joker. Cuando la protesta se hizo global».

testas y, entre ellos, se encuentran no sólo locales sino otros generalizables. En la explosión social, como él la define, hay al menos tres factores: sería el primero, la autonomía individual frente a «cualquier ética, creencia o proyecto para afirmar, sin necesidad de justificación coherente» su opción. Una segunda, podría ser la desconfianza con el legado cultural y social heredado. La tercera, en fin, la pérdida de confianza en el futuro.

En el contexto de «El joker...», viene a resultar oportuno el recuerdo del anticipado diagnóstico de Ortega y Gasset en su *Rebelión de las Masas*. No sorprende, por tanto, que lo evoque González Martí: «y si la impresión tradicional decía: vivir es sentirse limitado y, por lo mismo, tener que contar con lo que nos limita, la voz novísima grita: Vivir es no encontrar limitación alguna, por lo tanto abandonarse tranquilamente a sí mismo. Prácticamente nada es imposible, nada es peligroso y, en principio, nadie es superior a nadie». Esta frase, como otras muchas de nuestro filósofo, podría retratar la moderna ensoñación de que todo está al alcance de la mano por el simple hecho de pretenderlo. Este sentimiento, vagamente compartido, pero amorfo, no tarda en encontrar aspirantes a situarse en cabeza de la manifestación. Lejos de una auténtica categoría magisterial o de verdadero liderazgo, pero sobrados de audacia y mesiánica autoestima. Lo consiguen a veces, ya sea aupados por la menesterosa orfandad de estas últimas generaciones ansiosas de visibilidad, ya sea por la urgencia mediática de encontrar interlocutores –o chivos expiatorios– con quienes establecer una vinculación simbólica.

Ortega encuadra muy bien, creo yo, el despreocupado optimismo de los años 20 y podría aplicarse a aquella sociedad en la que vivía, antes de las crisis económica y bélica que tan dramáticamente la sacudieron en las siguientes décadas.

Estado y sociedad compartían el *animus* satisfecho de tener por delante un futuro abierto.

Poco duró esta euforia. No tardaría en ser sustituida por los movimientos voluntaristas que pretendían configurar una historia a su medida: marxismo y fascismo básicamente, cuyo agónico fracaso prolonga incomprensiblemente sus estertores hasta nuestros días.

Esta feliz armonía ha desaparecido. La falta de liderazgo y magisterio; la desesperanza en un futuro incierto; la desafección a las Instituciones presuntamente referenciales... Unido todo ello a la desconfianza en los Instrumentos socializadores de integración comunitaria, que habían servido a las generaciones anteriores (familia, medios de comunicación, asociaciones, partidos...) ha situado a la juventud en el epicentro de la lucha social. Contrariamente a sus progenitores, carecen sin embargo de proyecto, programa o ideal constructivo. Su único vínculo y única razón de ser, parece consistir en la protesta por la protesta.

Todo parece indicar que, de decepción en decepción, la protesta ha venido para quedarse. La conclusión del trabajo de González Martín al que venimos refiriéndonos, no puede ser más desasosegante: la cólera no va a ceder. «No hemos hecho otra cosa que inaugurar una era marcada por el descontento y la pasión». ●

# LA OJE Y SU PROMESA

**LUIS BUCETA FACORRO**

Doctor en Ciencias Políticas y Licenciado en Derecho. Catedrático

A petición de la Hermandad Doncel, formada por antiguos miembros de la Organización Juvenil Española (OJE), que quería una semblanza sobre la Promesa, por diversas personas que, de una u otra forma, hemos tenido relación con la OJE, encomendándome, expresamente, un apunte sobre aquella juventud, escribí unas breves páginas, pues la solicitud imponía el límite de ochocientas palabras, aunque he de confesar que, después de tres reducciones, no pude evitar que llegara a unas novecientas. De todas formas, ello me sirvió para, una vez más, sentir la trascendencia que supuso la creación de la OJE y, con ella su Promesa. En estas circunstancias y en un momento en el que se pone en tela de juicio los años de esfuerzo y trabajo para reconstruir España y, definitivamente, entroncarla en la modernidad abriendo el camino para una convivencia en paz, trabajo, progreso y libertad, he creído conveniente ampliar esas breves palabras y confeccionar un trabajo más amplio, para que quede patente el esfuerzo realizado y las positivas obras llevadas a cabo. Fuimos protagonistas, modestos protagonistas, de una época que no fue un páramo cultural y social, como ahora la presentan para vituperio y escarnio, olvidando que sin el entusiasta trabajo de aquellas generaciones no estaríamos donde estamos, aunque la realidad presente represente una involución hacia el pensamiento único de lo políticamente correcto, atentando gravemente a la libertad y dignidad de las personas. Pero volvamos al tema.

El transcurso del tiempo va desdibujando las situaciones y acontecimientos pasados. Así pasa con la OJE y su Promesa, fruto de un momento concreto de nuestro pasado. Mucho ha llovido y profundos son los cambios que en España y el mundo han sucedido en todos estos años, desde 1960. La OJE es fruto de la visión de un hombre recio y ejemplar, Jesús López Cancio, que supo sentir el espíritu de su tiempo y percibir las grandes líneas del futuro. Supo rodearse de un gran equipo de personas jóvenes dedicadas desde el quehacer diario al estudio y análisis de la juventud y de la sociedad española. En este equipo coincidían tres generaciones: Los que habían combatido en la Guerra Civil, los que la habíamos vivido y sufrido en su infancia y juventud y los nacidos durante o después de la contienda. Es crucial entender estas tres generaciones, pues los jóvenes de la paz, eran el presente pero también el futuro más inmediato, que abarcarían el final del siglo xx y el comienzo del XXI en que nos encontramos, y mucho más lo eran aquellos que estaban formándose en las instituciones de juventudes. Eran generaciones para la paz y la convivencia, que habrían de afrontar y vivir en un mundo distinto de reciente pasado. Tengamos en cuenta que la Segunda Guerra Mundial había concluido en 1945, que se realizó prácticamente con la radio y que, en 1960, ya existía la televisión y empezaba un proceso social, por la ciencia y la técnica, acelerado como hasta entonces no se había producido. Como el propio López Cancio lo expresa: «Mire a nuestra España cambiante y divisé a la Europa distinta que ahora teníamos en torno y dominante».

En este afán de actuar desde firmes fundamentos y no solo por la emoción y

sentimientos de tiempos de sobrevivencia y penalidades, en Enero de 1959, la Delegación Nacional de Juventudes se planteó la necesidad de realizar una encuesta, primera en su género en España, que facilitara un conocimiento de la realidad social y de los presupuestos mentales de la juventud, de los dieciséis a los veinte años.

Lo primero y necesario fue la creación de un equipo de trabajo, con personas que, además de entusiasmo, tuvieran la capacidad por sus conocimientos técnicos para afrontar con solvencia esta tarea que suponía, en el campo de las Ciencias Sociales y más específicamente de la Sociología aplicada, la primera manifestación genuinamente española. Se consiguió un elenco de prestigiosos profesores y jóvenes estudiosos que, en estrecha colaboración lograron realizar tan amplia tarea tras dos años de esfuerzo. No constituyó trabajo fácil, dado la carencia de antecedentes en España, simplemente la confección del cuestionario, objeto de discusiones y reflexiones a lo largo de nueve meses, de octubre de 1959 a Mayor de 1960. En el cuestionario, junto a los aspectos de realidad social respecto a lo ocupacional, familiar, social, económico, asociativo y religioso, se afrontaron las actitudes, intereses, opiniones y deseos en los campos señalados y, específicamente, respecto a lo político, patriótico, militar, religioso y diferentes instituciones sociales. Con la perspectiva de hoy, a mi entender, constituye un cuestionario psicosocial completo y muy bien confeccionado. Como aclaración y comprensión se debe tener en cuenta que no existían aún, facultades específicas de Sociología ni Psicología, que, de una forma incipiente, se estudiaban a posteriori de la correspondiente licenciatura, con la obtención de un Diploma Universitario. El equipo quedó definitivamente constituido como sigue: Pilar de Balle; José Buge-da Sánchez; José Castillo Castillo; Ana M<sup>a</sup> García Bernal; Enrique Gómez Arboleya; Manuel Gómez-Reino Carnota; Carlos González Reguera; Luis González Seara; Joaquín Hurtado Valverde; Manuel Lizcano Pellón; Amando de Miguel Rodríguez; Jesús María Vázquez O.P. Así como: Libros de Claves: Amando de Miguel; Coordinador de Análisis: José Castillo Castillo; Director Coordinador: José Mariano López-Cepero Jurado; Asesoría Técnica: Juan José Linz Storch; Supervisor General: Vigil Álvarez. Unos ya profesores universitarios, otros llegaron a ser los auténticos pioneros Profesores y Catedráticos de sociología, cuando se creó esta Facultad.

Los resultados de esta encuesta dieron lugar a diversos estudios, entre los cuales se encuentra mi tesis doctoral, «La Juventud ante los Problemas Sociales», publicada por la editorial Doncel en 1966, obra de la cual resumo los rasgos de aquella juventud.

Estos jóvenes presentaban perfiles básicos que analizados serena y seriamente podían anunciar unas características diferenciales con las de generaciones pasadas. Atención a los problemas socio-económicos a la hora de enjuiciar nuestra sociedad, con una manifiesta disconformidad con la organización de la sociedad española, plasmada en la creencia en que son las recomendaciones y el tener amistades lo que prevalece, señalando la insolidaridad, la poca educación y las diferencias extremas con demasiados pobres y demasiados ricos. Paralelamente, es un momento de desarrollo industrial y los jóvenes muestran una gran confianza en que el proceso de industrialización y el desarrollo económico y social de la comunidad, representarían una elevación del nivel de vida, que es una de sus aspiraciones y deseos. Hay una actitud abierta, con un afán de libertad personal para decidir su vida, por lo que se produce el deseo de emigrar hacia las grandes ciudades, apartándose del terruño y aceptando la movilidad.



Hay un choque significativo con los padres, pues, aunque puedan aceptarlos, consideran la mentalidad de los padres anticuada. Desean más libertad y discrepan profundamente en lo que se refiere a diversiones, relaciones con el otro sexo, noviazgo y gobierno de la familia. Este choque, aunque más soterradamente, es más intenso en la mujer que siente un mayor anhelo de libertad frente a la supremacía de padres y hermanos. Es el momento de cambios en el vestir, no bien vistos, aún, por unos o con rechazo por otros. Ejemplo vivido es que empiezan las jóvenes a llevar pantalones con gran escándalo por algunos padres y madres, pero las jóvenes encuentran todo tipo de tretas para superar rechazos y prohibiciones. Aquellos padres que afirmaban enfáticamente que sus hijas nunca llevarían pantalones, no vieron que esas hijas salían de casa con una falda de imperdible y el pantalón enrollado, de forma que, al salir de casa, se quitaban la falda y se bajaban el pantalón.

Hay una actitud crítica muy sincera y dura hacia las instituciones del Estado y su funcionamiento, entendiéndolo que obran por principios subjetivos en vez de principios objetivos. Es una juventud que rechaza el personalismo de una sociedad aún muy cerrada y desean una estructura social abierta basada en la objetividad de la norma y en la igualdad de todos los ciudadanos, eliminando toda clase de barreras y obstáculos que impiden la movilidad social. Estiman que el objetivo más importante en los próximos años es el incremento del nivel de vida y un aumento de la acción en favor de la educación y la cultura, exigiendo para el cargo público, valores como la honradez, inteligencia y capacidad, y que realicen eficazmente la gestión. En aquel momento, los encuestados manifiestan que las instituciones que mejor funcionan en nuestro orden social son la Iglesia, el Ejército y Correos, seguidos de los Tribunales de Justicia y la Universidad. Por el contrario, entienden que no funcionan adecuadamente la Administración Pública, Sindicatos y Magisterio, con una consideración negativa extrema de los Ayuntamientos. Aquella juventud revela una baja simpatía por la Monarquía como forma de gobierno y, entre las siete distintas formas de aquel momento que se le presentaron, se inclinó la mayoría por una República Presidencialista. Internacionalmente, hay una opinión favorable a la integración de España en Europa. Es evidente que el conjunto de los resultados indicaban un cambio profundo en los presupuestos mentales de aquella juventud con respecto a los de sus mayores.

La intuición y visión genial de Jesús López Cancio y el Secretario General Carlos García Mauriño, fue, precisamente, entender que los presupuestos mentales de las nuevas generaciones estaban cambiando y cambiarían más, sin poder determinar ni cuantitativa ni cualitativamente su contenido, pero sí que sería con diferencias notables respecto a los entonces conocidos. Ello exigía un cambio en los planteamientos educativos y formativos de los jóvenes españoles, y a esto se atuvieron y adelantaron como aportación real y viva, aunque no fuera entendido, sobre todo por los ortodoxos medios oficiales. Pensemos la escena, personalmente vivida, en la que, en el albergue de Navacerrada, se presentó un boceto de lo que sería la OJE y de los cambios, en líneas generales, que había que llevar a cabo. Carlos García Mauriño, hombre muy culto e inteligente, pero serio y hierático, explicaba a los delegados provinciales y mandos nacionales, el profundo significado del verso latino «sic vos, non vobis», así vosotros, no para vosotros. Este verso de Virgilio se aplica al que realiza un trabajo cuya gloria y fruto se lleva otro. Efectivamente, su significado para la vida política y social es muy profundo pues contiene lo que debe ser el espíritu de servicio del que-

hacer humano, y, de ahí, el lema fundamental de la OJE: «¡Vale quien sirve!». Pero ante aquellas personas, sus palabras sonaban a chino y la estupefacción de los oyentes era patética. Constituían un cambio de mentalidad y actitudes difícil de digerir, sin que faltaran las rigideces mentales que solo miran al pasado y creen como única la verdad de sus ideas. Escena que si hubiera habido teléfonos como ahora hubiera quedado grabado para estupefacción de las nuevas generaciones.

Pero ellos tenían las ideas muy claras. Así lo expresa Jesús López Cancio, en una entrevista en Radio Nacional de España, en 1961 sobre los Estatutos de la OJE: «El fin último de la Organización es el conseguir un español capaz de cumplir cabalmente sus deberes civiles. En este sentido, nos importa, sobre todo, formar hombres de carácter, con criterios seguros para discernir, en libertad, respecto de su Patria, la verdad del error, o la Justicia de su ausencia, y calar en la entraña auténtica de los grandes tópicos políticos de su tiempo». A través de la ocupación del tiempo libre se curtirá en el deporte y la vida al aire libre, mediante una serie de actividades mandando y obedeciendo encontrará ayuda para hacerse hombre, para hacerse así mismo y alcanzará su medida y conciencia exacta del lugar que le corresponde en el mundo que le rodea. En definitiva: «Un joven fuerte, alegre, generoso. Con fortaleza física y moral; con alegría nacida de su confianza en Dios, en sí mismo y en los demás; con una permanente generosidad para el juicio y la colaboración; con una constante voluntad de perfección individual y social. Creo que el lema de la Organización Juvenil, “vale quien sirve”, es suficientemente expresivo». Se trata de una serie de valores humanos, de desarrollo de la persona que, por cierto, están plasmados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, formulada por la ONU el 10 de Diciembre de 1948, cuya esencia desde la perspectiva de desarrollo personal de un joven español, se traduce en la Promesa.

La Promesa es una de las páginas más bellas y profundas que se han escrito. Constituye todo un proyecto de vida y firme fundamento para el desarrollo personal. Fue una inspiración del Espíritu en Adriano Gómez Molina, que supo plasmar en palabras acertadas, produciendo un texto de amplitud tal, que constituye una oferta a cualquier joven y en cualquier momento. Representa una incitación a una manera de ver y vivir la vida, a un estilo de vida y un sentido para la vida. A su contenido se une su intemporalidad. Los grandes principios deberían tenerse en cuenta en cualquier escuela, familia y asociaciones. Está concebida para lograr una convivencia en paz, armonía y posibilidades de todos y para todos, superando, de una vez por todas las dos Españas de Antonio Machado, transmitiendo actitudes positivas y esperanza hacia el futuro.

Ahora bien, siendo generales y fundamentales para el desarrollo y convivencia de las personas, no son neutrales. En el mundo de hoy, son un compromiso y base de una de las posiciones que hegemonícamente se enfrentan en el mundo. Nuestra época no es plácida, hay un enfrentamiento expreso o tácito entre dos concepciones de lo que es la persona, su origen, presente y futuro.

De una parte está la civilización occidental en base a la herencia grecorromana y la vivencia cristiana, plasmada en los «Derechos del Hombre». En que la dignidad y la libertad son intrínsecas a la condición humana, consecuentemente por haber sido creados por un Dios creador. En esta concepción Dios está presente, expresa y tácitamente, y constituye una concepción metafísica.

Desde otro planteamiento, el hombre es pura materia y es a través de la acción política y económica como debe conseguir una libertad e igualdad que cambiará la

faz del mundo y lograr una sociedad de bienestar y justicia. Es el planteamiento y la praxis que se impone desde el Estado, mejor, desde el Partido. Es una libre e ilimitada embriaguez de la naturaleza. Solo hay ciencias positivas y exactas. Fuera de ellas no hay conocimiento. Solo hay física, la metafísica desaparece y con ello queda destronada la idea de Dios. La izquierda atea y radical y el neocomunismo imperante lo representan a la perfección, pero, como otros muchos, ya José Antonio Primo de Rivera señaló «que el comunismo es la interpretación diabólica por un mundo mejor».

Cuando hay una áspera contienda entre dos ideologías radicalmente contradictorias, no cabe la neutralidad ideológica. La Promesa, es una exposición de una concepción del hombre y su destino, en la que, están en sus contenidos los derechos fundamentales e intransferibles, junto a la responsabilidad de los propios actos, en una dimensión individual y social. Por eso empieza por el amor a Dios creador.

Su texto para conocimiento y seguimiento es el siguiente:

## **PROMESA**

PROMETO:

Amar a Dios y levantar sobre este amor todos mis pensamientos y acciones.

Servir a mi Patria y procurar la unidad entre sus tierras y entre sus hombres.

Hacer de mi vida, con alegría y humildad, un acto permanente de servicio.

Sentir la responsabilidad de ser español, dentro de la necesaria comunidad de los pueblos.

Recordar que el estudio y el trabajo constituyen mi aportación personal a la empresa común.

Vivir en hermandad con mis camaradas y ser sobrio en el uso de mis derechos y generoso en el cumplimiento de mis deberes.

Defender la justicia y luchar por imponerla, aunque su triunfo signifique un mayor sacrificio para mí.

Afirmar la libertad en cada hombre, sometiendo la mía al imperio de la norma justa y al respeto de mis superiores.

Mantener dignamente mi condición de joven y aceptar con gratitud la enseñanza de los mayores.

Honrar con la lealtad de mi conducta la memoria de todos los que ofrecieron su vida por una España mejor.

Perseverar y conservar frescas en la memoria cada mañana, las anteriores afirmaciones, para sentirme activo en el seno de la

Organización Juvenil Española.

## Aclaración final

Alguien puede preguntarse la razón por la cual la Hermandad Doncel, meritoria por su espíritu de las esencias de la Promesa, pidió a mi persona este trabajo. Lo explico: En la Delegación Nacional de Juventudes he tenido la satisfacción y el honor de trabajar dirigiendo y desarrollando los Colegios Menores y desde ahí, viví el nacimiento de la OJE, cuyo primer Jefe Central fue Ignacio García al que yo sustituí en 1962. Aprendí mucho en mi tarea y, sobre todo, sentido del deber y responsabilidad. Pude trabajar con plena libertad y verdaderamente fueron unos años inolvidables, de los que me siento muy complacido, satisfecho y orgulloso. El régimen de Franco, con la limitación de algunas libertades políticas y sindicales, ha sido el que ha reformado España, introduciéndola, al fin, en el desarrollo moderno y poniendo bases firmes de progreso y transformación, que



«La promesa»

ha permitido una mudanza profunda y radical de nuestra sociedad, que, hoy, desgraciadamente, con unos políticos ineptos, abúlicos y sin proyecto serio y firme de convivencia, nos han ido llevando hacia el abismo del separatismo, del materialismo y del neocomunismo. Hecho insólito es que, en el momento que escribo, hallamos propiciado que España sea el único país de Occidente, con un gobierno de izquierdas radical, social-comunista, cuando hace más de treinta años que se derrumbó el muro de Berlín y con él todo el proyecto comunista de la URSS y sus satélites, especialmente los de media Europa. En el siglo xx, los eslavos comunistas sobrepasaron Berlín.

Los actores de la Guerra Civil, conscientes y, la mayoría, con visión clara de la tragedia protagonizada; los hijos, unos, niños de la guerra, otros, nacidos en la Paz, buscaron la paz y la convivencia, sin rencores ni revanchismos. Los nietos, que no conocieron la tragedia y sólo se alimentan de interpretaciones y utopías de perfección, insensatamente, tratan de dividir y revivir, con lo que hemos llegado a este presente que no augura nada bueno, por el contrario puede llevarnos a una involución de odio, rencor y desprecio de la dignidad y libertad humana, para conseguir un totalitario pensamiento laicista, de imprevisibles consecuencias. Siempre, con mi esperanza cristiana, espero que esto no suceda y, de alguna manera, vuelva la cordura a una significativa mayoría del pueblo español. ●

# GEORGE SOROS,

## el poder en la sombra

**JAVIER VILLAMAYOR CANTERA**

Periodista. Resumen de la intervención en la tertulia «Encuentros en El Pardo», el 19 de diciembre de 2019

La figura de George Soros ha generado un gran revuelo a nivel internacional en los últimos años, en especial a raíz de la invasión de refugiados en el 2015. Gobiernos de centro-derecha como el del húngaro Viktor Orban le acusaron de tratar de subvertir sus sociedades financiando organizaciones que siempre actuaban en la órbita de la oposición o de grupos marginales con el fin de minar la estabilidad de los países.

Unos lo han demonizado, otros lo han glorificado. O amas a George Soros, o lo odias. Genera controversia y eso implica que muchos detalles se exageran, sean positivo o negativos, deformando su imagen, en ciertas ocasiones.

Este texto es un breve acercamiento a su figura.

### Infancia

George Soros nació el 12 de agosto de 1930 en el seno de una familia judía húngara de clase media acomodada en el Budapest de entreguerras. Es el menor de dos hermanos, Paul era el mayor.

Sus padres, Tivadar y Erzebet, les dieron una educación centrada principalmente en el pragmatismo y en la autocrítica constructiva como forma más adecuada para mejorarse a sí mismos. Las experiencias vitales de ambos progenitores fueron muy diferentes, y eso se tradujo de manera consecuente en dos tipos de educación más que diferentes, complementarias de alguna manera.

Tivadar había sido combatiente en la Primera Guerra Mundial por parte del antiguo imperio austrohúngaro. Sufrió en sus carnes los campos de concentración soviéticos de los primeros años aunque logró volver a Hungría, no sin apenas dificultades. Esto le marcó el carácter para siempre. Cuando uno vive una guerra, aprende a sobrevivir como sea. Ese instinto de supervivencia, esa insistencia por imponerse a las circunstancias por muy duras que estas sean, fue algo que se le transmitió a los hermanos Soros desde pequeños.

Por otro lado, su madre Erzebet siempre fue bastante sobreprotectora. Nunca trabajó más allá de la puesta en marcha de un pequeño negocio de pastas durante la invasión alemana de Hungría en la Segunda Guerra Mundial, pero eso le sirvió para alcanzar una confianza en sí misma que nunca antes tuvo. Con el paso de los años, y una vez George Soros alcanza el rango de mito en el mundo financiero, Erzebet se convertiría al catolicismo dando la espalda a la religión que su marido intentó transmitir a sus hijos aunque con nulo éxito.

A medida que el nacional socialismo iba aumentando su poder en Alemania, el miedo al mismo crecía en diversas comunidades. Entre ellas, la judía húngara pese a que la Hungría de Miklós Horthy era aliada de Adolf Hitler. Viendo las orejas del lobo,

Tivadar tomó la decisión que salvaría la vida de su familia en unos momentos realmente difíciles: cambiar el apellido para que no pudieran ser reconocidos en caso de que los judíos fueran perseguidos y deportados, como así fue.

El apellido original es Schwartz (negro, en alemán) y, de nombre, Georgy. La palabra Soros tiene significado tanto en húngaro como en esperanto. En húngaro, significa «el elegido», mientras que en esperanto, «se elevará».

La idea de Tivadar era hacerse pasar por una familia cristiana. El padre acertó ya que no tuvieron ningún problema con su nueva identidad. De hecho, el padre ayudó en todo lo que pudo para poner a salvo a sus compatriotas. Como George Soros reconoce en una polémica entrevista televisiva, su trabajo durante ese tiempo consistía en ser mensajero o inventariar los bienes personales incautados a los judíos húngaros.



*George Soros contra España*

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, George emigra a Londres aprovechando la inscripción en un congreso internacional de esperanto en 1947. Fueron duros para un chico tan joven, aunque nunca desfallecía. Eso le fue endureciendo el carácter.

Mientras trabajaba con apenas 19 años, tenía una sola cosa en mente: estudiar filosofía en la London School of Economics, una de las escuelas más importantes del país en un momento de ebullición social e intelectual tras la victoria de los aliados. Es en esta universidad donde conoció a Karl Popper, el filósofo de la teoría de las sociedades abierta, concepto que le marcará hasta tal punto como para llamar a su fundación Open Society Foundations (OSF) como homenaje.

¿En qué consiste esta teoría y cómo la lleva a la práctica George Soros? Popper sostenía que en una sociedad abierta (open society) se debería terminar con la intolerancia. Soros tomó este concepto desde un punto de vista ultra liberal en lo económico (ningún tipo de regulación financiera al movimiento de capitales e inversiones) y ultra liberal en lo político (eliminar restricciones al tráfico de personas, relativismo moral, Derechos Humanos, etc.).

**Vida en el Nuevo Mundo**

Tras graduarse, George empezó a trabajar en diferentes empresas dedicadas a la inversión financiera. Si bien no destacó en ninguna, sí que pudo desarrollar su olfato financiero. Un olfato que le haría inmensamente rico en el futuro.

Salta el Atlántico dirección Estados Unidos en 1956 con 26 años. Comienza a traba-

jar en empresas semejantes, solo que aquí va de triunfo en triunfo, siempre con alguna derrota de la que aprender de por medio. Las primeras empresas no podían operar en bolsa, pero su nombre empieza a sonar en altas esferas de otras que sí estaban en ese nivel. Tiempos después, en el año 1973, abre su primer fondo de cobertura privado llamado Quantum Fund.

Soros, que hasta ahora había vivido una vida anónima alejada de las revistas de ricos y famosos y del bullicio de la sociedad estadounidense, comienza a ser reconocido como uno de los hombres más ricos del mundo. Fama con la que no se encontraba cómodo, según ha reconocido en su biografía de Michael T. Kauffman.

Con un futuro prometedor, el ya multimillonario húngaro decide dar un giro de 180 grados en su vida. Deja a su primera mujer, reduce su tiempo en el trabajo y delega las tareas diarias en otros. Pone en marcha un sistema de becas a jóvenes negros en la Sudáfrica del apartheid, húngaros y chinos para estudiar en las más prestigiosas universidades occidentales. De estas tres experiencias, tan solo la de su Hungría natal tendrá éxito.

Estas experiencias sentaron la base de la Open Society Foundations. Se fundó en 1993 tras la caída de la URSS, con el objetivo de ayudar en el desarrollo social de estos países, y un año después de que Soros tumbara la libra esterlina causando pérdidas de más de tres mil millones y ganando sus primeros mil millones. Siempre ha justificado esta acción como un paso necesario para que se le escuchara, para que se tuviera en cuenta su forma de pensar y de ver el mundo. Aquí se ve su tinte mesiánico, su ego del que siempre ha hecho gala y que ha reconocido en diversas entrevistas y biografías.

### Soros, ingeniero social

La constitución de una red mundial de fundaciones, como es Open Society Foundations (OSF), implica un complejo y enrevesado entresijo de relaciones entre ellas, con





políticos, medios de comunicación y empresas. Y esto, a su vez, supone una compleja financiación que proviene de las ganancias de Soros.

Hace dos años, anunció que donaría la mitad de su fortuna personal valorada en un total de 36 mil millones de dólares con la pretensión de que OSF continúe sus actividades. Actualmente George Soros tiene casi 90 años y todo apunta a que su cuarto hijo, Alexander, será el encargado de continuar con la obra de su padre. Otro de sus hijos, Robert, sería el encargado de Quantum Fund.

Los autores Juan de Castro y Aurora Ferrer han detallado su participación en el proceso separatista a través de múltiples entidades, entre ellas el think tank CIDOB (Barcelona Centre for International Affairs), o Diplocat, un lobby en esferas internacionales. La sede europea de OSF se encuentra en Barcelona.

El golpe de Estado en Cataluña coincide con el proceso vivido en otros países que protagonizaron las llamadas Revoluciones de Color (Ucrania, Túnez, Macedonia, Georgia). Los pasos seguidos son los detallados por Eugene Sharp, un filósofo y profesor estadounidense que ha centrado su carrera en idear opciones de respuesta no violenta al poder. El objetivo es subvertir el orden social y constitucional de los países, minar la confianza en los políticos y en el sistema judicial, utilizar los medios como altavoces propagandísticos, o enfrentar grupos sociales unos contra otros para generar un caos y tensión del que pueda extraerse un beneficio. Esto es lo que ocurre en nuestro país.

Muchos se preguntan el porqué de estas políticas y la respuesta no es sencilla. En varias entrevistas George Soros reconoce que las identidades nacionales y las fronteras son un escollo para conseguir el Nuevo Orden Mundial que no es otra cosa que el control absoluto de determinadas élites del poder económico, político y mediático mundial. Esto es algo evidente, lo vemos todos los días en las noticias. Los oligopolios crecen, las multinacionales se expanden, los gobiernos se convierten en títeres.

El caso de España es un ejemplo perfecto de hasta qué punto un tipo como George Soros puede tener influencia directamente sobre un gobierno. El actual presidente Pedro Sánchez trabajó para el National Democratic Institute, una entidad estadounidense financiada por la OSF. Sánchez eliminó recientemente esa referencia de su perfil de la red social LinkedIn. De los votos de las últimas elecciones se encargó la empresa Indra, con la particularidad de que Soros había comprado un porcentaje días antes de que el mismo Sánchez le concediera el control de los votos sin concurso público.

La actual ministra de Exteriores, González Laya, antes de ocupar el cargo era presidenta del Consejo de la fundación International Gender Champion –sobre ideología de género y feminismo– que fue premiada por la fundación Paris Peace Forum financiada por Open Society Foundations y por la Ford Foundation que, a su vez, recibe fondos de OSF.

El Consejo de Transparencia de España ha requerido al Gobierno que detallen todos los encuentros entre Sánchez y Soros y su entorno después de que ambos se reunieran fuera de la agenda pública tras alcanzar el poder el socialista después de la moción de censura a Rajoy. La respuesta del Gobierno ha sido el silencio. ●



# LOS HÉROES DE BALER

## aspectos desconocidos de su gesta y una deuda pendiente

**MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ DE LA ASUNCIÓN**

Autor del libro *Los Últimos de Filipinas: Mito y realidad del Sitio de Baler* (Actas, 2016). Texto correspondiente a la conferencia pronunciada en la Tertulia «Encuentros en El Pardo», del Club de Opinión Encuentros, el 20 de febrero de 2020, titulada *Los últimos de Filipinas Mito y realidad del sitio de Baler*.

El 2 de junio de 1899 finalizó el asedio a la iglesia de San Luis Obispo de Tolosa en Baler (Filipinas), quizás la defensa más épica fuera de nuestras fronteras en nuestra Historia militar, mantenida durante, nada menos, 337 jornadas por un reducido número de defensores compuesto inicialmente por 53 militares y un fraile franciscano.

Lejos de la elucubraciones y tergiversaciones –muchas de ellas hechas de manera interesada e intencionada– a las que este episodio se ha visto expuesto, la defensa se hizo posible por una serie de razones que distan mucho de las aportadas desde la visión derrotista y lastimera que en los últimos tiempos ha rodeado esta gesta. A pesar de lo relatado en recientes largometrajes carentes de cualquier valor, en novelas de nulo interés y en documentales faltos de cualquier rigor histórico, los héroes de Baler no eran unos locos, ni mantuvieron el sitio por oscuras motivaciones, ni mucho menos eran unos subordinados obstinados que se negaban a rendir la posición a pesar de las órdenes recibidas de sus mandos a pesar de conocer que la guerra había terminado. Lejos de todo ello, los héroes de Baler tenían unos motivos, pero sobre todo unos valores, que les llevaron a aceptar generosamente el sacrificio al que se vieron enfrentados. No hay que buscar teorías fuera de la veracidad histórica: la defensa de Baler se fundamenta en algo tan sencillo como el desconocimiento de la realidad, el amor a España, el cumplimiento del deber y el compañerismo.

En palabras del 2.º teniente Saturnino Martín Cerezo –último jefe de la defensa tras el fallecimiento del capitán Enrique de las Morenas– en el momento de tomar el mando coincidiendo con los instantes más dramáticos del sitio: «Bien poco era todo ello, contrastando con el desarrollo de la epidemia, las fatigas del sitio y lo remoto de que se pudiera socorrernos, pero aún teníamos suficientes municiones, una bandera que sostener mientras nos quedara un cartucho y un sagrado depósito –el de los restos de nuestros compañeros– que guardar contra la profanación del enemigo. Podíamos resistir y resistimos».

«Podíamos resistir y resistimos», algo tan heroico y a la vez tan sencillo de entender y que no ha sido comprendido por muchos que se empeñan en buscar en la defensa de Baler y en el comportamiento de sus protagonistas incorrecciones o menoscabos que no existieron.

El desconocimiento es tan grande que frecuentemente se habla de los 33 supervivientes del sitio de Baler –es lo habitual–, cuando en realidad fueron 35 los españoles que conservaron su vida tras la conclusión del asedio. Los padres franciscanos Juan

López y Félix Minaya –que entraron en el mes de agosto en la iglesia siendo prisioneros de los tagalos como parlamentarios y optaron por permanecer junto a sus compatriotas, a pesar de la situación, padeciendo con ellos el hambre, las enfermedades, los ataques del enemigo y las fatigas del sitio–, son condenados siempre a la indiferencia y al olvido. Incluso su heroicidad podría clasificarse de mayor, ya que, tras la finalización del asedio, al abandonar los supervivientes la localidad de Baler con destino a Manila, los religiosos permanecieron prisioneros de los tagalos por espacio de un año más, hasta su liberación por tropas americanas en junio de 1900.

Otro aspecto obviado de este episodio es el lastimoso camino de regreso que los supervivientes realizaron desde Baler hasta Manila tras el cese de hostilidades. Una penosa marcha –la mayor parte del tiempo a pie con algún corto desplazamiento en ferrocarril– en la que los españoles –enfermos y heridos–, iniciaron el 17 de junio de 1898 y terminaron el 8 de julio. En el largo trayecto, y aunque parezca increíble, los militares supervivientes sufrieron un ataque a machete mientras dormían en la localidad de Pantabangán, el robo en la de Bongabón de toda la documentación, las pertenencias de los oficiales e incluso de aquella bandera por la habían ofrecido la vida y, finalmente, el oficial al mando fue víctima de un accidente de carro al volcar en el camino en San Fernando.

Y una vez en Manila la terrible incógnita que rodeaba a su actuación ¿Serían recompensados por su defensa a ultranza de la posición y de la bandera a la que habían jurado fidelidad o, por el contrario, serían fusilados por desoír las órdenes de rendición llegadas desde Manila? Aquí entra en juego un nuevo aspecto desconocido, las actuaciones llevadas a cabo en Manila por las autoridades militares para dilucidar si lo ocurrido durante el asedio merecía castigo o era digno de recompensa. El denominado *Expediente de Manila* –ese al que sin duda no se han acercado aquellos que atacan a los héroes de Baler y ponen en duda su heroicidad–, no deja lugar a dudas. Uno por uno, aunque no todos, los defensores de Baler pasaron un interrogatorio instruido en averiguación de la conducta observada por el destacamento durante la defensa. Desde el 18 de julio, los supervivientes contestaron todo tipo de preguntas sobre lo acontecido en el interior de aquella iglesia. De sus declaraciones obtenemos informaciones tan interesantes como el número de cartuchos consumidos por los defensores: de los 24.050 cartuchos iniciales, se consumieron 15.050, se entregaron al enemigo 5.000 y, dato curioso, se inutilizaron 4.000 –tantos como pudieron– para no dejárselos a los sitiadores.

Y ese fue, quizás, el epílogo de las desdichas que sufrieron los defensores pues ya desde entonces, todo fueron honores y alabanzas, felicitaciones y suscripciones en su favor por filipinos, españoles, americanos y demás extranjeros, que no dejaron de exteriorizar su heroico comportamiento hasta su partida a la Península.

El 1 de septiembre de 1899, desembarcaron en el puerto de Barcelona. La Patria –con la que tanto habían soñado en los meses de sufrimiento–, recibió orgullosa a los que se sabían cumplidores del deber. Ejemplo para todos, seguro que sintieron congoja al no poder compartir el instante con sus compañeros fallecidos. En el momento de poner el pie en el muelle. Sin duda, echarían también en falta a los padres López y Minaya, que pensarían solo Dios sabría de su suerte en mano de los tagalos. Aunque ausentes en la formación, con certeza estuvieron muy presentes en el recuerdo de sus repatriados.

«Recordad sin jactancia, pero con orgullo, que formasteis parte del destacamento de Baler». Esas fueron las palabras que les dirigió el capitán general Eulogio Despujol, conde de Caspe, en la recepción en la Capitanía de la ciudad condal. Podemos aseverar con conocimiento de causa que esas palabras marcaron el comportamiento de unos soldados que jamás utilizaron su participación en la gesta más allá de lo legítimo.



*Inauguración en Madrid del monumento a los héroes de Baler*

Pocas horas más tarde, los militares supervivientes fueron licenciados y cada cual se reincorporó a la vida civil de la mejor manera posible. Aunque hay quien asegura que se les dejó abandonados a su suerte, lo cierto es que todos disfrutaron de una pensión de 15 pesetas mensuales –una cantidad, si bien no elevada, nada despreciable en aquellos momentos– y se facilitó, que no regaló, a gran número de ellos la posibilidad de acceder a un empleo público (alguacil municipal, mozo de cordel, guardia civil, carabinero, militar, etc.).

Hoy, por fin, podemos decir que aquellos que lo dieron todo sin pedir nada a cambio han recibido en estos días el pago a la deuda que 120 años después de la finalización de su heroicidad teníamos, aún, pendiente con ellos. El pasado 13 de enero de 2020, el alcalde de Madrid, José Luis Martínez-Almeida y el jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra, general de Ejército Javier Varela Salas, inauguraron en Madrid una fantástica escultura obra del maestro escultor Salvador Amaya que ha vuelto a dejar huella su ciudad natal. Inspirado en un boceto del pintor Augusto Ferrer-Dalmau, el monu-

mento está situado en la plaza del conde del valle Suchil con la calle Alberto Aguilera. La escultura –simplemente colosal– representa la figura del 2º teniente Saturnino Martín Cerezo empuñando su revólver Orbea en un momento de la defensa. En tres de los laterales del pedestal de granito que soporta la escultura se recuerda el nombre y apellidos, sin hacer diferencias entre ellos y por orden alfabético, de aquellos que permanecieron leales durante meses en Baler: los supervivientes, los fallecidos y los tres religiosos franciscanos. Todos, sin olvidar a ninguno, tienen a partir de ahora un homenaje que generaciones de españoles podrán disfrutar y que ha sido erigido gracias a los fondos recaudados a través de una cuestación pública de micromecenazgo impulsada por la Fundación Museo de Ejército.

Aunque esta inauguración haya puesto en su lugar a los protagonistas de la gesta de Baler, quizás aún nos quede algo más por hacer para agradecer los servicios prestados: la reapertura del juicio contradictorio para la concesión de la Cruz Laureada de la Real y Militar Orden San Fernando –la mayor condecoración existente en nuestro Ejército– y que únicamente le fue concedida al 2º teniente Saturnino Martín Cerezo y al capitán Enrique de las Morenas y Fossi y denegada al resto y al teniente médico Rogelio Vigil de Quiñones y Alfaro –aunque en este último caso le fuese concedida y jamás notificada ni reconocida bajo el pretexto de encontrarse rezando el Rosario en el momento de recibir una herida de carácter muy grave que no le impidió seguir tratando a enfermos y heridos–. En el momento en el que se les conceda esta condecoración a la que se hicieron sobradamente acreedores, y solo en ese momento, podremos decir que se ha saldado la cuenta con nuestros héroes de Baler. ●

# AQUEL ANTECEDENTE DE LOS REYES CATÓLICOS

## *Alfonso el Batallador y Urraca*

**AUGUSTO BRUYEL**

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación

No quisiera resultar cansino al escribir, una vez más, sobre algo tan evidente como es la importancia de la unidad. No deja de ser una verdad de Perogrullo. Pero todo lo visto alrededor del último proceso de investidura presidencial en el Congreso me ha animado a ello. Paso, pues, al grano de lo que deseo contar.

Todos conocemos la trascendencia que tuvo la unión entre Aragón y Castilla para completar la reconquista emprendida por los cristianos españoles de los territorios ibéricos invadidos en su día por los musulmanes. Al sumar las fuerzas –militares, económicas, demográficas...– de sus reinos, los Reyes Católicos no es solo que tuvieran la fuerza suficiente para hacerse con lo que quedaba de al-Ándalus, es que se vieron prácticamente impelidos a intentarlo. Tanta es la potencia de recursos de todo tipo que genera estar unidos.

Sin embargo, es muy posible que no todos conozcan la existencia de unos *Fernando e Isabel* (vamos a decirlo así) nada menos que ¡casi cuatro siglos antes! También un rey de Aragón –Alfonso I *el Batallador*– y una reina (en este caso, de León, pero donde estaba incluida Castilla) –Urraca– estuvieron unidos en matrimonio y, por lo tanto, tenían aunados los territorios y las fuerzas de la mayor parte de los territorios cristianos peninsulares.

Su vínculo matrimonial anexaba nada menos que Aragón y Navarra, por parte de Alfonso, junto a León, Castilla y Portugal, que aportaba doña Urraca. Es cierto que sus reinos no ocupaban aún en 1109 –año de la boda– la extensión con la que contarían casi cuatrocientos años después los de Fernando e Isabel. Mas, si no se hubiera podido, obviamente, concluir la Reconquista, sí que se podrían haber consumado avances determinantes para acortarla de manera muy notable.

Sin embargo, no fue así. ¿Por qué? Por lo de siempre: las disensiones internas. Motivadas, también como casi siempre, por la ambición, el egoísmo, la cortedad de miras...

Veamos.

### **Doña Urraca, reina de León**

A veces se ve escrito *Urraca I* de Castilla. Pero es incorrecto. El reino que gobernaba Doña Urraca era el de León, al que pertenecían tanto el condado de Castilla como el de Galicia o el de Portugal, dirigido este por su hermanastra Teresa. No era poca cosa doña Urraca; aunque solo sea porque fue la primera reina en la historia de Europa.

En cuanto a añadirle el ordinal de *primera*, tengo mis dudas de que sea del todo correcto. Si bien nuestro rey emérito decidió reinar con el nombre de Juan Carlos I,

al referirnos a monarcas del pasado el ordinal sólo tiene sentido si hay más de una persona con el mismo nombre habiendo ostentado el mismo cargo. No ha habido más *Urracas* reinas de León. Es lo mismo que ocurre con el nombre del actual papa: de momento, es Francisco; cuando venga, al menos, un sucesor que elija ese mismo nombre, entonces habrá que distinguir al actual posponiendo a su nombre el ordinal de *primero*.

Doña Urraca se casaba con el rey de Aragón el mismo año -1109- de su ascenso al trono leonés. Y no era, en absoluto, una novata. Ni en la práctica política ni en las lides matrimoniales. Su padre, Alfonso VI, el reconquistador de Toledo, ya la había puesto al mando del condado de Galicia para que se fuera fogueando en los asuntos de gobierno. El cual lo había ejercido... junto a su primer marido, Raimundo de Borgoña. Este moriría en 1107, dejándola viuda con aproximadamente veintisiete años, y dos hijos: la infanta Sancha y el infante Alfonso (el futuro Alfonso VII). Por lo que, entre 1107 y 1109, la condesa de Galicia debió ejercer sola el mando del territorio gallego, además de los de Zamora, Soria, Salamanca y Ávila; siempre subordinada, claro está, al rey, su padre Alfonso VI.



*Dña. Urraca I de León*

Entre la muerte de su primer marido y la boda con el segundo, dos años después, sucedió otro hecho extraordinario: el

infante Sancho, hermanastro de Urraca y heredero al trono de León, moría el 30 de mayo de 1108 en la batalla de Uclés contra los almorávides. Lo que dejó a nuestra doña Urraca como la sucesora natural a la corona. Hecho que sucedió al morir su padre, Alfonso VI, en 1109. Meses después se casaba con el treintañero Alfonso I de Aragón. Así lo habían decidido el rey leonés y su curia porque, una vez desaparecido el infante Sancho, en un mundo tan militarizado como era el medieval y con los almorávides al acecho, el rey aragonés no dejaba de ser la mejor alternativa para dirigir los ejércitos y acompañar a doña Urraca en la defensa del reino.

Sin embargo, el nuevo matrimonio sería todo menos feliz. Alfonso I sufría algún tipo de misoginia, o albergaba sentimientos más cercanos al ideal representado por



los caballeros-frailes de las Órdenes militares de Tierra Santa, recién fundadas. No pareció preocuparse mucho por asegurarse un descendiente. Sin que tengamos que aceptar al pie de la letra cuanto aparece en la Crónica Compostelana impulsada por el obispo Gelmírez, en algún momento Urraca pudo haber llegado a sufrir hasta maltrato por parte del *Batallador*. Aunque en la misma Crónica también se hacen referencias machistas a las debilidades *mujeriles* de la reina.

El caso es que Urraca pasó los primeros años de su segundo matrimonio alternando los enfrentamientos y las reconciliaciones con su nuevo esposo. Durante su reinado incluso habrá de enfrentarse a las pretensiones del hijo tenido con Raimundo de Borgoña, y a las de su hermanastra Teresa, la condesa de Portugal. No obstante, es injusta la fama de reinado netamente conflictivo y de pura transición con que ha pasado a la historia el de esta mujer. No fue ni peor ni mejor que el de la mayoría.

Aunque sí se perdió la oportunidad histórica de haber estado unidos por primera vez los reinos cristianos de la Península.

### Otros personajes

Tal como solía ocurrir en cada entronización de un nuevo monarca, tras la muerte de Alfonso VI pronto comenzaron los movimientos de una parte de los nobles. En este caso, sobre todo, gallegos; aunque también algún castellano, como Gómez González, antiguo alférez del rey difunto y quien, al parecer, había aspirado a casarse con la nueva reina.

Resultaba que Alfonso Raimúndez, el hijo tenido por doña Urraca en su primer matrimonio, había sido entregado para su educación a la casa de don Pedro Fróilaz, el poderoso conde de Traba. Al casarse de nuevo la reina, cabía la muy probable posibilidad de que esta volviese a tener más hijos, lo cual echaba por tierra las ventajosas previsiones que algunos se habían forjado alrededor del infante, a quien habían predestinado como futuro rey de León, una vez muerto el principal heredero en la batalla de Uclés.

Los seguidores de la casa de Traba quisieron hacerse fuertes en torno a la figura del hijo de doña Urraca, por lo que acabarán enfrentando al infante con su propia madre, la reina. Al mismo tiempo, harán todo lo posible para romper su nuevo matrimonio con el rey de Aragón. Su justificación: los nuevos esposos eran parientes; tenían el mismo bisabuelo. Si se conseguía anular el enlace, no habría otros hijos legítimos que pudieran anteponer su candidatura a la del tenido por doña Urraca con Raimundo de Borgoña.

El reino de León, pues, se dividía entre los partidarios de la reina y los de su hijo Alfonso Raimúndez. Doña Urraca se verá enfrentada y teniendo que luchar, tanto contra su hijo como contra su marido.

Otro personaje importante que debemos tener en cuenta para entender lo que acabará sucediendo entre Alfonso *el Batallador* y Urraca es Diego Gelmírez, el obispo de Santiago de Compostela. Pertenecía también a una familia prominente, e hizo mucho por el encumbramiento de la diócesis compostelana: además de las muchas donaciones obtenidas de los nobles, consiguió que los papas la elevaran a la categoría de arzobispado e instituyese el año santo compostelano cada vez que el 25 de julio, festividad del apóstol Santiago, cayese en domingo. No fue, por tanto, tampoco poca

cosa ni consiguió poco el arzobispo Gelmírez. Y de que no lo olvidáramos se encargaron los redactores de la *Historia Compostelana*, fuertemente leales a él, pues por él habían sido elegidos para ese cometido.

En un principio, como casi todos los magnates del reino leonés, el obispo Gelmírez acogió de buen grado la boda de la reina con el rey de Aragón. Así lo habían querido, tanto su padre, el prestigioso rey Alfonso VI, como los nobles de su corte. Parecía, en principio, una excelente decisión. Sin embargo, parece ser que los abades y obispos del reino no estuvieron del todo conformes con tal medida, ya que los futuros esposos tenían un grado de parentesco que hacía canónicamente inválido el matrimonio: ambos eran bisnietos de Sancho III el Mayor de Navarra. Piénsese que la Iglesia estuvo prohibiendo durante mucho tiempo el matrimonio hasta el séptimo grado de parentesco entre los contrayentes.

Gelmírez comenzó coaligado con los nobles que estaban a favor del nuevo matrimonio real. A ellos estaba enfrentado el bando encabezado por el conde de Traba, tutor, como sabemos, del infante Alfonso Raimúndez. Pronto le llegó a Gelmírez, sin embargo, desde Roma aviso de que debía oponerse al matrimonio *incestuoso* de la reina. Conque el obispo de Santiago buscó la reconciliación de los dos bandos. Con el beneplácito general, no se les ocurrió mejor cosa que coronar al niño Alfonso solemnemente, un día de septiembre del año 1111, en la catedral de Santiago, como rey de Hispania (no de Galicia, como erróneamente se dice a veces). Eso sí, asociado al trono de su madre, la reina.

Hallábase Gelmírez entonces afanado en conseguir la categoría de arzobispado para su diócesis compostelana. No presagiaba mal el asunto, ya que el papa –Calixto II– era, nada menos, que hermano de Raimundo de Borgoña, el primer marido de la reina, para quienes había desempeñado Gelmírez en su día las tareas de canciller y secretario. Pero resultó que a Calixto II le llegó carta donde su sobrino Alfonso Raimúndez se quejaba de su situación en Galicia. No cabe duda de que el escrito había sido impulsado por los partidarios del infante; contrarios, a su vez, a la madre reina... y a cuantos la apoyaban. Entre estos, Diego Gelmírez.

El papa respondió conminando a nuestro obispo a ayudar a su sobrino Alfonso; al menos, que reivindicara para él el reino de Galicia. «*Y si abiertamente le ayudare, nosotros también accederemos de igual manera a sus peticiones. Pero, según nos han contado, en cuanto puede, le hace frente*».

Quedaba, pues, frenada en seco la pretensión gelmiriana de convertir la diócesis compostelana en un arzobispado.

Aunque Gelmírez no quería tomar partido a favor del infante y contra su madre, tuvo, al final, que decidirse. Y se decidió, claro, por el hijo. La reina, entonces, lo encarcela. Mas es liberado enseguida por Alfonso Raimúndez y sus partidarios. El papa Calixto II había llegado, incluso, a amenazar a Urraca con la excomunión.

Así que, por fin, el 25 de julio de 1120 se leía pública y solemnemente en la catedral compostelana la bula de la concesión del arzobispado. Objetivo cumplido.

Es importante también señalar el hecho de que el ya arzobispo Gelmírez siempre quiso dejar fijado su ámbito de poder, religioso y civil, en el marco de lo que podríamos considerar la Galicia actual. De manera persistente se desvinculó del territorio al sur del Miño –el condado de Portugal, perteneciente al reino de León– como proyección de su actuación política. Eludía, con toda seguridad, el posible ámbito de influencia



del arzobispado bracarense. Esa desvinculación del señor de Compostela a querer intervenir en una parte del reino de León –el condado de Portugal, gobernado por Teresa, hermanastra de la reina, junto a su marido Enrique de Borgoña, primo de Raimundo– es una circunstancia importante, porque no deja de ser un paso más hacia esa separación efectiva de Portugal que llevaría a cabo no mucho después, aún en vida de Teresa, su propio hijo: Alfonso Enríquez.

### **Alfonso I el Batallador, rey de Aragón**

Como hemos dicho, no había sido una mala elección el segundo marido buscado por Alfonso VI para su hija Urraca. En la Edad Media el mundo militar, junto al religioso, lo impregnaba todo. Eran Los hombres quienes iban a la guerra, y hombres eran quienes dirigían los ejércitos. Por lo que, con los fanáticos almorávides adueñándose de al-Ándalus (bien que los había sufrido el reconquistador de Toledo en Sagradas y, ¡cómo no!, en Uclés) más el peligro de perder territorios que ya habían sido recuperados a los musulmanes, pareció prioritario asegurarse una buena defensa del reino leonés uniéndolo a la corona del otro gran reino cristiano: el de Aragón; el cual incluía, recuérdese, al de Navarra.

Pero el miedo del conde de Traba y sus partidarios a perder la influencia sobre quien anhelaban que fuese el futuro rey de León, Alfonso Raimúndez, convirtió muy pronto en una pesadilla el matrimonio entre Urraca de León y Alfonso I de Aragón.

A todos esos les vino de perlas la prohibición eclesiástica de contraer matrimonio entre personas emparentadas hasta un séptimo grado. Y comenzaron a incordiar. En los textos leoneses que se conservan, tales como la *Historia Compostelana* o las *Crónicas anónimas de Sahagún*, leemos en varios sitios que tachan al rey de Aragón de «sangui-



*Alfonso I El Batallador*

*nario y cruel*», «*pérfido*», «*ladrón*», «*cruel celtíbero*», «*bárbaro cruel*»... Quienes, como en Lugo, apoyan al rey aragonés serán «*malvados ladrones, homicidas, transgresores, adúlteros, fornicadores, sangrientos ladrones de los bienes de los pobres, violadores de iglesias*». A la misma esposa, Urraca, le hacen decir que los nobles de la curia le habían impuesto la boda con Alfonso I, «*uniéndome a él en nefando y execrable matrimonio*» (Emma Falque. Ediciones Akal, 1994).

Durante los ocho años que duró la unión, las peleas y reconciliaciones entre el rey y la reina, entre unos y otros partidarios, fueron una constante. Así que, harto del avispero leonés en que se hallaba metido, el rey de Aragón se retira a sus dominios y decide dedicarse de lleno a la lucha contra el moro. De su constante batallar le vendrá el sobrenombre, bien ganado, de *Batallador*.

Siguiendo a José Ángel Lema Pueyo en su *Alfonso I el Batallador* (Ediciones Trea, 2008), vemos que ya durante los dos primeros años de su reinado –comenzó en 1104– se había hecho con Ejea de los Caballeros y Tauste, en la comarca zaragozana de las Cinco Villas. Y en 1107 conquistaba el castillo de Tamarite, el cual le abría el acceso al valle del Segre.

Pero, una vez liberado de los compromisos consiguientes a su boda de 1109, el aragonés dirige su cruzada contra la ciudad más importante del valle del Ebro: Zaragoza, «la ciudad blanca». Como muy bien dirá después el cronista aragonés Jerónimo de Zurita, de su conquista dependía poder llegar hasta el mar Mediterráneo. Además de las tropas propias, aragonesas y navarras, más la implicación directa de varios obispos en tamaña empresa, Alfonso I hubo de recabar también ayuda más allá de los Pirineos: vizcondados de Béarn, de Béziers, de Gabarret...; condados de Bigorra, de Lavedan, de Comminges.... Con semejante fuerza, a finales de 1118 Zaragoza volvía a ser cristiana.

Tomada la ciudad más importante del valle del Ebro, el 25 de febrero de 1119 caerá Tudela (Navarra). No mucho después, en el mismo 1119, Tarazona; igual que Cariñena. Se dirige entonces contra la ciudad que es llave para las comunicaciones entre la Meseta y el valle del Ebro: Calatayud; podrá, así, obstaculizar posibles intentos almorávides de recuperar Zaragoza. *El Batallador*, ayudado esta vez por las tropas del señor más importante del sur de Francia, el duque de Aquitania, se apodera de la ciudad bilbilitana en junio de 1120. Con Calatayud caen pueblos como Alhama de Aragón y Ariza. En 1122 Daroca ya figurará también como cristiana. Otros nombres menos conocidos, como Turbena en 1123, Urrea en 1124, y Plasencia de Jalón en 1125, van pasando del dominio musulmán al aragonés. En 1124 se había incorporado también Borja, aunque no como resultado de una conquista militar. La cual sí se dará, en cambio, tras un largo asedio, con Molina de Aragón (Guadalajara) en 1127. En 1132 consta el dominio aragonés sobre el castillo de Horta de San Joan, a tan sólo veinte kilómetros de Tortosa (Tarragona), ya asomada al Mediterráneo.

Con el fin de acercarse a otro gran objetivo, Lérida, todavía en poder musulmán, en junio del año 1133 toma al asalto Mequinenza, vértice de las actuales provincias de Zaragoza, Lérida y Tarragona. Y, a mediados de agosto, pone cerco a Fraga, ciudad clave en la conexión entre Zaragoza y Lérida. Cuando, durante el verano del año siguiente, la ciudad está cerca de rendirse, acude en su ayuda el gobernador almorávide de Murcia y Valencia. En virtud de las obligaciones a que estaban sometidos los señores de las tropas cristianas, parte de estas habían abandonado el asedio. Sin que se hubieran podido todavía reemplazar por otras nuevas, de manera sorpresiva, el 17

de julio de 1134 ocurre la hecatombe en las tropas del *Batallador*, tantas veces antes victorioso contra los almorávides. Alfonso I sobrevive a la batalla, pero muere menos de dos meses después, el 7 de septiembre, en Poleniño, a unos trece kilómetros de Sariñena (Huesca).

### En conclusión

Alfonso I *el Batallador* no hizo sólo que reconquistar ciudades y tierras a los moros. Dedicó también mucho tiempo y energías a la organización de tanto territorio nuevo como iba incorporando a su reino. No era fácil armonizar una vida futura entre unos musulmanes que perdían buena parte de sus viviendas, tierras... y unos cristianos que pasaban ahora a dominar ese espacio.

Pero el pensamiento que se nos viene enseguida a la cabeza es que, a la vista de todo lo conseguido por un solo reino, el aragonés, ¿qué no habría sido posible si hubieran seguido juntos los dos reinos cristianos? Si Alfonso I recibió ayuda de señores del sur de Francia, ¿con cuántos más refuerzos no habría podido contar si hubiera estado al lado el reino de León?; el cual también podía haber aportado, no lo olvidemos, el apoyo de otra casa fuerte francesa: la de Borgoña. ¿Cuánto no habría avanzado la Reconquista si no se hubieran puesto tantas trabas al matrimonio entre Alfonso I y Urraca hasta lograr invalidarlo?

Se nos dirá, cierto, que ese matrimonio ya era inválido desde su origen, según las leyes eclesiásticas de entonces. Pero también es cierto que, cuando ha interesado, siempre ha aparecido la bula que lo permitía. Precisamente eso fue lo que ocurrirá nada menos que con los mismos Reyes Católicos con quienes estamos comparando la situación de Alfonso y Urraca. Fernando e Isabel provenían también del mismo bisabuelo: Juan I de Castilla. Cuando se casaron, no tenían licencia papal para ello. Llegaría después. No se apreció entonces tanta gravedad en que los contrayentes fuesen biznietos de la misma persona.

La importancia y la fuerza de la unidad no son cuestionables. A los separatistas españoles, y a cuantos, desde otros territorios, de manera tan inconsciente los apoyan, les vendría muy bien recordar en qué se acabaron convirtiendo la cantidad de trozos de una desmembrada Hispanoamérica. María Elvira Roca Barea describe a la perfección en *Fracasología* (Editorial Planeta, 2019) como pasaron «*de viajar en primera a la más dolorosa insignificancia*». El Imperio español todavía contaba con fuerza y prestigio; la prueba era el interés que había entre sus enemigos para debilitarlo o hacerlo desaparecer. «*Los fragmentos que de él salieron pasaron a no contar absolutamente nada*».

Todo lo contrario a lo que sucederá con aquellos estados de Norteamérica que prefirieron asociarse y que, por eso mismo, quisieron llamarse Estados *Unidos*.

### Una apostilla

Quisiera, para terminar, decir algo sobre lo que un servidor se encuentra bastante cansado: escuchar una y otra vez, en cualquier ámbito, lo importante que resulta la unidad de España *en su diversidad*. Parece una afirmación a favor de nuestra unidad; pero, si se fijan bien, la debilita. No deja de ser una solemne tontería; hasta los miem-

bros de una comunidad de vecinos suelen ser bastante diferentes. Si nos paramos a contemplar cualquier ciudad del mundo, ¿no son abismales las diferencias entre el centro y los suburbios, o no pueden llegar a ser muy distintos unos barrios de otros?

En el fondo, lo que se está haciendo de verdad es insistir en lo bueno de permanecer juntos *a pesar de que* seamos tan distintos. ¿Qué país no lo es? ¿No lo es Estados Unidos? Fíjense un poco en sus estados. ¿E Italia, con un norte industrializado y ciudades como Turín y Milán de condición bien distinta a las que encontramos en Nápoles o Sicilia? La misma Francia, ejemplo de estado centralista, tiene dentro regiones y culturas tan diversas como la Bretaña, la Costa Azul, el Languedoc o la isla de Córcega. Y, ojo, que tanto Italia como Francia cuentan con más lenguas (elevadas hoy al paradigma de la diferenciación interesada) que España; en la centralista Francia, por ejemplo, también se habla, como aquí, el vasco y el catalán, además del provenzal, el bretón, el corso, el flamenco... Sin embargo, no son tan exquisitos (o tan tontos) como nosotros a la hora de tratar con los nacionalismos disgregadores.

La diversidad es consustancial a la naturaleza, a la vida. No porfiemos, pues, en lo que es obvio. Así que no se me pondere más la *riqueza* de que gozamos en España con su *diversidad*. Insisto: cuando se dice esto, lo que se está haciendo, en realidad, es poner el foco en las diferencias; y en que estas, además, son ¡importantísimas!

*Siempre que hemos dejado de lado las trifulcas de patio y nos hemos unido para echar a invasores del suelo patrio, para ayudarnos en momentos críticos con esa generosa capacidad de darnos que nos caracteriza o de abordar grandes proyectos juntos, lo hemos clavado.*

[...]

*El pueblo español necesita estadistas visionarios, y esa y no otra es la asignatura pendiente de este país milenario. Hagamos votos por apostar por políticas que nos conduzcan a un futuro con un amplio horizonte de miras y no por volver a las cavernas.*

Alvaro Van den Brule. *Acero y Gloria* (La Esfera de los Libros, 2019)

# LA SOBERANÍA Y EL ESTADO

**JOSÉ M<sup>a</sup> ADÁN GARCÍA**

Abogado

Carré de Malberg, en su monumental obra *Teoría general del derecho* clasifica los estados modernos en cuatro categorías. Son estas:

- Estados unitarios o nacionales.
- Estados federados.
- Estados confederados.
- Territorios en administración fiduciaria o en régimen de protectorado, que naturalmente no pueden considerarse Estado.

Cabría añadir el llamado Estado de las autonomías, que se conforma en nuestra constitución de 1978. Es realmente unitario, con una acentuada descentralización.

La característica esencial que los distingue es la vigencia histórica, constitucional, institucional y funcional de la soberanía.

La soberanía, como su propia palabra indica, es la *summa potestas* (Duguit). La facultad de decidir sin que ningún otro poder pueda condicionar su ejercicio.

Tiene dos vertientes: interior y exterior. En el interior supone que todos los individuos, territorios y entidades públicas o privadas, están sometidos en última instancia a la decisión o normativa ejercida en la forma prevista por la constitución y las leyes, por quien ostenta la soberanía. En el exterior implica que no existe otro Estado con poder superior y por lo tanto las decisiones de otros Estados no le vinculan, excepto si en su propia decisión soberana los admite y tiene la facultad de rechazarlos.

La soberanía o mejor su ejercicio ha tenido, a través de los siglos su propia evolución. Empezó como inherente a una persona –familia, a la que se le atribuía por derecho divino–. De ahí viene el nombre de soberano. Se manifiesta en la lucha de los reyes contra la nobleza (Maquiavelo, Bodino); se democratizó con la revolución francesa (Rousseau) y dejó de ser un atributo personal, para convertirse en un derecho de la ciudadanía que lo ejerce a través de su voluntad democráticamente expresada, por el conjunto de la misma; no por ninguna de sus partes, ni sociales ni territoriales.

Le define una Constitución votada mayoritariamente y se ejerce a través de los poderes del Estado (legislativo, ejecutivo y judicial), que han de ser independientes (Montesquieu).

Las demás instituciones territoriales o sociales tienen sus propias competencias, pero éstas tienen su origen y su vigencia por previa asignación legal o reglamentaria de los poderes soberanos del Estado, que puede crearlas, modificarlas, inspeccionarlas o derogarlas.

La plenitud del Estado, realidad casi general, es la del Estado unitario. Una vez constituido por un proceso histórico, social y constitucional (caso de España, Francia, Alemania,...), cualquier modificación que afecte a su soberanía es un paso hacia su desintegración.

El Estado federal (Le Fur, Jellinek, Meyer) es en realidad una versión del Estado unitario, pues la soberanía sigue perteneciendo al gobierno federal, que ejerce su poder directamente sobre los ciudadanos y sobre los territorios.

Normalmente se constituye desde un Estado unitario o desde un proceso de fusión, que libremente, con participación de la ciudadanía establece una Constitución que delega determinadas competencias a los estados miembros, pero se reserva para sí las que constituyen los pilares fundamentales de la soberanía y la última decisión parlamentaria, ejecutiva o judicial. El poder máximo radica en el Estado federal. La soberanía radica en el ciudadano y no en los territorios. «El Estado federal no es un Estado compuesto, sino un Estado superpuesto». Cambia totalmente el concepto y la «praxis» si consideramos el Estado confederal.

Es una cuestión de enorme relevancia en España, porque se está confundiendo el alcance y contenido de las diferencias esenciales entre el Estado federal y el Estado confederal. No sé si esta confusión se debe a la ignorancia de algunos políticos o a la perversa intención de hacernos tragar gato por liebre o peor aún ahondar más la demolición de la unidad nacional.

Para enfrentarse con este problema es necesario tener previamente muy claras la naturaleza y efectos conceptuales, jurídicos, históricos y constitucionales que conlleva las diferencias substanciales entre el Estado federal y el confederal.

En el Estado federal la soberanía corresponde al conjunto de la población y se ejerce individualmente. En el Estado confederal la soberanía pertenece a cada uno de los Estados confederados (Laband, Jellinek, Le Furs, Meyer, Polier, Marans...). «La confederación no es soberana».

De ahí que sea falaz hablar de «nación de naciones» o de «Estado plurinacional» o de «derecho a decidir».

La norma predominante en un Estado confederal es lo que dicta cada uno de los Estados que lo constituyen. Son los mismos los que acuerdan que algunas competencias sean compartidas. Esta facultad supone también la de anular o modificar los acuerdos suscritos, incluso la de dejar de pertenecer al Estado confederal.

Realmente el Estado confederal conlleva la destrucción del Estado unitario o nacional.

Los territorios bajo administración fiduciaria o colonias no constituyen un Estado. Según el derecho internacional (Carta de las Naciones Unidas) son los únicos que tienen reconocido el derecho de autodeterminación que no es de aplicación a los territorios que forman parte de un Estado, reconocido legal e internacionalmente.

Mención especial –desde el punto de vista histórico, constitucional y de efectivo ejercicio de la soberanía–, merece el llamado «Estado de las autonomías». A él nos referiremos al final de este artículo, pero podemos adelantar que consagra un Estado unitario, descentralizado pero titular y ejecutor de su soberanía.

## **La historia compartida como imperativo categórico**

España es una realidad física, étnica y de voluntad. Constituida inequívocamente como un Estado unitario.

Como tal es una fundación permanente y no un legado hereditario de libre disposición. Por ello, como dijo José Antonio, tenemos que transmitir esa fundación a las generaciones que nos sucedan tal como está configurada a través de 2.000 años de historia compartida con el esfuerzo y sacrificio de las generaciones anteriores.

Su geografía limitada por el mar y una cordillera tan agreste como los Pirineos está configurando su unidad.

Su situación estratégica, como vértice de Europa, que determina su proyección, que efectivamente se produjo como imperativo ineludible, con la grandeza inigualable de la hispanidad, al mismo tiempo que como puente entre el continente africano y el Mediterráneo.

Su cohesión étnica inicial se produce con la fusión de los celtas y los íberos, que conforman la Celtiberia, cuya capital está en Segóbriga, según la tradición en Segorbe.

Su misión colectiva y su contextura de creencias se identifica con el catolicismo, que ya con Recadero y el tercer Concilio de Trento que presidió San Leandro, forjó el reino cristiano más antiguo de Europa, que territorialmente abarcaba toda la península ibérica e incluso algunas regiones del sur de Francia.

Nostalgia de unidad que pervive hasta ser el motivo profundo de la Reconquista. Voluntad colectiva expresa y reiterada de todos los pueblos de España de ser una unidad de destino.

No hay que remontarse a los celtíberos con su heroica y solidaria resistencia ante la invasión de Roma. Sus caudillos Indibil, Mandomio y el heroísmo insuperable de Numancia y Sagunto, así lo proclaman. Es importante resaltar que ello se produce sobre la base de la identidad étnico tribal en el norte con predominio celta y en el este y todo el mediterráneo de los iberos (los iberocarontes, lagetes, Layetanos, Lecetenos en Cataluña, los Contestanos y Edetanos en Valencia...).

Los historiadores Flecher y Crenier afirman que desde el Segura hasta el Ródano –incluido el Rosellón y la Cerdeña–, tenían la misma lengua, con algunas variantes alfabéticas.

Su cultura ha dejado testimonios imperecederos como la Dama de Elche.

Duró ocho siglos y constituye la base unitaria del ser español. La unidad se mantiene con la romanización, que se inició con el desembarco de Neo Escipión en Emporion (219 a.C.).

Durante seis siglos tiene lugar la influencia unificadora de Roma sobre Hispania. Diocleciano la divide en siete provincias: La Tarraconense incluye Cataluña, Aragón y se prolonga hasta Asturias siguiendo el valle del Ebro; la Cartaginense integra a Valencia, Murcia hasta Palencia... Es decir, una integración horizontal y profunda, sobre una cohesión política y cultural.

Con la invasión visigoda, muy pronto Leovigildo unifica la península. Recaredo crea el primer reino cristiano de Occidente que se rige por la *Lex romanum visigotorum*. San Isidoro publica *Laudes Hispaniae* reconociendo una realidad.

Según Sánchez Alonso «la invasión árabe no aralizó la contextura vital de España».

La mayoría de la población ibero-romana continuó hablando romance (ibero latinizado). De ello hay innumerables testimonios, documentos notariales, cartas púebles, las «jarchas»... Un documento indiscutible es el *Epistolare valentinum* hallado en la catedral de Valencia, escrito en latín y en romance. El pueblo no era mudo, cuando llegó el invasor.

Se produjo una reacción consecuente con la conciencia colectiva la *reconquista*, que como su propio nombre indica, supone volver a conquistar la unidad perdida.

Como reacción espontánea tiene diversos protagonistas, pero va a ser más un objetivo común.

Cuando D. Pelayo, iniciara en Covadonga la reconquista (418) se considera como sucesor de la monarquía hispano-goda.

Alfonso X el Sabio se declara «Imperatur Hispania».

Dulcinio (mozárabe incorporado a la corte de Alfonso II) declara que «proximore tempore in tota Hispania Adolfonsus predictor regutisus», el mismo se hace llamar «Hispaniae Rex».

Ortuño se presenta como hijo del emperador de Hispania. Alfonso VI como «Imperator totus Hispaniae». Fontanelle dice «Brachillona urben hispaniae».

El concilio de Saint Gilles (1092) se refiere a Tarragona como «ciudad que desde tiempos antiguos era la más noble de las metrópolis hispanas».

En los Usatces se denomina a Ramón Berenguer como «Hispania Subjigator».

Cuando el Conde de Barcelona se presenta a Carlomagno, según la crónica del propio emperador, lo hace como Conde de España, que llaman «Conde de Barcelona».

Jaime I, se refiere a su padre, el Rey Pedro de Aragón como «el más franco de cuantos hubo en España». Decía «Avui es honrada, alcontada e menispreada tota la cavalleria de Espanya».

En la *Crónica de Ceremonias* se puede leer «Catalunya es la millor terra de Espanya».

El obispo catalán Juan Margarit, dice «los cuatro reis d'Espanya que son una carn y una sang».

Fernando III el Santo conquista desde Nájera hasta Sevilla.

Alfonso V, en su entrada en Nápoles (1414), se hace anotar en un arco de triunfo, con la inscripción «Alfonsus rex hispaniae».

El imperativo de «reconquistar la unidad perdida» es la misión que durante ocho siglos comparten todos los reinos de España, la razón de ser de todos los españoles. Al final se logra con los Reyes Católicos.

A partir de ese logro, la proyección inherente al destino nacional se realiza con participación de todos los pueblos de España.

En el Mediterráneo con los Almogávares de extracción mayoritaria de catalanes, valencianos y murcianos. Lepanto (D. Juan de Austria y Ruiz de Requesens), en cuya decisiva batalla que salvó la cristiandad.

En América Hernan Cortés, Pizarro, los tercios de la mar oceana.

En el mundo Colón, Magallanes, Juan Sebastián el Cano, San Ignacio, Santa Teresa.

Sucesivos pactos superaron siempre las naturales discrepancias. Las capitulaciones de Barbastro entre Ramiro II y el Conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, el tratado de Corbell, els Furs de Jaime I, el compromiso de Caspe el tratado de Almizra y más modernamente el abrazo de Vergara o la coetánea «transición»... son un ejemplo del afán unitario de nuestro pueblo.

Un ejemplo claro es la reacción unánime de la guerra de la independendencia contra Napoleón. Cuando el mariscal francés Barwitzs, cerca Barcelona, Pedro Boltes convoca a los catalanes «para salvar la libertad del principado y de toda España», la resistencia de Gerona, el tambor del Bruch, lo mismo que el alcalde de Móstoles, el 2 de mayo en Madrid o las cortes de Cadiz.

Los vascos como Unamuno «me duele España»; Blas de Lezo; Ortega...

Desde el punto de vista constitucional las 12 constituciones que ha tenido España consagran su unidad. Entre ellas cabe destacar la última Constitución republicana, que



conviene recordar. De una manera contundente declara que las regiones que alcanzan la autonomía, no podrán adoptar normas legales ni acuerdos que vayan en contra de la unidad de España.

Los máximos dirigentes de la república como Azaña o Negrín reiteran su compromiso con la unidad nacional hasta expresar que «si alguno propugna la división de la unidad de España, considérese nuestro enemigo».

Hasta los líderes más radicales de la CNT, como Angel Pestaña o Seguí defienden la unidad nacional.

El propio Cambó manifestaba «no hemos perdido nuestra fe en España». La lliga entiende que Cataluña no ha de ser separatista...: «queremos una Cataluña libre en una España grande».

Tarradellas, mantuvo ese mismo criterio.

En la otra parte, José Antonio, Ramiro Ledesma proclaman una España «una, grande y libre».

El propio Franco, en el texto solemne de su testamento, nos pide: «Mantener la unidad de las tierras de España, exaltando la rica multiplicidad de sus regiones, como fuente de la fortaleza de la unidad de la Patria».

Como es consecuente la realidad institucional de un Estado unitario –que es predominante entre las naciones del mundo– de la base de una unidad geográfica y étnica y traspasada de una historia bimilenaria común, ha producido una amalgama de intercambios personales, familiares, culturales... una migración interior, una solidaridad que ha superado todas las pruebas.

Es como una cristalización tan potente que no se puede destruir, si no es aniquilando la convivencia y la realidad suprema de España.

### **Especial referencia al llamado Estado de las Autonomías la Constitución vigente**

La actual Constitución española de 1978, es, como no puede ser menos, una consagración del Estado unitario y de nuestra historia. Como Constitución vigente es de obligado cumplimiento. Su artículo 9, lo establece con claridad al proclamar que «los ciudadanos y los poderes públicos *están sujetos a la constitución y al resto del ordenamiento jurídico*» y así mismo el Estado soberano y sus poderes (Jefatura del Estado, legislativo, ejecutivo y judicial) han de cumplir y hacer cumplir la constitución.

Viene así a reforzar y actualizar la realidad institucional, histórica y constitucional de España.

Son muchos los constitucionalistas que consideran que el «Título Preliminar» de la Constitución, es anterior y superior a su texto, lo que está avalado por las sucesivas constituciones; la costumbre y la jurisprudencia. A demás es evidente que una constitución se dicta para una realidad anterior cual es la existencia de una Nación y de quien puede dictarla, porque es el sujeto que ostenta la soberanía nacional, que corresponde en todo Estado democrático al conjunto de la ciudadanía, no a una parte de la misma como tampoco a ninguno de sus territorios. Ambas opciones empiezan por negar las dos realidades en que la propia Constitución y la identidad nacional se fundamentan. Sin ellas no es posible promover ninguna constitución.

Efectivamente el preámbulo consagra que *la nación española*, sujeto preexistente institucional e históricamente, *en uso de su soberanía...* ratifica la Constitución.

El artículo 1º nos señala que esa soberanía nacional reside en el conjunto del pueblo español. El artículo 2 de la constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la nación española, patria común e indisoluble de todos los españoles.

Las Fuerzas Armadas tienen como misión garantizar la soberanía e independencia de España, *defender la integridad territorial y el ordenamiento constitucional*, el mismo que se fundamenta en la unidad indisoluble.



*Las Fuerzas Armadas son las defensoras de España y su Constitución*

La naturaleza histórica e institucional queda así inequívocamente vigente –como no podía ser de otra manera–, como Estado unitario.

¿El Estado de las autonomías que la Constitución permite, contradice o limita el Estado unitario o condiciona el ejercicio de la soberanía en plenitud a través de sus poderes?

Sería una anomalía que desembocaría en la nulidad de cualquier acto o norma que la pretendiera.

Sería un acto «contra legen» y por lo tanto nulo de pleno derecho y debiera producir sin duda en la acción de Estado soberano y único para restablecer la legalidad constitucional, también prevista en la propia Constitución.

De acuerdo con estos principios generales y dado el tema específico que nos ocupa; ¿cual es la naturaleza y funcionamiento de las Comunidades Autónomas dentro del

Estado unitario y nacional que consagra nuestra Constitución? Hemos de hacer una referencia al título VIII que refuta «la organización territorial del estado».

Es básico en el artículo 137: «El Estado se organiza territorialmente en municipios, provincias y comunidades autónomas...».

Las comunidades autónomas no son pues una creación de sí mismas, sino un organismo del Estado. Constituyen una creación y una función que nace en el artículo 2º de la Constitución, sus competencias están reguladas en el artículo 148, reservándose el Estado las que le son «exclusivas» (artículo 149).

Es evidente que las Comunidades Autónomas son organismos del Estado, pues carecen de *soberanía* propia, están sometidas en su creación, competencias y funcionamiento a los poderes soberanos del Estado español.

Son creadas por ley Orgánica dictada por el poder legislativo, sus competencias están limitadas por la propia constitución, sus decisiones o normativas no son inamovibles pues están sometidas no solo a su aprobación inicial, sino también al control de su actividad (artículo 153) por:

- El Tribunal Constitucional.
- El Gobierno.
- La jurisdicción contencioso-administrativa.
- El Tribunal de Cuentas.

A mayor abundamiento, el artículo 150-2 señala que el Estado podrá dictar leyes que establezcan los principios necesarios para armonizar las disposiciones normativas de las Comunidades Autónomas, en el caso de materias atribuidas a la competencia de estas, cuando así lo exija el interés general de acuerdo con las cortes.

También el machacado artículo 155, que permite al gobierno adoptar las medidas necesarias para obligar a la comunidad autónoma que no cumpla las obligaciones que la Constitución u otras leyes le imponga de no atentar gravemente al interés general de España y al cumplimiento forzoso de dichas obligaciones.

¿Qué ha pasado para que se tenga que reiterar estos principios y propugnar la nítida vigencia de la soberanía nacional?

Cierto es que la Carta Magna, tiene algunas grietas, como son por ejemplo la posibilidad establecida en el artículo 150-2, de que «el Estado pueda transferir o delegar en las Comunidades Autónomas, materias de titularidad estatal, que por su propia naturaleza sean susceptibles de transferencia o delegación». Permite por su ambigüedad el chantaje permanente para ampliar competencias.

Sin embargo, una interpretación correcta de ese texto excluye los que son inherentes a la soberanía y contrarios a las competencias declaradas expresamente como exclusivas, pues no serían permisibles de acuerdo en su naturaleza legal, histórica y constitucional.

Igual ocurre con la disposición transitoria IV, que prevé la posibilidad de la incorporación de Navarra al Consejo General Vasco, que pese a su transitoriedad no ha sido derogada y tantos problemas sigue produciendo.

Ambas grietas se deben posiblemente a la influencia en las Comisión Legislativa Constitucional de Miguel Herrero de Miñón, Miguel Roca Junget y José Solé Durán y especialmente a la elevación a dogma del «consenso» que sostuvo su presidente Emilio Attard. Es evidente que hay, y lo debe haber, un amplio campo para el acuerdo, pero quedan unas pocas cosas que no son consesuales como la libertad, el honor, la

unidad de la Patria, la soberanía del Estado, pues cuando las estás negociando se la estás quitando a una gran parte de la ciudadanía.

Sin embargo estas consideraciones sobre la naturaleza de las Comunidades Autónomas, como parte del Estado nacional y por tanto de su soberanía, no disminuye la trascendencia e importancia descentralizadora de las Comunidades Autónomas y produce el resultado de uno de los Estados más descentralizados del mundo, incluso entre los llamados federales, pues las garantías y competencias que se les atribuye respecto a muchos de ellos son más amplias que la de los lhanders alemanes o los condados ingleses.

Así se definen en el artículo 2º de la Constitución cuando «reconoce y garantiza la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre todas ellas» o cuando establece que las lenguas regionales «serán también oficiales, de acuerdo con sus estatutos» o cuando recoge el uso de las banderas de las Comunidades Autónomas junto a la nacional.

También queda evidente su trascendencia cuando se establece las competencias (artículo 148) que abarcan la promoción de las tradiciones culturales, uso voluntario de la lengua y todas aquellas que constituyen su identidad, junto al amplio abanico de las de orden social y económico.

### **Consideraciones urgentes**

Ahora se está pretendiendo introducir una terminología en el discurrir dialéctico de la política, que no resiste un análisis ni dialéctico ni mucho menos histórico, jurídico o constitucional, con un propósito confuso pero notorio de destruir la unidad de España.

Conceptos dados en forma de consigna y recibidos a estilo Goebbels, para hacer de la mentira una verdad.

Al decir «nación de naciones» o «plurinacional» se está incurriendo en una flagrante contradicción. Una nación está constituida por una ciudadanía, un territorio y un Estado con su soberanía. Si alguno de los elementos no existe, no existe tampoco la Nación. Una nación de naciones es incompatible consigo misma. Tampoco puede implementarse su institucionalización desde la historia, ni de la constitución. Su propuesta es antinacional, anticonstitucional y posiblemente desembocaría en el caos.

Distinto significado tiene la inclusión del término «nacionalidades» en el artículo 2 de la constitución, pues no puede ser interpretado fuera de su contexto, tanto inmediato el mismo artículo, título preliminar, como en el artículo 1º, que atribuye la soberanía al conjunto del pueblo español, y el propio artículo 2, que señala como indisoluble la unidad de España como también el conjunto del texto constitucional.

Como tal el término «nacionalidades» tiene una interpretación identitaria. Su relación con el ejercicio de la soberanía, con el sujeto que la detenta y con la atribución de los poderes del Estado nacional, no permite dar carta de naturaleza a ninguna nación.

Menos credibilidad y más torticero es el pretendido «derecho a decidir». Derecho que no existe en ninguna constitución.

De existir habría que determinar a quién corresponde ese derecho, que no puede recaer en ninguna parte de la ciudadanía, ni del territorio, que constituyen una nación. Ello implicaría la imposición de una parte sobre el todo, al más puro estilo fascista y totalitario.

Es un elemento consustancial a los nacionalismos secesionistas junto a su afán expansionista, ante la insuficiencia de su propio entorno. Es inasequible al bien común –ignora conscientemente el retroceso moral, histórico y socioeconómico que lleva consigo–; que la unidad tan trabajosamente lograda a través de los siglos hace la fuerza, que el mundo camina hacia la globalización y al protagonismo internacional exige procesos de unidad y no de particularismos.

El intento de utilizar el sistema que supone el Estado de las autonomías, no puede fundamentarse ni en la historia, ni el derecho, ni mucho menos en la Constitución vigente.

El anuncio de un Estado federal no lleva consigo, ni el derecho, ni en la práctica de los Estados federales, una cesión de la soberanía que sigue perteneciendo al Estado nacional. Dado el nivel de las competencias transferidas a las comunidades autónomas, su modificación llevaría el camino de convertirse en un Estado confederal, que es lo que se está intentando, como un escalón más hacia la independencia.

En este Estado confederal la soberanía no radica en él, sino en cada uno de los estados miembros. Por lo tanto, las leyes y los poderes del Estado no son vigentes sin su decisión.

Entre sus facultades está la de pertenecer o no a la confederación, inclusive desistir de ella.

Por ello es muy necesario distinguir entre competencias transferidas por el Estado soberano, de cualquier intento de atribuirse o compartir la soberanía, que repito corresponde al conjunto del pueblo español.

Los diversos gobiernos y en especial el de Zapatero, y por omisión el de Rajoy, han cedido irresponsablemente competencias exclusivas del Estado en materia de educación, libertad idiomática y de enseñanza, orden público, representación, exterior...

Ello hace necesario revisar algunas leyes orgánicas y algunos estatutos autonómicos; naturalmente dentro de los cauces y procedimientos establecidos por la legislación vigente. A título de ejemplo cabe señalar la ley de defensa nacional, la ley electoral, la financiación de las comunidades autónomas, la de la memoria histórica, el Plan Hidrológico Nacional...

Se hace necesario una redefinición de las competencias exclusivas del Estado y de las comunidades autónomas, un ejercicio real y presencial del Estado en las que le corresponde, una recuperación de las incorrectamente transferidas.

Todo ello se puede hacer a través de leyes orgánicas sin necesidad de modificar la Constitución.

Es una tarea urgente. Todo lo contrario de pactos Frankenstein son los que no quieren pactar. ●

# ENTRE LAS RUINAS

## SERTORIO

(*El Manifiesto*)

Vaticinar el colapso de la civilización europea no tiene ningún mérito: lo estamos viviendo todos los días y la corriente no va a parar. Tal y como están las cosas, y con el predominio totalitario de las ideologías suicidas y crepusculares en boga, no debemos descartar que en un plazo mucho más breve de lo que se supone, quizás en treinta o cuarenta años, Europa occidental haya dejado de ser «europea» o, al menos, predominantemente «europea». Y eso se debe a que existe en nuestras élites una consciente, férrea y obstinada voluntad de liquidación de los pueblos, los valores y las instituciones que cimentaron Occidente: lo que conocemos como multiculturalismo. No se podrá encontrar en la Historia una sociedad tan empeñada en destruirse como la nuestra, hasta poner en peligro adrede algo que en cualquier cultura se considera un valor supremo: la continuidad biológica de nuestras naciones. La legislación «social» de los últimos cincuenta años ha facilitado por todos los medios la disolución de la familia tradicional y la ruina de la fecundidad europea: el «derecho» al aborto y su aplicación masiva y casi obligatoria, una «liberación» de la mujer que consiste en amarrarla al mercado laboral y hacerle aborrecer la maternidad y la familia, un feminismo que ha convertido la convivencia entre los sexos en un campo de minas... Todo construido con un sólo fin: que las europeas no tengan hijos. No sólo eso, al hombre se le convierte en un irresponsable *homo festivus*, que rehúye por contundentes razones jurídicas los compromisos esenciales para el mantenimiento de la célula básica del cuerpo social. Además, también la presión de los dogmas de género le han demonizado y emasculado; se ha feminizado al varón europeo y se le ha convertido en un eunuco con un estigma de culpa que se asume sin titubeos por los legisladores. Una civilización que rinde semejante culto a la esterilidad no puede sino morir en breve plazo.

La continuidad biológica de los pueblos europeos es algo a extinguir por el sistema ideológico dominante, que nunca ha disimulado sus propósitos eminentemente racistas contra el hombre blanco, causa de todos los males del mundo, por lo visto, pero de cuya civilización y logros se quieren aprovechar todos, incluidos los privilegiados académicos que extienden la ideología de género y la multiculturalidad. Occidente es culpable de todos los males, el hombre blanco es la peor de las bestias dañinas, todos los monumentos de nuestra cultura son la despreciable obra de machistas y supremacistas. Y, sin embargo, eso lo pueden afirmar porque se benefician de las ventajas de la tan denigrada cultura occidental y disfrutan de sus magníficas prestaciones. Jamás los versos de *La carga del hombre blanco* de Kipling fueron más actuales que ahora.

Tomad la carga del hombre blanco  
y recoged su vieja recompensa:  
el reproche de vuestros superiores,  
el odio de aquellos a los que protegéis,  
los lamentos de las masas a las que conducís  
(¡ay, tan lentamente!) hacia la luz:

«¿Por qué nos sacó de la servidumbre  
de nuestra amada noche egipcia?».

Cuando se escribió este poema, tan profético, Europa dominaba el mundo y vivía su período de mayor esplendor, pero también guardaba los gérmenes de una decadencia que ya anticipaba Nietzsche y que se desperdigaron como una infección galopante desde 1918 hasta el día de hoy. Kipling escribió estos versos para el jubileo de la reina Victoria. Compárese la Inglaterra de entonces con la de ahora para hacerse una idea clara de en dónde estamos y de en qué nos hemos convertido. No nos engañemos, nosotros somos los arquitectos de nuestra propia ruina: con las dos guerras suicidas entre europeos, con la sustitución de los valores culturales por los económicos, con el exceso de riqueza que ha degenerado a los hombres, con la tiranía de la técnica sobre el espíritu y con la extensión de las ideas igualitarias y su consecuencia inevitable: la selección de los peores. Contemple el lector a la casta dominante en Europa y piense si de ahí se puede sacar un sólo sujeto al que se le pueda considerar un hombre de Estado. Sólo encontrará maniqués, leguleyos y contables, espejos perfectos del último hombre nietzscheano, el socialdemócrata sin patria, sin espíritu, sin carácter. ¿Y qué decir de las supuestas élites académicas, destructoras de una civilización brillante en 1900 y hoy deshecha? Los intelectuales europeos del último siglo han sido como los niños que destripan un juguete y luego no saben cómo arreglarlo. ¿A qué han conducido sus juegos, sus vanguardismos, sus críticas y sus deconstrucciones? A una transvalorización de todos los valores, pero en un sentido opuesto a lo que el Nietzsche del superhombre hubiera podido imaginar: a una glorificación de los instintos elementales, a la apoteosis de las propias taras, a una egolatría chabacana que llega hasta lo infrahumano, a un nihilismo radical que sólo se detiene ante la sagrada tasa de beneficios de la plutocracia.

Fijémonos en las autoridades tradicionales, las monarquías que aún sobreviven y la Iglesia romana. Las monarquías son meras repúblicas coronadas que han perdido los atributos sagrados de antaño. Y las Iglesias cristianas de Occidente (la Ortodoxia es muy otra cosa) han decidido olvidar su componente nacional, aceptar el globalismo y convertirse en la punta de lanza de la liquidación de nuestra cultura. Véase, por ejemplo, el odio con el que los clérigos atribulan a Salvini, empeñado en salvaguardar la independencia y la identidad de Italia. Quizá la Iglesia se cree su propia leyenda, esa de que ella forjó a Europa y que, igual que la hizo, la puede deshacer. Ecuménica y mundialista por naturaleza, a Roma poco le importa el destino de Europa porque no es europea, es mundial y puede desplazar su centro de gravedad a América o África sin mayores problemas. Pero quizás todo esto represente a la larga un problema para los futuros pontífices.

**No es la cristiandad la que ha hecho a los pueblos de Europa, son los pueblos de Europa los que han hecho a la cristiandad**

El cristianismo no es un fruto natural del espíritu europeo: es el producto de una imposición legal iniciada con el Edicto de Tesalónica de Teodosio y predicada desde el poder por sus diversos y variopintos sucesores durante más de un milenio. Para implantarse con un mínimo de éxito, el cristianismo se adaptó a cada pueblo de Euro-

pa y cada etnia lo hizo suyo a su manera. Sin esa raíz popular, arraigada en el suelo y las costumbres de las comunidades nacionales, jamás habría pasado el cristianismo de ser la religión oficial de una élite, un bolchevismo místico sin el menor contacto con el pueblo.

Pero, desde hace medio siglo, Roma busca integrarse en el nuevo proyecto mundial. Curiosamente, cuanto menos «pagana» es, cuanto menos se identifica con una nación y más ecuménica, universalista y globalista se vuelve la Iglesia, más fieles pierde. Europa ya es tierra de misión. Los mejores apóstoles no fueron los del Evangelio, sino los emperadores y reyes que lo convirtieron en religión de Estado. Rota la alianza del Trono y del Altar, el destino del cristianismo en Occidente es desaparecer.

El panorama es desolador y no va a mejorar, sino todo lo contrario, en los próximos años, pero existen cada vez más zonas de resistencia. Pese a sus castas dirigentes y al adoctrinamiento totalitario en el nihilismo más bestializador, hay cerca de una tercera parte de la población europea que no acepta las imposiciones de sus enemigos globalistas. Las élites son conscientes de ello y de ahí la rabia que muestran frente a la resistencia popular, que los oligarcas manifiestan en exhibiciones ridículas de una pretendida «superioridad» moral, en un clasismo racista contra desdentados y rednecks y en la pura y simple represión, que será mayor a medida que el rechazo aumente; siempre se podrá empapelar a los que disientan con las leyes del odio, hechas con el fin de amordazar toda contestación. Pero las resistencias son tan sordas como obstinadas e irán adquiriendo fuerza fatalmente a medida que los propios proyectos de la plutocracia avancen. Está en la propia naturaleza de una población sana el resistirse a la extinción cultural y física.

A esto hay que añadir la lucha de clases inevitable entre una población nativa desposeída y precarizada y una plutocracia que optará, como los latifundistas romanos en el Imperio, con inundar el país de bárbaros que abaraten los costes de sus explotaciones. Al igual que los senadores romanos del Bajo Imperio, las élites europeas, de formación postmarxista y liberal, carecen de patriotismo y de sentido de pertenencia a una comunidad, más aún, aborrecen el sólo nombre de nación y, aunque no lo quieran confesar, el de pueblo, de ahí que los mayores monstruos que pueda imaginar su bestiario ideológico sean el nacionalismo y el populismo. Su cosmovisión es puramente económica, desprovista casi por completo de cualquier elemento humanístico tradicional. Esta tecnocracia burda y positivista necesita tintarse de un humanitarismo caritativo y emotivista que disfraza con buenos sentimientos y complejos de culpa un fin evidente: el reemplazo de la población nativa por una masa de recién llegados baratos y dóciles, que incrementen el ejército de reserva de mano de obra que se acumula en las megalópolis, donde se concentra casi toda la riqueza. Fuera de esas grandes ciudades y sus masas crecientes de habitantes, las provincias y el campo quedan desheredados, al margen del circuito global, implacablemente condenados a la despoblación y a la ruina. Y con ellos, millones de nativos europeos por los que el sistema no siente la menor compasión, de los que lo único que se espera es que se extingan sin alborotos o que emigren a las grandes capitales para competir por un mendrugo de pan con los ciudadanos recién importados. Dentro de una generación, en la Europa al oeste del Oder habrá multimillonarios y tecnócratas en la cúspide de la sociedad y una masa de población precaria en la base, sin estamentos medios, almacenada en ghettos étnicos y en perpetua pugna por el empleo y las prestaciones sociales.



El fin del mundialismo es disolver las viejas naciones europeas en un archipiélago de identidades, que desdibuje el sentido de la comunidad nacional e imponga una mentalidad universalista, desarraigada y hasta enemiga del legado occidental. Los Estados serán simples espacios de derechos, desprovistos de toda connotación histórica y cultural. Por supuesto, lo que se prepara para las naciones también se prepara para Europa, que será una gigantesca no-nación, un Singapur enorme, un coloso mercantil que explotará a una masa de ilotas tercermundizados, de donde desaparecerán las identidades culturales originarias, a las cuales se tratará de extinguir con el multiculturalismo, la represión legal y la inmigración de reemplazo. Este proyecto sólo acabará de una manera: en el caos, en conflictos religiosos y étnicos crónicos, en un Líbano o un Afganistán a escala continental. Es lo que ahora importamos de forma masiva y sin límite alguno. El peligro que corremos de desaparecer, de ser extranjeros en la tierra de nuestros antepasados, es tan evidente que, a la fuerza, los restos medianamente cuerdos de la población europea se negarán a morir, a ir mansamente a la extinción que nos preparan los tecnócratas de la UE.

Frente a tal panorama quedan dos opciones: la primera y más deseable sería articular un movimiento paneuropeo que se haga con el poder en Bruselas, forme una nación y cambie el rumbo suicida de nuestro continente. La otra, la que se produciría en el peor de los casos, es la eclosión de reductos de resistencia transnacionales. La dinámica del mundialismo lleva implícita la resistencia a los planes de la plutocracia planetaria por aquellos que son sus víctimas; el lavado de cerebro de la corrección política tiene sus límites y no todas las capas sociales están dispuestas al suicidio inducido. Sea como fuere, en una sociedad fragmentada, de grupos hostiles que compiten por los recursos y el poder, los europeos nativos tendrán que buscar alguna forma de sobrevivir. No podemos predecir cuál será, pero, en los países que padecen semejantes modelos de sociedad, lo normal es que se produzca la concentración de la misma gente en un territorio y que se fortalezca la cohesión interna frente al entorno hostil. A eso nos lleva la multiculturalidad, experimento que siempre ha fracasado.

La tarea inmediata que compete a la vanguardia consciente de los pueblos europeos nativos la sintetizó hace ya más de medio siglo Julius Evola: mantenernos firmes entre las ruinas de lo que fue Occidente, no ceder nunca, no integrarnos jamás y transmitir el legado de nuestra Tradición a las futuras generaciones. Habrá que organizar una resistencia paneuropea que limite los estragos de la barbarie multicultural y permita la supervivencia y el renacimiento de nuestros pueblos, posiblemente bajo nuevas formas y en espacios diferentes. Sin embargo, esa Tradición no será la que los conservadores de hoy consideran como tal. Estará cimentada por la identidad y en su espíritu se manifestarán algunas influencias de la época de extinción cultural que estamos padeciendo, como los necesarios anticuerpos de una vacuna. No será de una pureza inmaculada, sino que habrá en ella aportaciones fruto de las hostiles pero decisivas experiencias de nuestra época. Se aproxima un mundo nuevo y horrible, con más de infierno que de paraíso. Todo será muy diferente y, sin duda, peor. Pero los grandes retos no se superan rehusándolos. ●

# EL RETORNO DE LA HISTORIA DE COMBATE

**PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS**

Historiador y profesor en la UNED (*El Manifiesto*)

---

En ocasiones, parece como si la sociedad española fuese incapaz de progresar; da la sensación de estar condenada a ciclos periódicos de ascenso y decadencia. Y es que, no le demos vueltas, la historia se repite. No sé si como tragedia o como farsa; pero se repite. La sociedad española no ha logrado aún liberarse del tremendo tumor de la intransigencia ideológica y cultural. Esta tara fue a veces representada por la derecha política y social; hoy lo es, como veremos, por cierta izquierda, traumatizada aún porque Franco murió de viejo en la cama de un hospital. Ahora mismo vuelven a ser visibles actitudes de hace muchos años. Algo muy visible en el campo historiográfico. A la altura de finales de los años cincuenta del pasado siglo, Jaime Vicens Vives, ya próximo a la muerte, se quejaba del «sectarismo activo» dominante en la historiografía española. Por aquellas fechas, el filósofo Julián Marías publicaba *Ortega y tres antípodas*, en cuyas páginas criticaba no sólo los ataques de que era objeto su maestro, sino la ausencia de una crítica solvente y de ideas constructivas. Algo que intentaba suplirse mediante el recurso a tópicos como «lucha de clases», «derechos del hombre», «pacifismo», «espiritualismo», etc. La actualidad de las críticas de Vicens y de Marías no deja de resultar alarmante, ya que nos lleva a reconocer que no hemos mejorado excesivamente nuestros hábitos mentales e intelectuales; y ello con el agravante de que en los años cincuenta vivíamos en un régimen autoritario y confesional; y ahora lo hacemos en un sistema político pluralista y aconfesional.

Desde hace tiempo, hemos experimentado el retorno de la historiografía de combate. El hecho no era nuevo, pero había experimentado un cierto retroceso a partir de los años ochenta del pasado siglo. Su gran adalid hasta entonces era el historiador marxista Manuel Tuñón de Lara –militante de la KGB durante algún tiempo, según Jorge Semprún–, para quien la historia era ante todo un arma de combate para el logro del socialismo. En ello coincidía con otro historiador marxista Josep Fontana Lázaro. Tras la muerte del general Franco, Tuñón de Lara y sus acólitos disfrutaron de una cierta hegemonía mediática y académica. Bajo su férula, en los claustros universitarios dominaban conceptos tales como «bloque de poder», «aparatos del Estado», «formación social», «lucha por la hegemonía», «lucha de clases», «contradicciones», «crisis», etc, etc. En aquel tiempo, los nombres de Renzo de Felice, George L. Mosse, René Rémond, Ernst Nolte, François Furet, Joaquín Romero Maura o José Varela Ortega estaban proscritos en las clases universitarias; claro que es posible que fuesen desconocidos por los acólitos de Tuñón de Lara. Sin embargo, no era sólo eso; Tuñón de Lara recomendaba, en la prensa, la «vigilancia» política respecto de los historiadores e intelectuales que no comulgaban con sus tesis. Su dominio fue, no obstante, efímero, aunque ha dejado profundas secuelas, como veremos, en la historiografía española. La escuela de Tuñón de Lara sucumbió víctima de sus propias insuficiencias y con-

tradiciones. Al final, la sola mención al «bloque de poder» provocaba risas entre los estudiantes. La hegemonía fue ocupada por discípulos del hispanista británico Raymond Carr y otros representantes de la historiografía liberal, gracias a lo cual pudo disfrutarse de un mayor pluralismo en el mundo académico y cultural.

Sin embargo, la torva faz de la historiografía militante y de combate revivió a raíz de la victoria electoral de José Luis Rodríguez Zapatero y de las campañas en pro de la

«memoria histórica» de los vencidos en la guerra civil. A partir de ahí, los herederos de Tuñón de Lara y de Fontana lograron articular una especie de red de investigación, que se ha convertido en una especie de fraternidad y de grupo de presión, caracterizado, ante todo, por una gran agresividad dialéctica. Sus dirigentes son Ángel Viñas, Paul Preston y Josep Fontana. Sus acólitos son numerosos, pero no especialmente significativos a nivel intelectual, aunque sí ruidosos mediáticamente. Tan sólo daré algunos nombres: Glicerio Sánchez Recio, Ángel Bahamonde, Eduardo González Calleja, Ismael Saz, Carlos Forcadell, Alberto Reig Tapia, Francisco Espinosa Maestre, Juan Carlos Losada, Borja de Riquer, Francisco Moreno Gómez, Ricardo Robledo, Ignacio Peiró, etc. Esta red de investigación y de coacción psíquica ha centrado su interés en el estudio de la II República española, la guerra civil y el régimen de Franco. Las tesis defendidas por este grupo son extremadamente simples, amén de simplistas: 1. La II República fue un régimen reformista, no revolucionario. 2. La guerra civil es una pugna entre fascismo y democracia o, si se quiere, entre fascismo y antifascismo. 3. La represión republicana fue espontánea, la nacional organizada. 4. Franco alargó la guerra para matar más y mejor. 5. El régimen de Franco fue, como el de Hitler, «genocida». El objetivo de esta red es lograr, por todos los medios, que estas tesis sean hegemónicas en el campo historiográfico. Para ello, sus portavoces emplean



*Hasta El Socialista ha sido portavoz de los desmanes de sus seguidores*

el régimen de Franco. Las tesis defendidas por este grupo son extremadamente simples, amén de simplistas: 1. La II República fue un régimen reformista, no revolucionario. 2. La guerra civil es una pugna entre fascismo y democracia o, si se quiere, entre fascismo y antifascismo. 3. La represión republicana fue espontánea, la nacional organizada. 4. Franco alargó la guerra para matar más y mejor. 5. El régimen de Franco fue, como el de Hitler, «genocida». El objetivo de esta red es lograr, por todos los medios, que estas tesis sean hegemónicas en el campo historiográfico. Para ello, sus portavoces emplean

una retórica tremendamente agresiva, incluso soez. Su *chien de garde* por antonomasia es Ángel Viñas, quien califica de «revisionistas» a todos los que no acepten el conjunto de sus planteamientos. El «revisionismo» se ha convertido en el enemigo por excelencia de esta red de coacción psíquica; y está representado por historiadores como Fernando del Rey, Manuel Álvarez Tardío, Michael Seidman, Nigel Towson, Pedro C. González Cuevas, Julius Ruíz, Stanley Payne y otros. Para Ángel Viñas, estos autores son «neofranquistas», «ideólogos de la guerra fría», enfermos de síndrome de «ansiedad» o, simplemente, «subnormales». No, amigo lector, no estoy exagerando. Eche una mirada al último libro de Viñas, *La otra cara del Caudillo* (páginas, 52-54) para que vea lo que digo. Y no ha sido el único. En el mismo sentido se han expresado, en un libro titulado *El pasado en construcción*, otros historiadores como Ignacio Peiró, Carlos Forcadell, Ricardo Robledo o Alejandro Quiroga, para quienes «revisionismo» es sinónimo de «franquista», «antidemocrático», «neoliberal» o «neoconservador». Su *bête noire* es, sobre todo, el hispanista norteamericano Stanley Payne. A ese respecto, resulta significativo el número monográfico que ha dedicado la revista digital *Hispania Nova*, editada por Matilde Eiroa y Eduardo González Calleja, a la biografía de Franco escrita por Payne y el periodista Jesús Palacios. El número ha sido coordinado por Ángel Viñas y en sus páginas han colaborado, entre otros, Sánchez Recio, Moreno Gómez, Losada, Reig Tapia y el propio Viñas. Su contenido no puede ser más agresivo y tiene como objetivo único no ya la crítica de esa biografía, sino la descalificación global de toda la trayectoria del hispanista norteamericano. ¡Más de cuatrocientas páginas para difamar y descalificar a un solo hombre y toda su obra! En sus páginas, se llega a hacer referencia a los «historiadores legítimos» frente a los «ilegítimos». En mis casi treinta años de labor investigadora, nunca había visto una labor tan torva y repugnante de acoso y derribo. Mal vamos. Y es que no hay duda de que se ha iniciado en el campo historiográfico español una «caza de brujas» de carácter político para silenciar –o marginar y demonizar– definitivamente a un sector de la historiografía española, que ha sido señalado como el enemigo a batir. Ya Ángel Viñas afirma que, tras las elecciones de diciembre, debe retornarse a la etapa de Rodríguez Zapatero y endurecer el contenido de la Ley de Memoria Histórica. El asunto no es baladí, porque nos jugamos el porvenir de la historiografía española y la estabilidad política. Lo malo es que, a lo largo de estos últimos cuatro años, el Partido Popular no se ha enterado de nada. ●

# EL MITO DE QUE EL CATOLICISMO MATÓ AL IMPERIO ESPAÑOL

**CÉSAR CERVERA**

Licenciado en periodismo. (*El Debate de Hoy*)

Según la tradición más afrancesada, España se equivocó de Dios en el Concilio de Trento (1545) al escoger a una deidad atrasada, poco proclive a la ciencia y el capitalismo, frente a un dios protestante que representaba una visión cosmopolita del mundo y cuyo individualismo, lejos de hilar con el nazismo y otros totalitarismos, propiciaba a gentes más hechas a los negocios. La afirmación es gravemente falsa por tres razones.

Primero, porque si España se alineó con el catolicismo es justo porque sus enemigos se habían hecho protestantes por oposición a lo que representaba este imperio. Desde la Inglaterra anglicana, los rebeldes calvinistas de Holanda o los luteranos

alemanes que se habían levantado en tiempos de Carlos I de España, todos estos movimientos religiosos tuvieron en común que usaron el incipiente nacionalismo de esos países para debilitar el poder de los Habsburgo en Europa. Que España se hubiera colocado del lado de sus enemigos es como si EE.UU. se hubiera hecho socialista en plena Guerra Fría. Es más, si el Imperio español hubiera escogido no acudir a Trento e ir, en cambio,



*El Concilio de Trento*

por ejemplo a Ginebra, donde en esas fechas Calvino estaba chamuscando a todos los que no pensaban como él, a abrazar esas nuevas y modernas religiones, lo más probable es que los nobles de Holanda o Alemania se hubieran hecho otra vez católicos.

Segundo, porque no existen religiones más o menos atrasadas. Postular algo así es un tipo de discriminación muy grave, lo que parece ser evidente cuando hace referencia a todas las religiones, salvo cuando el sujeto de la frase es el catolicismo. Si cualquier persona se atreviera a decir públicamente que los judíos se equivocaron de dios en el Jerusalén del siglo I o los musulmanes en el siglo xx, no habría cueva donde



escondese ante lo ofensivo de suponer que toda una raza o una iglesia arrastra un pecado de base que ha lastrado su desarrollo por cuestiones teológicas.

Desde luego, las religiones influyen en la configuración de las sociedades y facilitan que los países se decanten por un camino u otro, pero hay muchos más factores, sobre todo económicos, para explicar el auge y la caída de los imperios. Cuando España vivió sus siglos más imperiales era, gracias o a pesar de la religión de sus habitantes, una superpotencia económica, militar, cultural y científica que, como la Antigua Roma, Bizancio, el Imperio otomano y otras entidades que estaban por venir, se vio desgastada y superada por potencias emergentes con el transcurso de los años. Pues todo lo que sube tiene que bajar en algún momento, como bien puede confirmar EE.UU., a punto de ser reemplazado en su hegemonía mundial por países no cristianos como China o la India, y no solo a nivel económico, también militar y de influencia cultural.

Y en tercer lugar, es una estupidez la idea de que España escogió un Dios acertado o equivocado en Trento, porque es un mito considerar la Revolución científica como una consecuencia directa de la Reforma protestante. Existe una correlación temporal entre ambos acontecimientos, la publicación del monje católico Copérnico de su *Commentariolus*, planteando el modelo heliocéntrico y la reforma luterana que empezó en 1517. Pero no causal. Como señaló el célebre historiador de la ciencia David Wootton en un artículo en la revista *Nature*, en 2017, titulado «History: Science and Reformation», «la revolución científica se produjo independientemente de la reforma protestante, si esta no hubiese existido los logros científicos hubieran sido los mismos».

### **Grandes científicos católicos**

La prueba de ello es que hubo grandes científicos católicos, como Copérnico, Galileo, Pascal o Mendel, sin que nacer a un lado o a otro de Europa garantizara un camino de rosas a los descubridores. Porque tampoco es cierto que los protestantes fueran más permeables a ciertos descubrimientos. En España gozó de gran prestigio la obra de Copérnico y la Universidad de Salamanca la consideró de obligatoria lectura, mientras esta era prohibida en las Universidades de Zúrich (1553), Rostock (1573) y Tubinga (1582), entre otras en territorios protestantes. Calvino llegó a atacar al polaco por osar colocarse por encima del Espíritu Santo.

Tampoco es posible trazar una interrelación entre el desarrollo del protestantismo y el del capitalismo, entre otras cosas porque casi todos los expertos coinciden en que el capitalismo más temprano ya estaba presente en algunas ciudades comerciales de la Italia tardomedieval. En materia económica, ni Lutero (radicalmente en contra de la usura) ni Calvino aportaron ideas económicas distintas a otros pensadores anteriores. Más bien al contrario, fueron autores católicos de la Segunda Escolástica, fundamentalmente españoles, quienes evolucionaron hacia posiciones mucho más tolerantes con el liberalismo económico y alejadas de la tradición tomista. ●

# CATALUÑA VISTA DESDE FUERA

## un libro necesario para desenmascarar el delirio separatista

**JAVIER NAVASCUES PÉREZ**

---

José Antonio de Yturriaga Barberán, nacido en Granada en 1936, fue Embajador en Irak, Irlanda y Rusia y Representante Permanente ante la ONU (Viena). Asimismo llegó a desempeñarse como Jefe de la Asesoría Jurídica Internacional y Secretario General Técnico del Ministerio de Asuntos Exteriores. Es Profesor de Derecho Internacional y de Derecho Diplomático en la Universidad Complutense de Madrid y en la Escuela Diplomática. En esta entrevista nos habla de su libro *Cataluña vista desde fuera*, fundamental para comprender lo que está pasando en Cataluña y poner en solfa, con buenos argumentos y datos objetivos, todas las mentiras del separatismo catalán.

**P.** ¿Qué le llevó escribir el libro *Cataluña vista desde fuera*?

**R.** Desde hace 45 años vengo veraneando con la familia en el Delta del Ebro y he seguido muy de cerca el desarrollo de los acontecimientos en Cataluña. He podido comprobar cómo aumentaba gradualmente la animosidad hacia España, especialmente a partir de 2017, a medida que se desarrollaba el proceso en pro de la autodeterminación y la independencia. Entre familia y amigos formamos un grupo de unas 70 personas en la playa de los Eucaliptus y algunos lugareños han sustituido la cordialidad por la animosidad. Un día del verano de 2017 encontré mi coche en el aparcamiento de nuestro apartamento con una rueda pinchada y un palo cruzado en el parabrisas. Me molestaba ver grandes banderas esteladas a la entrada y salida de Sant Jaume d'Envejá y de Deltebre, así como carteles con el título «República de Cataluña».

Esta es la causa remota que me ha llevado a escribir este libro, que he dedicado a los catalanes que quieren seguir siendo españoles, para mostrarles su solidaridad, y a los que han optado por la independencia, para que reflexionen sobre su actitud, ofreciéndoles hechos y datos objetivos que ignoran o quieren ignorar, situándose en una situación totalmente ajena a la realidad. No me ha costado trabajo escribirlo porque, durante los últimos años, he ido comentando los principales eventos que se sucedían en Cataluña en la columna que tuve en “*Voz Pópuli*” y en mi blog *las opinionesdejay*.

**P.** ¿Es la visión de Cataluña desde fuera más fidedigna que la que se tiene desde el interior?

**R.** Sinceramente creo que sí, por eso de que «los árboles no dejan ver el bosque». Yo he tenido la ventaja de contemplar el bosque de Cataluña desde una perspectiva lejana, pero no distante, pero, a la par, desde dentro, al haber sido testigo directo de la evolución de los acontecimientos. Los independentistas han creado un mundo virtual

basado en la mentira, el mito, la mixtificación y la manipulación de la Historia, y la han convertido en una realidad oficial totalmente ajena a la realidad real, y gran parte del pueblo catalán –intoxicado por la propaganda «goebelsiana» de la Generalitat y de los medios de comunicación– se lo ha creído. Yo he aportado datos y testimonios contrastados para poner de manifiesto semejante falacia.

**P.** ¿Se oculta entonces al pueblo la realidad histórica, política y económica del país?

**R.** En efecto. Los historiadores nacionalistas han manipulado la Historia a su antojo. Han hablado de los catalano-romanos –cuando el término «catalán» no apareció hasta el año 1114– y del reino de Cataluña –que nunca existió, pues sólo hubo un Condado que se integró en el reino de Aragón y posteriormente en el de «las Españas» con los Reyes Católicos–. Han convertido una guerra de «sucesión» en otra de «secesión» y hecho de la guerra civil entre españoles partidarios de los Borbones y de los Austrias, el comienzo de la lucha por la independización de Cataluña.

En el plano político, han pasado del catalanismo al nacionalismo y de éste al independentismo, y en el económico, se han quejado de la discriminación sufrida por Cataluña a manos de Castilla, de España y de «Madrid». Antes al contrario, Cataluña ha solido recibir un tratamiento favorable, como se pone de manifiesto con el establecimiento y desarrollo de su industria textil gracias al proteccionismo de los odiados Borbones, que fijaron durante siglos unos altísimos aranceles, que perjudicaban al resto de los españoles.

**P.** ¿Contra España se vive mejor?

**R.** Todos los nacionalismos necesitan de un enemigo para reafirmarse y, si no lo tiene, se lo inventan. En el caso de Cataluña, la *bête noire* o cabeza de turco ha sido España y el feroz antiespañolismo de sus autoridades les ha llevado a denigrar continuamente a España y a poner en tela de juicio el carácter democrático de su Gobierno. Por otra parte, la Generalitat ha impuesto lo que Rafa Latorre ha denominado la «paz del consenso», que protege a la delicada biosfera del nacionalismo, que se vuelve hostil con los discrepantes no nacionalistas. De ahí la discriminación que aplica la Generalitat a los catalanes que quieren seguir siendo españoles.

**P.** ¿Tiene fundamento el victimismo que alegan los nacionalistas catalanes?

**R.** En Cataluña un nacionalismo doliente y plañidero se ha adueñado de todo el espacio público y, en su discurso político, se queja de ser «un pueblo víctima», que no ha conseguido sus objetivos por la presión violenta del Estado español. En este victimismo se basa para violar las leyes e incumplir las sentencias de los Tribunales. Cataluña ha vivido –según Gaziél– en un estado de mal humor y enfurruñamiento permanentes y –según Ortega y Gasset– en un quejido casi incesante.

El pretendido fundamento jurídico de esta actitud es el supuesto enfrentamiento entre «legalidad» y «legitimidad», que cobró impulso cuando el Presidente de la Generalitat, José Montilla, rechazó la sentencia del Tribunal Constitucional de 2010 sobre el Estatuto de Cataluña y trató deslegitimar al Tribunal. En su chovinismo jurídico, los nacionalistas supeditan la «legalidad» –encarnada en la Constitución, el Estatuto y las leyes nacionales– a la «legitimidad» que el soberano pueblo catalán otorga al Parlament y a la Generalitat a través de las elecciones autonómicas. Para él no hay jerarquía



normativa y una Orden de Torra prevalece sobre la Constitución. Las argumentaciones jurídicas de la Generalitat hacen sonrojar a un estudiante de Derecho.

**P.** ¿Ha estado y sigue estando el pueblo catalán oprimido por el Estado español?

**R.** En absoluto. Cataluña goza de uno de los regímenes de autogobierno más desarrollado del mundo, superior incluso al de muchos Estados federados. ¿Cómo se explica que una región tan discriminada y oprimida por el Estado, que le ha estado robando durante siglos, sea la Comunidad Autónoma con la más elevada renta per cápita de España? Le cito un par de ejemplos anecdóticos que muestran la ausencia de discriminación hacia Cataluña, antes al contrario. Cuando fui con unos amigos extranjeros a visitar la Alhambra en mi ciudad natal, tuve que pasar obligatoriamente por la Caixa para conseguir los billetes de entrada y, al regreso de mis vacaciones en Playa de Amposta me encontré con una multa por haber excedido ligeramente el límite de velocidad, y cuando fui a mi banco a pagarla, me dijeron que sólo podía hacerlo en la Caixa. ¿Se imagina lo que dirían los nacionalistas catalanes si para visitar la Sagrada Familia o pagar una multa impuesta por la policía municipal en las Ramblas, tuvieran que pasar por Caja Madrid?

**P.** ¿Cuales han sido las patas principales en las que se ha asentado el independentismo?

**R.** El gran artífice y planificador de la independencia de Cataluña ha sido Jordi Pujol, quien –desde que accedió al Gobierno en 1980– afirmó que seguiría un programa nacionalista basado en la «construcción nacional» para hacer «un país grande». Según Francesc de Carreras, se trataba de una inteligente obra de ingeniería social para transformar la mentalidad de la sociedad catalana y convencerla de que formaba parte de una nación cultural con una identidad colectiva distinta a la de España, y que sólo podría sobrevivir como tal si se convertía en un Estado independiente. «Las patas» en las que se apoyó Pujol para ello fueron el dominio de los medios de comunicación –para poder realizar una intensiva labor de propaganda–, la afirmación del hecho diferencial que justificaba el establecimiento de un Estado propio y la catalanización de la sociedad a través de dos medios básicos: una política lingüística encaminada a establecer la supremacía del idioma catalán y –sobre todo– la inmersión escolar mediante la instrucción en una única lengua y el adoctrinamiento de los alumnos para reafirmar su identidad catalana a expensas, y en contraposición de la española. Cataluña es el único lugar en el mundo donde los alumnos no pueden ser escolarizados en su lengua materna, que es la lengua oficial del Estado. Pujol desarrolló su plan a medio plazo, sin prisas pero sin pausas, y tuvo la habilidad de hacerlo a la par que se presentaba como indispensable colaborador de la gobernabilidad de España, hasta el punto de que fue elegido por el periódico *ABC* como «español del año».

**P.** El separatismo se ha ido desarrollando desde hace años, ¿cuál ha sido el punto de inflexión para alcanzar la deriva actual?

**R.** No cabe hablar de una fecha determinada en la que se produjera el cambio decisivo, sino en una sucesión de actos. La sentencia de 2010 causó en el pueblo catalán un gran resquemor alentado desde el Govern, pero no tuvo las consecuencias que el nacionalismo le atribuye, porque –después de ser dictada– Artur Mas gobernó duran-

te dos años con el apoyo del PP. Un momento clave fue cuando el propio Mas –que veía que la política de recortes que tuvo que imponer para hacer frente al agujero financiero dejado el Gobierno Tripartito estaba dañando la imagen de CiU y que la corrupción del 3% se cernía sobre el partido–, decidió echarle las culpas de todo al Gobierno central. Tras exigir la concesión de un Pacto fiscal similar al vasco –que sabía que no se le iba a conceder–, se echó al monte del independentismo. El ciclo lo redondeó Carles Puigdemont cuando decidió celebrar el 1 de Octubre de 2017 un referéndum de autodeterminación, pese a que había sido prohibido por el Tribunal Constitucional.

**P.** ¿Han sido los Gobiernos de la Nación co-responsables de la situación en Cataluña?

**R.** Todos los Gobiernos de España han sido en cierta medida co-responsables del grado de insumisión institucional que reina en Cataluña, unos por acción –Felipe González, José Luis Rodríguez Zapatero y Pedro Sánchez– y otros por omisión –José María Aznar y Mariano Rajoy–. Cuando los partidos de Gobierno –PSOE o PP– carecían de la suficiente mayoría para gobernar y requirieron el apoyo de los partidos nacionalistas –especialmente Convergencia i Unió– y éstos cobraron su desinteresada colaboración cobrando en especie, mediante la recepción de amplias competencias correspondientes al Estado y, sobre todo, el otorgamiento de una patente de corso para hacer lo que les placiere. De ahí el grado de impunidad ante las reiteradas violaciones de las leyes y las sentencias. En el caso de Sánchez, se ha llegado a un estado de vergonzosa claudicación ante los separatistas, como se puso de manifiesto en la «Cumbre de Pedralbes», en la que el Gobierno reconoció la existencia de un conflicto sobre el futuro de Cataluña y aceptó las reivindicaciones del nacionalismo catalán al margen de la Constitución y el nombramiento de un «mediador» internacional para facilitar un acuerdo entre los dos Gobiernos.

**P.** ¿Cuál ha sido el papel de la Iglesia Católica en Cataluña?

**R.** La Iglesia catalana tiene una falsa aura de progresismo, que le viene de la oposición al franquismo de una parte de ella, encabezada por Aureli María Escarré, Abad de Montserrat, cuyo Monasterio se convirtió en la cuna del nacionalismo catalán. El grueso de la Iglesia, sin embargo, hace honor a sus antecedentes carlistas y es bastante conservador. La Conferencia Episcopal Tarraconense publicó el documento «Al servir de nostre poble», en el que expresaba su compromiso con el pueblo catalán. Este documento sirvió a los sectores radicales para reivindicar la autodeterminación y a los moderados para apoyar el nacionalismo. De los catorce preladados catalanes, cinco son independentistas y los restantes son nacionalistas o catalanistas. Especial mención merece por su activismo en pro de la independencia del Obispo de Solsona, Xavier Novell. El moderado Arzobispo de Barcelona, Cardenal Juan José Omella, ha afirmado que traicionaría sus raíces si no hiciera lo que el pueblo catalán decidiera. El actual Abad de Montserrat, Josep María Soler, ha manifestado que Cataluña es evidentemente una nación y, en cuanto tal, tiene derecho a decidir su futuro. Unos 300 sacerdotes catalanes firmaron en 2017 un manifiesto en el que hacían un llamamiento a los ciudadanos a que participaran en el ilegal referéndum del 1-0 y votaran en favor de la autodeterminación y la independencia. Buena parte de la Iglesia catalana participó activamente en la organización del referéndum.

La Iglesia catalana es «parroquiana» y excluyente, está cerrada sobre sí misma y sobre la identidad idiomática y cultural catalana y rechaza lo que sea ajeno a ella, y –en consecuencia– excluye y discrimina a más del 50% de los catalanes que son castellano-parlantes. Ha apoyado la inmersión lingüística y el adoctrinamiento cultural identitario, especialmente a través de la poderosa Unión de Religiosos de Cataluña. La mayoría de dicha Iglesia –con una parte de la jerarquía al frente– se ha sumado al proceso de autodeterminación e independencia de Cataluña.

**P.** ¿No tienen los catalanes derecho a la autodeterminación?

**R.** Pues no. De conformidad con el Derecho Internacional, el derecho a la libre determinación sólo puede ser ejercido por los pueblos que estén sometidos a un régimen colonial o a graves violaciones de sus derechos humanos. Por amplia que sea la capacidad manipuladora de los nacionalistas, resulta difícil demostrar que Cataluña se encuentre en cualquiera de los dos supuestos mencionados.

**P.** Para terminar, ¿qué objetivos ha perseguido con la publicación de su libro?

**R.** Son varios: En primer lugar, expresar mi solidaridad con los catalanes que quieren seguir siendo españoles y que están siendo discriminados y menospreciados por las autoridades autonómicas.

En segundo lugar, poner de manifiesto con hechos y datos contrastados la mentira, mitificación, mistificación y manipulación de la Historia y de la realidad de Cataluña. En mi libro hay un 90% de información, que he procurado que sea lo más rigurosa y objetiva posible, y sólo un 10% de opinión, que es ya más subjetiva. Los lectores podrán expresar su desacuerdo con mis opiniones, pero no con los hechos, que son muy testarudos y resultan difíciles de rebatir. He puesto al descubierto las múltiples falacias del independentismo y la irrelevancia del mundo virtual que han construido, que son totalmente ajenas a la realidad del país.

En tercer lugar, suministrar argumentos en favor del mantenimiento del actual régimen autonómico, que no le ha ido nada mal a Cataluña, pues le ha proporcionado un amplísimo régimen de autogobierno y un considerable bienestar social y económico, lo que no obsta para que se introduzcan en la Constitución, en el Estatuto o en las leyes nacionales los cambios que se consideren necesarios y viables. Por último, lanzar el mensaje de que se puede –y se debe– ser catalán, español y europeo, categorías que no son contradictorias, sino complementarias. He concluido mi libro con las palabras de ese gran patriota catalán y español que fue Josep Tarradellas: «Nuestro país es demasiado pequeño para que desprecie a ninguno de sus hijos y lo bastante grande para quepamos todos».

CATALUÑA VISTA DESDE FUERA, Pigmalión Edypro, 726 pág. ●

# LIBROS

## **SOROS: ROMPIENDO ESPAÑA**

**Juan Antonio de Castro y Aurora Ferrer**

Homo Legends, 2019, 180 pág.



La tarde del 5 de abril de 2018 los autores de *Soros. Rompiendo España* hacían llegar a la UDEF y al juez Pablo Llaarena el resultado de una investigación que evidenciaba las conexiones del multimillonario, especulador y mecenas de la izquierda mundial George Soros con el proceso golpista catalán. Dos meses después, la Policía Nacional registraba varias de las empresas apuntadas en este libro de Juan Antonio de Castro y Aurora Ferrer.

En su trabajo, editado por Homo Legends, los autores destapan el entramado político, empresarial y de falsa sociedad civil que, financiado por Soros, ha dado cobertura a la fractura independentista y revelan cómo el multimillonario de origen húngaro ha puesto a disposición de los intereses secesionistas su compleja red de oenegés y «think-tanks», un entramado gestionado por su Open Society Foundation, con su sede para Europa ubicada precisamente en Barcelona.

Tal y como demuestran en su investigación De Castro y Ferrer, hoy las empresas de Soros y sus organizaciones afines, apoyadas por un oscuro entramado político-mediático dedicado a la desinformación y guiado desde el exterior, son una injerencia en los asuntos internos de España y una amenaza a su soberanía. El objetivo es claro: generar una ola de empatía internacional con los presos independentistas y su causa. La fragmentación de España será sólo el primer paso. El objetivo último es provocar un efecto contagio que desestabilice a Europa entera. Un continente con centenares de pequeños Estados enfrentados será mucho más fácil de controlar. «Esto no ha hecho más que empezar», explican los autores.

Juan Antonio de Castro de Arespacochaga es doctor en Ciencias Económicas y profesor de Economía Internacional y del Desarrollo en la Universidad Complutense de Madrid y es, sobre todo, uno de los mayores especialistas del mundo en la figura de George Soros.

Durante más de dos décadas ha sido funcionario permanente de las Naciones Unidas en la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) en Ginebra, así como profesor en la universidad de la ciudad suiza. De Castro ha desarrollado asimismo parte de su carrera en el ámbito internacional como consultor en instituciones tales como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPALC), el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) o el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUE). Hoy es presidente de la empresa de consultoría en inteligencia económica y de desa-

rollo Metaeconomics, que asesora a altas instituciones del Estado sobre proyectos innovadores de diversificación económica en países de África e Hispanoamérica; también es miembro del Consejo de Administración de la Fundación Sanofi-Esipoir, que trabaja en el binomio Economía-Salud en diversos proyectos en África.

Aurora Ferrer, por su parte, es una de las promesas de la investigación en España. Licenciada en periodismo por la Universidad Carlos III de Madrid, es especialista en Análisis de Inteligencia y una de las alumnas más destacadas de la Cátedra de Servicios de Inteligencia y Sistemas Democráticos de la Universidad Rey Juan Carlos. Desde 2017 combina la investigación, el análisis de inteligencia y la coordinación operativa de proyectos dentro del ámbito de la consultoría. Es experta en investigación OSINT dentro del área de Business Intelligence, comunicación, corrupción o blanqueo de capitales.

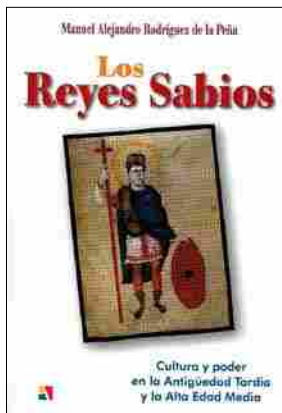
**Somatemps**

## **LOS REYES SABIOS**

### **Cultura y poder en la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media**

**Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña**

Editorial Actas, Madrid, 2008, 893 pág.



Manuel Rodríguez es medievalista y profesor de la Universidad CEU San Pablo. En esta obra es capaz de enhebrar la trama de relaciones culturales y filosóficas, que teniendo origen en la Filosofía Clásica pero especialmente en la helénica, ofrecieron a la Europa de la alta Edad Media los elementos constructivos abstractos y simbólicos de sus teorías del Estado como arquetipo de plenitud y equilibrio siempre buscado.

Tal como señalaron E. Curtius, en el caso de Grecia y Roma y también G. Dumézil, incidiendo éste en el pensamiento de la India en su obra *Mitra-Varuna. Ensayo sobre dos representaciones indo-europeas de la soberanía*, Europa fue receptáculo abierto donde se acomodaron todas esas tradiciones.

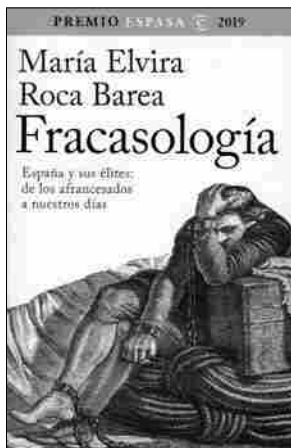
Alejandro Magno, ya había sido considerado por Plutarco como defensor del saber de Aristóteles, Anaxarco de Abdera o Xenócrates, y visto como Rey Filósofo a la vez que como Aquiles victorioso; mediador con lo divino. Purificando estos planteamientos con la sabiduría Bíblica y con la Patrística, el cristianismo griego tendería a defender un saber cósmico racional como revelación hacia el progreso humano amparado en un modelo cesaropapista de poder unitario tal como lo expresó Eusebio de Cesarea, por el contrario el cristianismo latino con Ambrosio y Agustín, propugnaría una diarquía de poderes, el Sacerdotal y el Imperial, coordinados, subordinados el uno al otro; independientes. La Atenas cristiana miraría más a la Creación, Roma y Agustín hacia una introspección del hombre concreto. Podemos recordar que el influjo de Platón o de Píndaro en los tiranos de Siracusa fue tangencial mientras que el de San Isidoro sobre los reyes visigodos pudo ser medular por medio de los Concilios de Toledo.

Alcuino de York en el s. VIII, creador de la escuela de Aquisgrán y promotor ideológico de Carlomagno, asume la concepción de la Filosofía de Boecio transfigurándola como Sabiduría que sacraliza al hombre en su relación con Dios, se trataría de un «humanismo teocéntrico» pero estableciendo límites al valor de la Ciencia «la vanidad de las vanidades del amor a las ciencias terrenales» cuando cotejamos éstas respecto al íntimo anhelo del hombre, planteamiento ciertamente lejano de una valoración del saber per se propio del Renacimiento italiano e incluso del gran metafísico Scoto Erígena que ya en el s. IX, en la época de Carlos el Calvo, defendió el pleno valor de la razón y de su poder en su *Teología negativa* y en la consideración preferente de Dios como fin último y máximo de todas las cosas un poco al margen de las definiciones teológicas. En la generación de todo, Dios contiene «tanto el centro como los extremos, el continente y lo contenido, y el retorno a Él de cuanto provenía de Él», después del «inmenso drama» de la Creación de la Naturaleza y de la Historia humana.

Luis Fernando Torres

## FRACASOLOGÍA. España y sus élites: de los afrancesados a nuestros días M<sup>a</sup> Elvira Roca Barea. Premio Espasa 2019

Editorial Planeta, 526 pág.



Tras el impacto de su libro anterior, *Imperiofobia*, que se intentó *contestar*, sin éxito, desde las trincheras de lo políticamente correcto, la profesora Roca Barea publica ahora lo que puede considerarse su continuación lógica, *Fracasología*, que, más que referirse al *problema de España* –común al de otras naciones– contempla el *problema de las élites de España*, que, desde el siglo XVIII, vienen asumiendo los tópicos de la Leyenda Negra.

Esta actitud puede considerarse como una interiorización, casi patológica, de la propaganda antiespañola vertida desde el extranjero, no quizás como conspiración, pero sí –según la autora– como recurso psicológico de transferencia de culpa por parte de los países o personajes que nos vituperan. El aspecto quizás más grave es su repercusión en la educación y en la enseñanza, incluida la universitaria, pues muchas generaciones de españolitos han sido abducidos a contemplar nuestra historia desde los prismas de la decadencia (no de la derrota), de nuestra supuesta incapacidad para la ciencia y el progreso, desde un marcado complejo de culpabilidad y de la inferioridad y desde un pesimismo atroz.

El impecable análisis histórico del libro parte del cambio de dinastía a la muerte de Carlos II, con detalle en aquellos Tratados de Partición de nuestro territorio que firmaron las potencias extranjeras, la entronización de Felipe V y la sumisión absoluta a los designios de su abuelo Luis XIV, verdadero rey de España (el de Anjou escribió textualmente: «Os mando que obedezcáis las órdenes que su Magestad Cristianísima

os diera en mi nombre»). Los voceros de la nueva dinastía se aplicaron a continuar y ampliar la Leyenda Negra contra los Habsburgo, utilizados como guerra psicológica en el siglo XVI por la Alemania protestante, por Inglaterra y por los orangistas y calvinistas. Si casi ningún intelectual había levantado entonces su voz para defender a España, acaso por desprecio a las críticas, ahora existe una verdadera y abyecta subordinación cultural ante todo lo francés, que acepta las barbaridades antiespañolas de Montesquieu, Voltaire, Montaigne... como dogmas de fe.

La situación se va manteniendo a lo largo del tiempo y, a la vez, se da en nuestra historia un proceso de feudalización o particularismo, común a la España peninsular y a la España americana que aún no se ha detenido, y al que dedicará la profesora Roca los capítulos finales (decisivo el capítulo 12: «Nacionalismo y balcanización»). Aquellos intelectuales del XVIII fueron afrancesados, y es curioso que solo existan en España y no en otras naciones; desde el punto de vista literario, dice la autora con gracejo que «tengo para mí que uno de los objetivos de los afrancesados era matar al país de aburrimiento».

El libro dedica numerosos comentarios sobre Hispanoamérica, rescatando del olvido o del silencio episodios y situaciones que desconocen los estudiantes españoles, como el apoyo de los indios a los realistas o el victimismo criollo, paralelo al peninsular; en la actualidad, se ha caído en la disparatada confusión entre lo que fue el Imperio español y el colonialismo decimonónico de otras potencias, y ningún español ha osado airear las atrocidades de holandeses, belgas, franceses e ingleses en sus respectivas expansiones.

En el XIX, el afrancesamiento fue sustituido por una sumisión ideológica a lo alemán, como en el caso de la influencia de Max Weber y sus falsas y retorcidas teorías sobre el supremacismo de las áreas protestantes sobre las católicas en avances científicos y económicos por razones teológicas.

Llegando a la actualidad, se constata el fenómeno del indigenismo, que pretende hacer tábula rasa de la herencia hispana, secundado por la soberbia anglosajona o por la estupidez criolla de un López Obrador, por ejemplo, quienes ocasionaron el genocidio indio en California fueron los yanquis, una vez robado el territorio a México, y tampoco fueron españoles (ni indios) quienes inventaron el negocio de cortar caballerías... En las conclusiones finales, la autora resalta el potencial de la Hispanidad, así como una lógica propuesta de reforma de la actual Constitución para contener la debacle histórica que supone el sistema autonómico.

Algunas humildes objeciones puede aducir este comentarista a la obra, fabulosa por otra parte; así, la drástica separación que hace la autora entre afrancesados y liberales, que puede ser discutible en muchos casos, o la omisión del pensamiento tradicionalista del XIX, no precisamente sumiso al afrancesamiento, o la no menos observada omisión de un importante sector de pensadores durante el franquismo que, cercanos a la ideología falangista, tampoco participaron del desprecio al Imperio de los Habsburgo ni del papanatismo hacia los tópicos franceses o alemanes.

La lectura de *Fracasología*, así como de su precedente *Imperiofobia*, es fundamental para todo español que quiera adentrarse en su historia, con independencia de lo que postulen las tendencias oficialistas y, por ende, *sumisas* a las versiones interesadas.

**LA LIBERTAD, ¿PARA QUÉ?**  
**Georges Bernanos**

Ediciones Encuentros, Enero 2020, 206 pág.



La civilización, en la hora presente, no solo debe ser defendida. Le es preciso crear constantemente, porque la barbarie no para de destruir, y esa barbarie no es nunca tan peligrosa como cuando da la impresión de que también está construyendo.

La desgracia mayor del mundo, en el momento en que hablo, es que nunca ha sido tan difícil como ahora el distinguir entre los constructores y los destructores, porque nunca la barbarie ha tenido unos medios tan poderosos para abusar de las decepciones y de las esperanzas de una humanidad ensangrentada, que duda de sí misma y de su futuro. Nunca el Mal ha tenido una ocasión tan propicia para fingir que lo que hace son las obras del Bien. Nunca el Diablo ha merecido tanto el nombre que ya le daba san Jerónimo, el de mono imitador de Dios.

**R.**





SUPERMERCADO "RITA" SUPERMERCADO-RITA



*Plaza Mayor de La Alberca, Salamanca*

